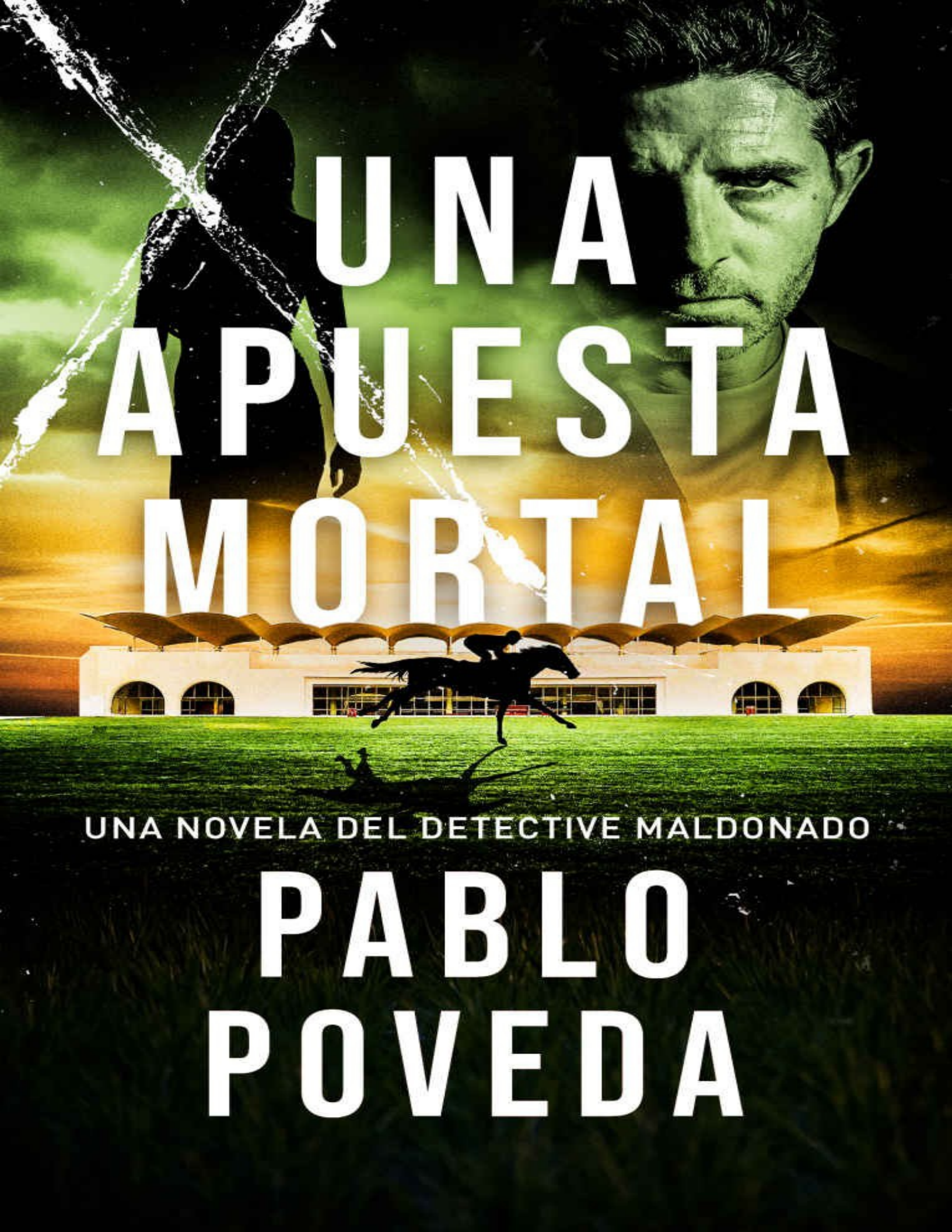




UNA APUESTA MORTAL

UNA NOVELA DEL DETECTIVE MALDONADO

PABLO POVEDA

Pablo Poveda

Una Apuesta Mortal

Una novela del detective Maldonado

First published by Pablo Poveda Books 2021

Copyright © 2021 by Pablo Poveda

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

Proofreading by Ana Vacarasu

Cover art by Pedro Tarancón

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



Pablo Poveda Books

*A ti, que apoyas mi obra, y al fabuloso equipo que permite
que salga a la luz.
Gracias por hacerlo posible.*

El dinero no es el problema. Son los principios.

Cosecha Roja (1929), Dashiell Hammett.

1

No tenía miedo a desaparecer, sino a ser olvidado, pensó mientras estudiaba las cartas que le habían tocado.

El rostro de Enrique Suárez, su pareja, quien se encontraba frente a él, buscaba una seña, un mensaje cómplice, un informe fugaz de la situación.

El humo de los cigarrillos apoyados sobre los redondos ceniceros de cristal llenaba la habitación de aquel salón de juego clandestino de Chamartín.

Un apartamento amplio, viejo y con mobiliario de estilo rococó, carcomido y degradado por la ceniza y las malas prácticas. Una vivienda sin tabiques, con varias estancias abiertas y una gran sala de estar con sofás en los que descansaban los jugadores de las partidas ilegales de mus.

Las chicas que amenizaban la velada, cuatro cortesanas de países muy fríos, servían las copas que los clientes pedían para que no se despistaran de su juego. Junto a la puerta de la entrada, dos matones vigilaban el comportamiento de los habituales. El encargado, un tal Capo, de coleta oscura, bigote fino, espalda ancha y traje a rayas, contaba el dinero, se aseguraba de que los clientes pagaran sus comisiones y de que ninguno estuviera descontento por jugar en aquel agujero de la ciudad.

Maldonado apuró la colilla, miró la mano que llevaba y dio un trago al Ballantine's con hielo que le habían servido.

No estaba allí para gastarse la paga extra de Navidad. Más bien, quería asegurarse de que Fermín Castro, el socio del cliente que le había contratado, se encontraba jugando en la habitación contigua.

Un caso fácil de poco impacto social, pero de mucho dolor y pena.

El detective lo había aceptado por principios, porque jugar podía ser divertido, pero la diversión era peligrosa y el mundo ya era bastante hostil y feo, como para que el vicio siguiera arruinando más vidas.

Castro tenía un problema y también había robado parte de la recaudación diaria del salón de belleza que poseía a medias con su socio. Unas fotografías bastarían para cumplir con su parte y que el cliente estuviera contento. Lo que hiciera después, no era asunto suyo.

Por las ventanas, la avanzada y oscura noche se mostraba como una imagen estática de sombras, luceros de colores y torres de edificios. El paseo de la Castellana parecía una pista de aterrizaje desolada por la que, de vez en cuando, transitaba algún taxi de camino al aeropuerto. Los dos hombres que se sentaban a cada lado de Maldonado apagaban y encendían sus cigarrillos como un acto mecánico, formando una bruma entre Suárez y él que los impedía verse.

—Que alguien abra esa ventana —pidió el detective—. Empiezo a sentirme como una caballa ahumada.

—No se preocupe —dijo una de las cortesanas, tan rubia que parecía casi platino, caminando con unos tacones elevados y contoneando sus caderas con movimientos imposibles. La chica

abrió el ventanal y el gélido aire de la noche se coló en la habitación durante unos segundos.

Después la cerró.

—¿Podemos jugar ya? —preguntó el hombre de la izquierda, que ya empezaba a ponerse nervioso.

—Tómate otra, campeón —le dijo Maldonado, apaciguando a la fiera.

Frases y más frases.

Comentarios para romper el hielo.

Hay mus.

Órdago.

El Bridge castellano.

El juego de las tabernas y de la sobremesa.

El aroma popular de la baraja española sobre el tapete.

Señas, faroles y estrategia de equipo.

Si James Bond fuera de Aranjuez, jugaría al mus y bebería Magno.

El detective no era un gran jugador, pero se le daba bien leer las caras de sus oponentes. Ver y no ser visto, mentir y no creer a nadie. De eso trataba la mayor parte de aquel juego en la que la apuesta y el disimulo iban de la mano.

—Otro Ballantine's, señorita... —dijo Suárez, agachando la oscura mirada hacia el tapete y rascándose el alargado mentón que tenía.

Maldonado contempló a sus oponentes y cazó a uno de ellos mordiéndose el labio inferior con disimulo.

«Tres reyes...».

La muchacha sirvió el whisky con hielo en un vaso de tubo. Suárez dio un trago y dijo:

—Aquí tienes pares y juego.

Maldonado era mano y decidió cortar el mus.

Esa noche, los astros que iluminaban el cielo de la capital se habían alineado para él.

Treinta y una, pensó acordándose de los mil euros que se repartiría con Suárez si ganaba la partida. Como una versión decadente de Marcello Mastroianni en *La Dolce Vita*, el detective alzó su copa, miró al compañero y le dedicó una mirada de confianza. Arrasaría la partida. Suárez le sonrió con maldad, como si oliera el dinero ya en sus manos.

El detective agarró el paquete de tabaco, lo abrió y sacó un *light* para ahumar todavía más, la sala. Cuando lo prendió, todos oyeron un alboroto que procedía del habitáculo contiguo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

La chica se encogió de hombros.

La algarabía traspasó el tabique que los separaba.

—Maldonado, céntrate... —murmuró el compañero, pidiéndole que regresara a la partida.

Prosiguieron. Las dos parejas a falta de seis. El juego definitivo.

Pasó a la grande sabedor de los tres reyes del jugador de su derecha.

—Me llevo un «porque no» y estamos a falta de cinco —dijo, ufano, el más flaco de la pareja contrincante.

La chica quedó en paso y hablaron de pares.

—Pares, sí —comentó Maldonado.

—Y yo —dijo el jugador de su derecha.

—Llevo —recalcó Suárez.

El otro no llevaba pares.

Envidó el de los tres reyes y no quisieron.

«Como mucho sacarían una por el envite y dos de las medias de reyes. Y si tienen suerte otra de chica. Se quedan a falta de una».

—¿Juego?

—Tengo que pasar —dijo Maldonado.

—Paso y escucho.

—No te pases Suárez —ordenó Maldonado.

—Envido —dijo Suárez.

Con aquella jugada, pensó que sumarían más de cuarenta amarracos y ganarían la partida.

Los otros se miraron.

—Lo acepto.

Los ojos de Suárez se iluminaron cuando Maldonado puso las cartas sobre la mesa y las destapó.

—Treinta y una —comentó y vislumbró la expresión de los otros dos, con los rostros arrugados, conscientes de los quinientos euros que acababan de perder—. Señorita, póngales a estos señores lo que pidan.

—Otra —dijo uno.

—Dadme un respiro, caballeros —comentó el detective y se puso en pie—. Necesito vaciar la vejiga.

Una vez terminada la partida, las parejas decidían entre continuar jugando o tomar un descanso en el salón. Los adictos al juego no concebían la derrota sin revancha, un defecto que alargaba las noches y alimentaba aquel negocio.

El detective los contuvo con la mano, pidiéndoles unos segundos de descanso y se levantó de la silla para visitar el cuarto de baño y aprovechar el momento para fotografiar a su hombre. Era la ocasión, se dijo, buscando la pequeña cámara de acción que guardaba en el interior del pantalón.

Allí dentro prohibían los teléfonos y los requisaban a la entrada, como medida de seguridad.

Maldonado salió al vestíbulo del apartamento y se dirigió hacia el cuarto de baño. Oyo una conversación agitada al otro lado del tabique. La discusión procedía de la habitación en la que se encontraba Castro.

Miró de reojo por el marco de la puerta, fingiendo pasar por ahí, y entendió que había perdido otra vez.

—Una, una más —dijo la pareja de Castro, un hombre regordete que sujetaba a su compañero del brazo. Los dos contrincantes simulaban marcharse, pero Maldonado comprendió que entre los tres, le estaban haciendo una farsa al pobre hombre—. Escucha, Castro, doblamos la apuesta y recuperamos el dinero.

—Que no, Pedro, que no puedo, que debo ya mucho...

—Nosotros pasamos —comentó uno de los oponentes.

—Un momento, por favor, podemos llegar a un acuerdo, ¿no? —insistió el otro.

Maldonado entró al baño, cerró y sacó la pequeña cámara de gran angular. No era un tecnófilo, así que rezó por hacerla funcionar.

«Le das al botón, escuchas el doble pitido y ya está...», repitió en silencio, siguiendo las indicaciones que la secretaria le había dado.

La ocultó en la bragueta del vaquero, dejando una ligera apertura y salió del cuarto. Con la

mano sobre la hebilla del cinturón, activaría el botón de disparo. Tenía una oportunidad para hacerlo, antes de que sospecharan de él. Con la confusión de la partida, planeó sus pasos: entraría, lo fotografiaría varias veces y se marcharía sin que lo advirtieran.

Uno.

Dos.

Es tu noche de fortuna.

Se aproximó a la habitación, notando cómo la tensión crecía a la vez con el volumen de las palabras. A lo lejos, Suárez apuraba el whisky en la sala de los invitados y le lanzó una mirada desde el sofá para que no entrara allí.

«Un poco tarde para los consejos, ¿no crees?»

Suárez era un calavera, un apellido que nunca se alejaba de la comisaría y viejo confidente de sus tiempos en la policía. Se consideraba un profesional de las timbas y un artista del juego, pero como a todos, el sueño se convertía en pesadilla cuando escaseaba el dinero.

Por suerte, con Maldonado mantenía una relación cordial y respetuosa. Él siempre había encarado el rol de policía violento, así que Suárez prefería tomarle el pelo a Berlanga. Una vez fuera del Cuerpo, los chanchullos continuaron. Aquel perro viejo actuaba como un satélite nocturno para el detective. A cambio, él lo mantenía al corriente de algunas redadas y alimentaba su sed llevándolo al casino. Se divertían juntos, no cabía duda, pero sin él, no habría dado con el paradero de Fermín Castro.

Esa noche, a cambio de su presa, el pacto entre caballeros era salir de allí embolsándose una suma.

Y Maldonado nunca faltaba a su palabra.

* * *

Atento al espectáculo de aquella habitación, vio cómo los tres hombres intentaron convencer a la víctima para que jugara otra partida.

El Capo, desde la entrada, advirtió el alboroto y avisó a uno de sus hombres para que pusiera orden y no molestara al resto de jugadores que ocupaban las otras mesas.

A más ruido, más pérdidas y más clientes insatisfechos.

Todos sabían lo que pasaba después.

Maldonado entró en la habitación, nadie notó su presencia, así que apretó el botón de la cámara varias veces, confiando en que el dispositivo hiciera su trabajo. Sacó la pequeña caja de plástico del pantalón y la guardó en el bolsillo.

Concentrado en su tarea, ignoró lo que pasaba.

Uno de los gigantes les ordenó que callaran.

Fermín Castro se mostró hostil y desesperado.

—¡Yo me voy! —exclamó el jugador.

—¡Espera, Castro! ¡La última!

—¡Que no hay última ni hostias!
Los oponentes se miraron. La víctima era un buen fondo de dinero, pero también de deudas.
La pantomima se les venía abajo.
Uno de ellos se comunicó con el matón, tirándole un gesto cómplice.
«Carajo, esto se pone de castaño a oscuro...»
El encargado lanzó una orden de detención.
El detective se dio cuenta de que querían desplumarlo.
Entonces las chicas acudieron al salón para contener al resto de jugadores.
—¡Escucha, gilipollas! Antes de salir, tienes que pagar lo que debes —señaló el Capo, con un tono amenazador—. O juegas, o pagas.
La expresión de Fermín Castro empalideció, dándose cuenta de que no tenía escapatoria.
Maldonado miró a su alrededor.
Otra bandeja con whisky con hielo.
Suárez le lanzó una segunda mirada de cautela, pidiéndole que se desentendiera del asunto.

Uno.

Dos.

Respira.

Le costaba mantenerse al margen de tal encerrona.

El hormigueo le recorrió las manos. Agitó las falanges para contener las ansias y agarró el vaso de whisky que no era para él. Pegó un trago, intentó relajarse y notó el licor atravesando su garganta.

No soportaba que se aprovecharan de un inocente ludópata.

—Dejadlo en paz y que se marche —intervino el detective—. Yo me hago cargo de la deuda.

La música se paró.

Suárez cerró los ojos y se tapó la cara.

Nadie le había dado vela en aquel entierro.

Los hombres se giraron al escuchar su voz.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó el regordete con voz hostil. Ya no era la voz reconciliadora, sino una bestia inmundada, sudada y con ganas de llevarse su parte—. Será mejor que sigas con lo tuyo.

Pero Maldonado no se inmutó.

Castro, asfixiado, lo miró como un animal abandonado a su suerte.

—¿A cuánto sube la suma?

El matón se interpuso en el camino del detective.

La tensión aumentó. El peligro acechaba.

—Ya lo has oído. Tómate una copa, amigo, y relájate —contestó, invitándolo a salir del cuarto—. Habla con las chicas. Esto no es asunto tuyo.

Maldonado ignoró el mensaje por segunda vez.

Odiaba las órdenes y también que le dijeran lo que no podía hacer.

Se abrió paso con el hombro y entendió que le saldría caro, pero no aceptaba dejar solo a ese desgraciado.

—Castro, lárgate a casa.

Las palabras provocaron un aura de desconfianza entre el resto.

«Estupendo, Javier».

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó uno de los oponentes con cara de sospecha—. La verdad es que tienes pinta de madero.

El corazón se le disparó.

Apretó los puños, buscó paz entre tanta crispación, pero una mano le impidió relajarse.

Los dedos gruesos de aquel matón le presionaron el hombro con fuerza.

Era su último aviso.

—¡Eh!

Uno.

Dos.

Fin de la partida.

Conforme la mano lo arrastró hacia atrás, Maldonado apretó el puño derecho y tomó impulso con el cuerpo. Un puñetazo directo a la mandíbula lo ayudó a deshacerse de él. El gorila recibió de lleno el golpe. Su cabeza impactó contra la pared y las piernas retrocedieron unos centímetros. La maniobra provocó una reacción en cadena, enfrentando a los demás entre ellos.

Insultos.

Ceniceros.

Gritos y golpes.

—¡Corre, imbécil! —exclamó el detective.

La confusión contagió al resto de la sala. Se oyeron cristales rotos, puñetazos y forcejeos. Un fuerte golpe en las costillas derrumbó al detective. Se había olvidado de aquel armario y ahora lo iba a pagar caro. De pronto, los berridos de las chicas detuvieron la pelea. La puerta del apartamento se abrió con dureza.

—¡Alto, policía! —gritó uno de los agentes y varios nacionales irrumpieron armados en la vivienda—. ¡Todo el mundo con las manos en la cabeza!

Mareado y dolorido, el detective se puso en pie recuperando la respiración y frotándose los ojos.

Fin del juego y fin de la noche.

Ahora, los más valientes se agitaban asustados como pollos de granja antes de su triste final.

Sábado.

Varios vehículos llevaron a los detenidos hasta la comisaría que había al otro lado de la estación de trenes de Chamartín.

Las dependencias de la policía no eran un mal lugar en el que pasar la noche, pensó. Al menos, allí dentro tenían calefacción y café de máquina. Había trasnochado en sitios peores.

Una de las chicas fue quien dio el chivatazo, a cambio de protección. Maldonado se enteró de esto más tarde, cuando una llamada a deshoras los liberó, a él y a Suárez, de pasar más tiempo en los calabozos. El inspector Berlanga se encargó de que el detective y su compañero abandonaran la comisaría antes del amanecer. Como consecuencia, tuvieron que devolver los mil euros que habían ganado esa noche.

—Me debes un sustento, Javier —dijo Suárez con la voz rasgada y profunda que lo caracterizaba, una voz que hablaba por sí sola, dejando al trasluz la mala vida acumulada por los años—. Ahora tendré que buscarme otro salón de juego... Diablos, podrías haberte contenido. Eres un peleón de taberna.

—Cierra el pico, Suárez —dijo el detective, somnoliento y dolorido por la sacudida. Se miró los nudillos, todavía hinchados por el golpe y no se arrepintió de haberle partido la cara—. Será mejor que vaya a buscar mi coche. Si es que no se lo ha llevado la grúa...

Los primeros rayos de sol del fin de semana alumbraban las enormes torres de la plaza de Castilla. Como dos vagabundos sin rumbo, Suárez se protegió en un abrigo de paño sucio y Maldonado hizo lo mismo con el Barbour desgastado, a falta de un encerado que tardaría en llegar.

—¿Tu coche? —cuestionó—. Venga, hombre, ¿dónde vamos a desayunar?

—Tú, en tu casa. Yo tengo trabajo.

—Además de ser un broncas, eres un tacaño —dijo el tipo, rascándose la barba cerrada de varios días, que tenía el aspecto de una lija áspera—. Me caías mejor cuando eras policía. Ahora te has convertido en un tío avinagrado.

—No te lo discuto. Yo también me gustaba más.

Maldonado suspiró y cedió a las súplicas con la condición de que se callara. Se lo debía, después de todo, ya que había perdido el sustento de un mes. Pensó que un café y unos churros no le haría ningún mal.

Entraron en el primer bar que encontraron abierto a esas horas, un gallego con aspecto clásico que servía desayunos a los operarios que trabajaban por la periferia de la estación durante el fin de semana.

Un perro abandonado que merodeaba por los alrededores del bar en busca de comida les saludó sin demasiado éxito.

Maldonado encontró unos ojos faltos de cariño, de hogar y de caricias.

«En el fondo no somos tan distintos... Todos buscamos lo mismo».

Una pareja de barrenderos cruzó el umbral de la puerta.

El sábado, para algunos sólo significaba un día más de la semana.

Allí dentro olía a café recién hecho, a pan tostado y a colonia barata. Los diarios con olor a tinta se apilaban junto al teléfono público del bar. Se apoyaron en la barra y el camarero los miró como quien observa con pena y desconfianza a dos atracadores retirados. Pidieron dos cafés y a falta de churrería, se decantaron por un par de bocadillos de jamón para encarar el rumbo de la jornada.

—Nada mejor que un tentempié para bajar los tragos. Hay que fastidiarse, carajo... — comentó el jugador, sentado en el taburete del angosto pasillo, y pegó un bocado al pan—. Al menos, tendrás lo que querías, ¿no?

Maldonado pensó en la cámara y esperó que así fuera. No podría asegurarse hasta que llegara a la oficina y conectara al dispositivo al ordenador.

Después se fijó en el hombre que tenía enfrente. Las ojeras le llegaban casi a los labios y el color de su piel comenzaba a guardar un tono amarillento que indicaba problemas hepáticos.

—Desconozco si he ganado o he perdido.

—No te preocupes —respondió y le dio una palmada en el hombro. Maldonado tensó la espalda—, mañana hay carrera en el hipódromo. Me han dicho que vuelve Rayito Veloz, un pura sangre que siempre gana.

Maldonado chasqueó la lengua y movió la cabeza a ambos lados.

—¿Has pensado en retirarte? Estás viejo, Suárez.

—Tiene gracia la cosa... —comentó, arrancando una servilleta de papel y limpiándose el aceite de los labios—. No me has hecho esa pregunta en años...

—Te necesitaba en activo.

El hombre rio y una tos seca se apoderó de la carcajada.

—Claro, claro... —dijo, dio un trago al café y se aclaró la garganta—. Tú te encargas de resolver los problemas de otra gente y yo me dedico a gestionar los míos. Así que preocúpate de hacer bien tu trabajo.

—¿Sigues soltero?

—¿Acaso hay mujer capaz de aguantar a un trasnochado como yo? Porque, si la conoces, será mejor que me la presentes.

—No lo haría, ni aunque esa dama existiera.

—Vete al cuerno... ¿Qué hay de ti? ¿Sigues solitario?

El detective, asombrado, levantó una ceja.

—Nunca te he hablado de ello.

Suárez sonrió.

—Ahora lo has hecho —contestó con guasa—. No olvides que soy un jugador profesional. He visto demasiadas caras y conozco todas las reacciones del ser humano... Reconozco a un lobo vestido de oveja, a kilómetros...

- Si te van mal las apuestas, puedes dedicarte a leer las cartas.
- Te pega salir con una oficinista.
- Y a ti dejar la bebida —respondió, tragó saliva y comprobó la hora.
- Habló el abstemio.
- Nunca bebo cuando trabajo, a no ser que beber sea parte de ello.

Las agujas del reloj se acercaban a las nueve y media de la mañana. Era el momento de abandonar a Suárez y regresar a la oficina para terminar el caso. Había sido una noche larga y el estómago comenzaba a alertarlo de ello, advirtiéndole de que, si apuraba el bocadillo lo pasaría francamente mal.

Regresó la vista a la calle y vio de nuevo al can roñoso y desamparado, en busca de un poco de la atención humana que nadie le daba.

Pidió la cuenta, sacó un billete de diez euros y unas monedas y las dejó en el plato de aluminio.

Después agarró una servilleta y envolvió con ella el chusco de pan y jamón que le había sobrado.

- Escucha, tengo que marcharme.
- ¿Te veo mañana en la de los caballos, entonces?
- ¿Por qué no te tomas un descanso?
- Lo haré cuando recupere lo que perdí anoche, detective.

Maldonado ignoró sus palabras cargadas de sarcasmo, se abrochó el Barbour y salió a la calle. El pobre perro, que aún seguía olisqueando los alrededores, lo miró a los ojos cuando se encontraron, pidiéndole un poco de clemencia. Él se acercó, desenvolvió el trozo de emparedado y se lo dejó en el suelo.

«Ojalá tengas mañana más suerte que hoy, amigo... Disfrútalo mientras dure», murmuró para sus adentros y se quedó unos segundos observando al animal devorando la comida.

Después dio media vuelta y se marchó hacia la plaza en busca de su coche.

3

La fortuna estaba de su parte, al menos, lo suficiente como para que sólo se llevara una multa por estacionamiento indebido, en lugar de un arrastre de grúa. Regresó a su domicilio, se duchó y al salir caminó bajo el sol de invierno por la Gran Vía hasta el despacho. Era un sábado espléndido, despejado y vivo, lleno de transeúntes por el corazón de la ciudad. A las once y media de la mañana, con dos aspirinas en el cuerpo, atravesó cuesta arriba la calle, sorteando todo tipo de obstáculos que se movían con libre albedrío. El centro era una trombosis humana. Coches, locales atestados de clientes, bares a pleno rendimiento y colas para comprar en las grandes cadenas de ropa. A pesar de la jaqueca que arrastraba, le gustaba sentir el bullicio en sus huesos porque le recordaba que seguía vivo un día más.

Cuando abrió la puerta del despacho, Marla lo esperaba tras el escritorio, concentrada en la pantalla del ordenador. Sus ojos se clavaron en él, examinando su rostro.

—Buenos días, Marla.

—Lo serán para ti. He intentado localizarte, pero sigues sin encender el teléfono... Cómo se nota quién manda aquí dentro y viene cuando le da la gana.

Maldonado se quitó el abrigo, lo colgó en el perchero de la entrada y sacó la pequeña cámara del bolsillo para entregársela a la secretaria.

Los ojos se le desviaron a un reguero de agua que procedía de la pared. Descubrió que el aparato de aire acondicionado goteaba.

—¿Otra vez?

—Lleva así una semana. ¿Cuándo piensas repararlo?

—Cuando cobremos —espetó, de malas maneras—. Además, aún quedan meses para el verano.

—Conozco esa historia.

—Te prometo que lo arreglaré.

Después recordó que el teléfono seguía apagado. Lo encendió y entró en su oficina.

—Comprueba si están las fotos. No estoy del todo seguro de la calidad que puedan tener...

—¿Encontraste a ese hombre? —preguntó ella, conectando el aparato a un cable que iba directo al ordenador.

—Ha sido una noche larga. ¿Hay café?

—¿Desde cuándo tenemos cafetera?

—Era una pregunta retórica —contestó y observó el ejemplar del diario que había sobre el escritorio—. En fin, ¿ha telefoneado alguien?

—No, que yo sepa.

El aparato vibró tres veces, acumulando varios mensajes de texto con llamadas en el contestador. Reconoció las cifras. Era Berlanga.

El detective entornó la puerta y marcó el número del inspector.

—La última vez que te saco de un apuro, Javier. ¿Estás mal de la cabeza?

—¿Sinceramente? La cabeza está a salvo —respondió, recordando el golpe que había recibido en las costillas—. Lo siento de veras, no sabía a quién recurrir...

—A la próxima, tendrás que buscarte un abogado de oficio —respondió con molestia en la voz—. No puedo salvarte el pescuezo más veces.

—De oficio y sin beneficio.

—No estoy de humor.

—Ya veo. No hará falta. Te lo agradezco. Caso cerrado.

—Me debes una —dijo e hizo una pausa. El inspector Berlanga se encontraba en la calle y el ruido exterior dificultaba la comunicación—. Tengo que dejarte. Hablaremos otro día.

—A servir, inspector.

En cuanto cortó la conversación, el teléfono fijo del escritorio sonó.

«Carajo, se supone que es sábado...»

Marla atendió la llamada.

—Un momento, por favor —dijo, al otro lado de la pared. El detective se asomó por la puerta y la miró. La secretaria ocultaba el micrófono del teléfono con la mano—. Es una mujer que pregunta por ti.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No.

—Pregúntale qué quiere.

—¿Por qué no la atiendes tú?

—Demonios... venga —dijo a regañadientes y esperó a que Marla le pasara la llamada. Descolgó, agarró el teléfono y se giró para contemplar las vistas por la ventana—. Detective Maldonado, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

La voz esperó unos segundos. Él percibió su indecisión. Era algo habitual cuando un cliente lo llamaba por primera vez. Contratar a un detective privado, para muchas personas significaba cruzar una línea entre el bien y el mal, como una infidelidad a sí mismas, faltando a la confianza de terceros, conscientes de que una vez solicitaran sus servicios, no habría vuelta atrás.

Él esperó a que respondiera.

—Señor Maldonado, mi nombre es Laura Serrano —dijo, finalmente la voz sugerente y dulce de una mujer que, por su tono, él auguró que tendría más de cuarenta años—, no sé cómo explicarle esto, pero me gustaría que me ayudara.

—La escucho, Laura.

—Verá, es un asunto delicado. Me cuesta hablar de ello.

—Déjeme que la oriente. ¿Desconfía de su marido?

—No, nada de eso...

—Pero tiene que ver con él.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

Él sonrió frente a la ventana.

—Explíquese, señora. Necesito más detalles para decidir si puedo ayudarla en algo.

—Creo que alguien quiere matar a mi marido.

—¿Por qué no llama a la policía? Ponga una denuncia, hable con ellos. Yo no me encargo de estas cosas.

—No puedo. Él no me lo ha contado. Ni siquiera sabe que estoy con usted.

—¿Y en qué se basa?

—He encontrado una carta con amenazas —dijo y la voz se quebró. La mujer parecía pasar por un mal momento—. No sé a quién recurrir, de verdad.

—Pero ha recurrido a mí —contestó, intrigado—. ¿Quién le ha dado mi número?

—Hay un cartel en su oficina. ¿Me va a ayudar?

Un sudor frío le recorrió la frente. La jaqueca le golpeaba con fuerza cuando el reloj se acercaba al mediodía. Un caso es un caso, pensó, pero no estaba dispuesto a meterse en otro lío. Maldonado sabía que esa clase de historias nunca traían nada bueno.

—Lamento decirle que no puedo hacerme cargo de ello. Acuda a una comisaría, hable con ellos y explíqueles lo que sabe. Serán de más ayuda que yo.

—¿Y si le pasa algo a mi marido? —cuestionó, aterrorizada.

El detective se sintió en un aprieto, pero no podía caer en una trampa tan fácil. Anotó su nombre mentalmente para recordarlo más tarde.

—¿Quién es su esposo y por qué alguien querría acabar con su vida?

—Evidentemente, señor Maldonado, no se lo voy a contar por teléfono.

—No me deja muchas opciones, señora.

—Espere...

—He sido claro y sincero con usted —dijo, tajante—. Es lo mejor para todos. Que tenga un buen día, señora Serrano.

—Pero...

Maldonado colgó, cerrando los ojos y lamentando haber hecho aquello. Pero no tenía opción. Había aprendido a dejar su pasado a un lado, a no aceptar casos de desaparecidos ni de amenazas. Llevaba una temporada tranquila y su vida comenzaba a tomar el equilibrio que había buscado.

Era mejor así, reflexionó.

—¿Qué quería esa mujer? —preguntó Marla, como siempre, intrigada por las llamadas que llegaban a la oficina.

—Nada que pudiéramos ofrecerle. ¿Has abierto las fotografías?

Ella asintió y le mostró los documentos que había en la memoria de la cámara. Algunas de ellas tenían poca luz y estaban borrosas, pero se podía ver a Castro sentado a la mesa de juego, rodeado de aquellos dos hombres y de la mujer que servía las copas, momentos antes de que comenzara la trifulca.

—¿Dónde diablos te metiste anoche?

Él le hizo una mueca.

—En el mismísimo infierno, Marla —señaló, cogió el periódico, caminó hacia el perchero y agarró su abrigo—. Llama al cliente y dile que pase por aquí para recoger lo que pidió. Es hora de cobrar. Tómame el día libre, estamos de celebración.

—¿Se puede saber a dónde vas? ¡Acabas de llegar!

—El descanso es parte del entrenamiento, Marla. Tómame un par de cócteles a mi salud. Te los has ganado.

A pesar de la comodidad laboral en la que se había asentado Berlanga, aquel sábado le tocaba trabajar y no precisamente en la oficina. El inspector de policía no lo atendería hasta que entrara la tarde y terminara con sus responsabilidades legales.

Caminando por la Gran Vía, sopesó la idea de dormir una larga siesta hasta que llegara la hora de su encuentro. Sin embargo, pegar una cabezada fuera del horario, le sentaba fatal.

Las aspirinas menguaron el dolor de la jaqueca y el paseo le abrió el apetito. Tomó dirección hacia la Plaza de España, intrigado por la llamada de esa mujer, cuyo apellido no le sonaba de nada. Se dijo que aprovecharía la cita con su amigo para, además de pedirle disculpas, preguntarle por ella. Quizá Berlanga pudiera esclarecer la incógnita.

Subió por el Mercado de los Mostenses y bordeó la zona hasta Conde Duque, un barrio antiguo, ahora de moda por los jóvenes que repudiaban la gentrificación de Malasaña, y donde se encontraban algunos de sus bares favoritos. El Cangrejero era uno de ellos. Una vieja y castiza marisquería convertida en taberna, regentada por un propietario más seco que el bacalao, fundada en unos tiempos extintos y convertida en uno de esos templos con solera que resistía al paso de los años, de las modas y de las tendencias culinarias. Un lugar en el que Maldonado se sentía cómodo, ya que el camarero se limitaba a observar, servir cañas de Mahou y a meterse en sus asuntos.

Quizá por su condición de expolicía, nunca le gustaron los bares en los que el servicio buscaba empatizar con sus clientes. Por desgracia para el detective, los sitios como aquel se convertían en vestigios de una ciudad que cambiaba a ritmo frenético.

Cruzó la puerta de madera verde, pasando bajo el toldo rojo que proporcionaba sombra a la fachada, y se abrió hueco en la barra, apoyándose en el rincón junto al cuarto de baño y las cajas amontonadas.

La decoración seguía como en los años setenta, con los azulejos marrones y las sillas de aluminio y madera. Tras la barra de zinc, avistó las baldas cargadas de botellas de licores, latas de conserva y tarros de cristal con verduras en agua, como si estuvieran embalsamadas en formol.

Pidió un doble de cerveza que le sirvieron acompañado de dos gildas. Dio un trago a la copa y saboreó la victoria de una noche sórdida y problemática que había acabado con final feliz para él, pero no para el resto. Tuvo tiempo para pensar en Suárez, en la vida perniciosa que lo arrastraba y en cómo había convertido un problema como el juego en una forma de vida.

Lo conoció una década atrás, durante una redada parecida a la que habían presenciado la noche anterior. Dada su picaresca española, el individualismo que lo gobernaba y lo poco que tenía que perder por entonces, hizo de tripas corazón y se alió con los inspectores para colaborar a cambio de no cargar con más antecedentes. Su historial tenía más medallas que un general de

infantería. Parte de lo que ganaba, lo apartaba para mantener a una madre a la que apenas le llegaba la pensión de jubilada.

Un tipo con principios, pero poco de fiar, decía Berlanga cuando lo encontraban antes de que la policía lo sorprendiera como al resto.

Después de que falleció la madre, siguió apartando esa suma, entonces para él, consciente de que su final no sería muy distinto al de la señora. Suárez era perro viejo de la noche, había heredado un piso en Prosperidad y tenía el porvenir asegurado. Pero como los reincidentes que salían del presidio y delinquían para regresar, Suárez necesitaba la noche, el juego y el sabor de lo prohibido para continuar viviendo. Sabía dónde entrar en acción y cuándo no hacerlo. Las timbas se habían convertido en un deporte pasajero.

A diferencia de ese pobre Castro, aquel vampiro, jugador sin reglas de todo aquello que moviera calderilla, había logrado convertir su debilidad en una fortaleza. La mayoría de los ludópatas caía en las trampas de una enfermedad que arruinaba su vida y las de sus familias.

Después lo pensó bien y se dio cuenta de que Suárez tampoco había hecho demasiados progresos. Su dependencia era social y sacarlo de aquellos ámbitos era más complicado que desterrar a un lobo de su ecosistema. Tarde o temprano, la tristeza se lo llevaría. Como el detective, el jugador no era más que otro superviviente.

Cuando cesaron las meditaciones y puso fin a la primera consumición, pidió un segundo doble y unos langostinos para acompañar el aperitivo.

Abrió el diario, intacto en el rincón de la barra y se aisló del ruido de las conversaciones, sumergiéndose en la lectura. Dio un vistazo a los titulares principales, pasó a la sección de sucesos sin demasiado interés y terminó con los deportes. Las noticias duras llegaban entre semana, caviló y dirigió la atención a un titular que le resultó familiar.

«El domingo vuelve Rayo Veloz al Hipódromo de La Zarzuela», leyó con detenimiento, recordando las palabras del jugador, horas antes en aquel bar que ahora quedaba lejano.

Durante un tiempo, Maldonado había asistido los domingos a las carreras de caballos en el hipódromo de Madrid. Apostar, a simple vista era más sencillo que jugar a las cartas, al menos, en la modalidad que el expolicía lo hacía: a ganador.

Un caballo, un objetivo.

Dinero fácil de ganar y también de perder.

Tan sólo había que prestar atención, conocer a los participantes, estudiar las apuestas y confiar en la intuición. Cuando sonaba el estrépito y los caballos corrían, la adrenalina se apoderaba de la grada, expectante por ver cómo el candidato cruzaba la meta antes que el resto. Una práctica que mezclaba los instintos más primitivos. El simple hecho de que no hubiera una entidad por medio que decidiera quién ganaba al final de la jornada, otorgaba a los apostantes la sensación de que era un deporte limpio y honesto.

Sin embargo, el detective sabía que cada persona era víctima de sus propias mentiras. En su experiencia, ganó más de lo que perdió, pero la fina línea que separaba la afición de la adicción, lo alejó de las apuestas durante un largo periodo de tiempo.

Terminó de leer la noticia, destacando el nombre de Fidel Ochoa, el dueño de la cuadra a la que pertenecía el famoso caballo y pasó a la sección de deportes.

«Así no hay quien se lleve una alegría...», reflexionó, leyendo los titulares sobre el empate de su *Atleti* contra el Borussia de Dortmund en la fase de clasificación para la Europa League.

Comprobó la hora. Se acercaban las cuatro de la tarde, así que apuró la bebida y terminó el aperitivo con el estómago satisfecho, sin ganas de meterse más comida en el cuerpo. Tenía el resto de la jornada para él, sin planes, sin citas y sin la necesidad de verse con otra persona que no fuera Berlanga. Era consciente de que el encuentro levantaría ampollas entre los dos, aunque quería aprovechar la ocasión para sonsacarle lo que fuera sobre esa cliente en potencia. Como de costumbre, Berlanga era quien solía enviarle los encargos, la mayor parte de las veces, por lo que sospechó que podría conocer a la señora que había contactado con él.

* * *

Pagó, salió del bar y caminó cuesta abajo, buscando sombra bajo un sol castellano y justiciero que hacía sudar incluso en invierno. En la pendiente paralela a Princesa y bajo la mirada de la enorme Torre Barceló, el detective entró en el Shambhad, una de sus coctelerías favoritas del barrio, por no decir la única. Un pequeño bar de combinados regentado por uno de sus vecinos desde hacía quince años y en el que había matado tantas noches. El Shambhad, a diferencia de las coctelerías clásicas y esnobs de la ciudad, tenían ese ambiente cercano que no cerraba las puertas a nadie, y eso para Maldonado era un detalle que le agradaba. Entró en el local, vació a esas horas, y saludó a la pareja de propietarios. Luego se sentó junto a la ventana y envió al inspector la dirección en un mensaje de texto.

—Hombre, Maldonado —dijo el dueño—. Hacía tiempo que no te veía por aquí, ni por el barrio...

«Carajo, su nombre...»

—He estado un poco ocupado, esto...

—Antonio, y ya van tres las veces que te olvidas.

—No te lo tomes como algo personal. Se me dan fatal los recordatorios.

El hombre se rio.

—Descuida, hay cosas peores —contestó con una sonrisa—. ¿Qué te pongo?

Maldonado sopesó la respuesta.

Berlanga estaría a punto de aparecer, pero tenía sed y había cerrado el caso.

No le importaba celebrarlo solo.

—Ponme un irlandés con hielo, clásico y sin florituras...

—¿Jameson?

—Bueno, sé que aquí no servís DYC.

Pasados unos minutos y con el whisky en la mano, advirtió una silueta que subía los escalones que procedían de la calle de Princesa. Carraspeó para que su voz sonara limpia. Las primeras impresiones, aunque fuera entre amigos, seguían importando.

El inspector tenía mala cara. El rostro de una de esas jornadas de fin de semana en las que todo parece ir con normalidad, hasta que tienes que destapar un cadáver.

Pensó que tampoco le vendría mal un trago.

En cuanto Berlanga lo vio tras el cristal, entró en el local y se dirigió a él con el morro torcido.

—¿No había otro lugar? —preguntó, inquieto—. He tardado veinte minutos en encontrar aparcamiento.

—Si trabajas aquí al lado... —respondió el detective, pero su excompañero no estaba de humor como él—. Vamos, siéntate. Yo también me alegro de verte. ¿Qué bebes?

—No, me tomaré una tónica. Tengo que conducir.

—Tú te lo pierdes —dijo y le dio un sorbo al destilado—. Es mi día de cierre.

—Precisamente de eso quería hablar contigo, Javier...

Maldonado levantó una ceja, expectante. Podía intuir el rumbo de la conversación.

—Si es por lo de anoche, te pido una segunda disculpa por haberte llamado tan tarde, o tan pronto, según se vea... No tenía a quién recurrir.

Berlanga se rascó la cabeza, fingiendo ser paciente ante las excusas del expolicía. Después le clavó los ojos.

—No puedo volver a hacerlo, Javier —sentenció, sin esperar a que terminara la explicación—. Ya no por ti, que también, sino por él. ¿A qué viene ahora eso de juntarte con Suárez? Pensé que lo habías superado.

—¿Superar el qué? Siempre fue una fuente muy útil.

—Ya no eres policía, te lo advierto.

—Y yo te recuerdo que tengo un negocio que mantener —respondió, elevando para marcar su territorio, aunque sin resultar del todo hostil—. Suárez sigue siendo una fuente útil. No tengo licencia para entrar donde se me antoje y mi cliente quería que encontrara a su socio y que lo fotografiara para poder llevarlo a juicio. Sin él, no me habrían dejado participar en esas timbas ilegales. ¿Queda claro?

El policía se frotó los dedos con desasosiego. Pronto, el detective comprendió que le preocupaba algo más que lo que le dijeran en el trabajo.

—Hace tiempo que Suárez debería estar en la cárcel... y no es así, por nosotros.

—Con más motivo para que nos devuelva el favor.

—El problema no es él, Javier, sino tú —aclaró el inspector—. Si te vuelven a detener con Suárez u otro personaje como él, caeréis los dos. Te conozco desde hace muchos años y sé la que puedes montar por llegar hasta el final. No te metas en más líos. Ledrado está a la espera de que cometas un error.

—Pensé que habíamos resuelto nuestras diferencias.

—De manera temporal. Él sigue siendo un policía de manual.

Al detective no le gustó el ultimátum que le dio su amigo. Detestaba que le dijeran cómo tenía que hacer su trabajo, pero no le faltaba razón y prefirió seguirle el juego.

—El caso está cerrado. No habrá más situaciones así. Ahora, ¿me vas a dejar que te invite a una copa?

—Ya te he dicho que no, gracias.

—Lo suponía. Tan recto y tan formal... Ese puesto de oficina te está amargando el semblante.

—¿Has terminado ya de tocarme la moral?

—Todavía no. ¿Qué sabes de una tal Laura Serrano?

Berlanga se encogió de hombros como si escuchara el nombre por primera vez.

—No me suena de nada.

Maldonado tampoco esperó esa reacción.

—Pensaba que sí. Me ha llamado esta mañana al despacho solicitando mis servicios.

—No he sido yo, lo siento. ¿Qué buscaba?

—Nada que pudiera hacer por ella —contestó y dirigió la mirada al los hielos medio derretidos—. Al parecer, alguien ha amenazado de muerte a su marido.

—Es un asunto serio.

—Le he dicho que acudiera a vosotros. Estáis para protegernos, ¿no?

El inspector le lanzó una mirada de desprecio y dio un largo suspiro.

—Has hecho bien, Javier. Lo correcto en estos casos —dijo, sin demasiado interés y comprobó la pantalla del teléfono—. En fin, tengo que marcharme. Mi mujer me espera en casa.

—¿Va todo bien por el feudo?

—Sí, más o menos. El trabajo me satura. Sólo quería asegurarme de que no volverás a pisar una comisaría sin mi consentimiento.

—Descuida, es el último lugar que me apetece visitar.

—Eso espero —dijo y señaló al whisky—. Disfruta de la jornada, pero no te excedas. Las resacas te sientan fatal.

Berlanga se despidió con un apretón de manos y abandonó la coctelería.

Maldonado se fijó en sus pasos, viéndolo desaparecer por donde había llegado. Lamentó el desencuentro y pidió otra copa. Lo que más le pesaba era que se hubiese molestado para un encuentro tan banal.

Después de todo, no le había dicho nada que no supiera ya.

Domingo.

Diez minutos de viaje por la M-30. La mañana radiante calentaba el capó del viejo Golf negro. La voz de Calamaro le cantaba al corazón y un montón de pensamientos se disolvían con la música, a medida que llegaba a su destino.

La irrupción de una furgoneta blanca lo sorprendió, saltándose una señal para ceder el paso en el cruce.

Maldonado frenó y respondió con la bocina.

—¡Mira por dónde vas! —bramó él, desde la ventanilla.

El conductor desatendió la conducta del detective e ignoró el aviso, pasando por delante de él.

—Cada vez hay más gilipollas en esta ciudad... —soltó en voz alta.

Aparcó en batería en una de las calles próximas al recinto, sorprendido por la cantidad de coches, furgones de mantenimiento y vehículos de seguridad que había en la zona, y caminó hacia la entrada del hipódromo tras la insistencia de Suárez y el favor que le debía. Las palabras del inspector Berlanga calaron sobre él, tal vez porque era su único amigo de verdad, pero allí dentro no corría peligro ninguno de los dos. En el fondo, echaba de menos divertirse un poco y sentir el calor de la gente en una mañana festiva.

Los alrededores del hipódromo estaban repletos de aficionados a las carreras de caballos, de familias que llevaban a sus hijos para disfrutar por primera vez del espectáculo y de apostantes dispuestos a poner su dinero a trabajar.

Enfundado en su Barbour de color verde oliva y con unas gafas de aviador, Maldonado se dirigió a la zona de las taquillas, el punto de encuentro en el que Suárez lo esperaba. La música de los enormes altavoces calentaba el ambiente. Los *jockeys*, acompañados de los cuidadores y el personal sanitario, se preparaban para salir al *paddock* y mostrar a los caballos antes de galopar hasta dejarlos extenuados. Toda una coctelera de sensaciones que resultaba difícil de explicar para quien no había pisado nunca un lugar así.

A lo lejos, desconociendo cómo había llegado hasta allí, vio la figura de Suárez, vestido con un amago de elegancia para la ocasión. Cuando se acercó, se fijó en la americana vieja y roída por el paso de los años, y en unos zapatos burdeos que clamaban por una cepillada.

—Javier, figura, ¡cómo nos vamos a divertir hoy! —comentó, a escasos metros del detective—. ¿Has leído las noticias?

—Sigues en tus trece con ese Trueno Loco.

—Perdona, se llama Rayito Veloz y es el ganador de la jornada.

—Estás tan convencido que no voy a permitir que te lucre solo.

—Hazme caso, sé de lo que hablo —matizó y señaló a uno de los monitores que había en lo alto—. Hoy corre por tu cuenta, ¿no? Al menos, la carrera. A la comida invito yo, para celebrarlo.

—Qué remedio... Con esto, estamos en paz. ¿Queda claro?

—Oído cocina.

A pesar de su aparente alegría, el detective no podía quitarse la voz de la conciencia que recitaba las palabras de Berlanga, una y otra vez, machacándole la cabeza. Por mucho que se esforzara, el jugador tenía un aspecto físico deplorable. Era un meollo de problemas que estaban fuera de su control. Y también de su incumbencia.

Tras meditarlo unos segundos, decidió que aquella sería la última vez que se reuniría con él, antes de acercarse a la taquilla para tramitar la apuesta.

—Bonita billetera —comentó Suárez, cuando el detective dejó a la vista su cartera de piel verde de cocodrilo—. ¿De dónde la has sacado?

—¿Estás pensando en robar una?

—Parece auténtica.

—Por lo que me costó, lo dudo... pero da el pego.

Con los tiques en las manos, entraron en el recinto para disfrutar de la exhibición de los jinetes y de sus caballos, antes de que comenzara la carrera. Aquel espectáculo formaba parte del ritual y ayudaba a muchos asistentes a tomar sus decisiones de última hora, una vez que habían comprobado el estado de los animales.

El detective dio un vistazo a su alrededor, cruzando la mirada con rostros desconocidos y ojos sugerentes que incitaban al peligro carnal.

La pareja de hombres buscó con la mirada a su caballo ganador, pero Rayo Veloz no aparecía por ninguna parte.

—Es extraño —comentó Suárez, mirando hacia ambos lados—. Debería de estar ya aquí, como el resto. Sin embargo, no hay rastro de él ni del jinete.

—Se habrá demorado. Todavía estamos a tiempo de cambiar.

—No. Vendrá. Este evento es importante.

—Confías demasiado en tu instinto. ¿Hay algo que deba saber?

—Céntrate en la carrera.

A pesar de la seguridad que Suárez tenía en la demostración del caballo, Maldonado comenzó a percibir un aura de crispación entre los asistentes por alguna razón que no era capaz de entender. La aparente normalidad desapareció en cuanto la sirena de una ambulancia se mezcló entre la música de los altavoces y el bullicio de los asistentes.

Se oyó un grito entre la multitud.

Maldonado sintió un latigazo eléctrico que le recorrió la espalda. De repente, la audiencia dirigió la atención a un extremo de la pista. La música, que seguía sonando, quedaba en un segundo plano. Los agentes de policía se abrieron hueco para evitar que los asistentes se abalanzaran adelante, movidos por la curiosidad y el desconcierto.

Un mal pensamiento se le clavó al detective en el pecho como una espina.

Los dos hombres se acercaron a la muchedumbre que se movía hacia un rincón que parecía atraer todas las miradas, y después huía con el semblante horrorizado.

La jinete lloraba de pena y dolor, tapándose cara, incrédula ante lo que veía.

A escasos metros de ella, Rayo Veloz, un caballo negro de pelo brillante, aparecía tumbado en el suelo, con los ojos abiertos y la expresión de quien sufre un ataque precipitado.

El animal estaba muerto.

—Siento decepcionarte, Suárez —dijo el detective, rascándose el mentón—. Me temo que no habrá carrera para él, ni premio para nosotros.

* * *

Los médicos anunciaron que un infarto tumbó a Rayo Veloz. Nadie podía explicarse cómo había sucedido, pero la mañana debía continuar.

Con el mismo ánimo que muchos otros asistentes, Suárez asistió a la carrera sin disfrute alguno, como quien observa un deporte que no le produce el más mínimo interés. El detective no le dio más importancia al asunto.

Al finalizar el evento, abandonaron las instalaciones del hipódromo para regresar a sus casas y culminar una agrídulce jornada de domingo que había comenzado con buen pie.

—Lamento lo ocurrido —comentó el detective—. Sé que le tenías cariño a ese potro.

—El caballo me importaba un bledo, pero era dinero seguro. Había apostado antes por él. No me lo explico... en fin. La vida es como el juego. Tendré que conformarme con un aperitivo en Casa Pepe.

—A veces se gana, otras veces se pierde, y también puedes morir.

—Eso es como perder.

—Pero perderlo todo —apostilló el detective, sacó un *light* del paquete que llevaba en el interior de su cazadora y lo prendió. Observó a Suárez, meditabundo, silencioso y a la espera de que el detective le ofreciera un viaje de vuelta en su coche. Maldonado podía oler sus intenciones. Alargó la pausa, le pegó una calada al cigarro y exhaló el humo. El sol calentaba el asfalto con saña—. ¿Dónde has aparcado?

—He venido en autobús. No puedo conducir.

—Pensaba que fuiste taxista durante una época de tu vida.

—Me quitaron el permiso de conducción hace un año.

—¿Alcohol?

—Creí que lo sabías.

—Hay muchas cosas que no sé —aclaró y le dio un repaso con la mirada. Dejarlo allí tirado, no era una opción y se cuestionó hasta qué punto ese hombre era capaz de utilizar su desgracia para aprovecharse de la bondad del detective—. Venga, tira para el coche. Te llevaré de vuelta.

Se alejaron del hipódromo dando un lento paseo sin hablar, hasta que vislumbraron la brillante carrocería del viejo Golf negro, recalentada por la luz del mediodía. Maldonado pensó en lo caliente que estaría el interior del vehículo, con la tapicería quemándole el trasero.

Metió la llave en la puerta, sintió el ardiente metal y bajó la ventanilla para que se aireara el vehículo. Entonces, oyó unos pasos que se acercaban por su espalda y giró la cara.

Los dos hombres miraron en la misma dirección.

Una mujer de cabello largo, castaño y con mechas rubias se aproximó a los dos con ademanes de pedir un favor. El detective la estudió con un rápido repaso. Iba vestida con pantalones blancos estrechos, un suéter primaveral por el que mostraba el generoso escote, y bajo

el brazo llevaba un bolso de marca. Tenía los ojos oscuros y la tez bronceada con un tono difícil de definir, entre el cacao y la piel de una naranja.

—Perdone —dijo la señora y él sintió una melodía familiar—. ¿Es usted el señor Maldonado?

El detective y Suárez se miraron.

—¿Quién lo pregunta?

—Hablamos ayer por teléfono —respondió y le ofreció la mano. Maldonado se fijó en el brillo de sus ojos, seductor y diferente—. Soy Laura Serrano.

Él asintió y se percató de que la mano seguía ahí, suspendida en el aire. Finalmente accedió a estrecharla.

—¿Me está siguiendo?

Laura Serrano alzó las cejas.

—En absoluto. Lo he visto en la zona del paddock.

—¿Y cómo me ha reconocido?

La mujer se cruzó de brazos y echó la espalda hacia atrás, desafiante.

—Por favor, detective. No hay más que poner su nombre en un buscador para conocer su historia.

De nuevo, el hormigueo se manifestó en su cuerpo, el pulso tomó otro ritmo y la presión arterial aumentó.

Uno.

Dos.

Suspiró para aguantar el temple.

Jamás le gustaron las sorpresas ni las personas que sabían demasiado sobre él.

Se dirigió a Suárez y le indicó que esperara en el coche. Luego se acercó a la mujer y la invitó a alejarse del vehículo unos metros para dar un corto paseo.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó, hostil, molesto por el acoso—. Le dije que no podía ayudarle. Creo que fui claro.

—Puedo hacerle cambiar de opinión.

—No, no se moleste.

—Reúnase conmigo mañana —dijo y miró hacia el hipódromo, llena de preocupación y hermetismo—. Será en un lugar público y se lo explicaré todo. Después, decidirá. Lo dejaré en paz si no accede.

—Sí, eso ya lo veo. No prometa cosas que no puede cumplir. ¿Quién le dio mi número?

—Ya se lo dije. Usted lo colocó ahí.

Recordó que debía quitar ese cartel.

—¿Por qué se niega a ir a la policía?

Ella puso los ojos en blanco y meneó la cabeza hacia ambos lados.

—No pueden hacer nada. Si denuncio, le harán preguntas incómodas, no hablará y se enfadará conmigo.

—¿Le tiene miedo?

Ella desvió la mirada.

—No.

—Miente fatal.

La mujer levantó los ojos por encima de su hombro y se fijó en Suárez.

—¿Podemos hablar en un lugar más íntimo? Debo regresar al hipódromo.

Maldonado se giró y ordenó a Suárez que no incomodara.

—Con todo el respeto, ¿quién diablos es su marido y por qué alguien querría hacerle daño?

—¿Le suena el nombre de Fidel Ochoa?

Un fogonazo cognitivo le llevó hasta la noticia que había leído en el periódico. Ochoa se dedicaba a la cría de los caballos de carreras.

—Tal vez.

—Ese es mi marido.

—¿Y no está acompañándolo?

—Me preocupa él. Eso es todo.

Maldonado percibió algo extraño en las intenciones de esa mujer, pero no le faltaba razón en lo que decía. Si el marido no estaba dispuesto a colaborar, no haría más que entorpecer la investigación de la policía. Conocía la situación. En cuanto a él, no podía hacer mucho, pero su trabajo tampoco le comprometía en exceso. Esa mujer olía a dinero a kilómetros, ya fuera suyo o del cónyuge, y unos ingresos que le vendrían bien a esa oficina, a Marla y a su vida en particular. Los últimos casos le habían demostrado que no existía dinero rápido ni problemas irremediables. Antes de aceptar el caso, llevaría con él una batería de preguntas para cubrirse las espaldas.

—Está bien. La veré mañana. Le advierto que esto no significa un sí.

—Pero tampoco un no —contestó, más animada—. Gracias. Lo esperaré en el Ramsés a mediodía.

—Pensé que hablaríamos en un lugar íntimo.

—No se preocupe. Allí, nadie le reconocerá. Hasta mañana, detective.

La mujer se giró y el ruido de las botas contra el asfalto se perdió hacia los alrededores del hipódromo.

Maldonado regresó al coche, que seguía abierto y con el ventilador en su máxima potencia y puso en marcha el motor.

—¿Qué quería esa tipa? —preguntó Suárez, recostado en el asiento del acompañante.

—¿Te suena el nombre de Fidel Ochoa?

—Maldita sea, pues claro... Era el dueño de Rayito Veloz.

El detective se rascó el mentón y miró hacia la silueta de esa señora que se alejaba lentamente, empequeñeciéndose en la distancia.

—¿Crees en las casualidades?

—No seas ingenuo, Maldonado —comentó el jugador y encendió la radio del coche—, claro que existen. Las casualidades son como el juego... Azar a primera vista, que rara vez llega de rebote.

6

Lunes.

Día 1.

Antes de reunirse con esa mujer tenía que cobrar, porque sin dinero no había quien pagara los taxis.

Subió la cuesta de San Vicente, cruzó la plaza de España bajo la mirada atenta de un Cervantes desolado, abandonado a su suerte en un parque desaliñado, sucio y lleno de basura. Tomó la Gran Vía como cada mañana, disfrutando de la calma de los lunes, de los rostros maltratados por el fin de semana y del gris pensar de las gentes, que ni siquiera eran capaces de ver el arribo del viernes en el horizonte.

La puerta del despacho estaba cerrada con doble vuelta.

Le extrañó que Marla llegara antes que él. Algunos días, en la turbulenta cabeza del detective se cruzaba la idea de que la secretaria no volviera más al despacho. Era lo más probable que ocurriera, tan pronto como la chica se diera cuenta de que aquel puesto no era para ella.

«No te pongas paternalista ahora».

No le dio importancia, puesto que le pagaba una miseria como para exigirle más.

«Ella sabe lo que hay».

Entró en la oficina, comprobó el escritorio de la entrada y miró en el interior de su despacho. No había café recién comprado, ni prensa, ni el dossier del caso de Castro.

Sintió cómo la mañana se le echaba encima de los hombros bajo aquel techo.

«No eres consciente de lo que tienes, hasta que lo pierdes...».

Y aunque no había perdido a Marla, estaba tan bien acostumbrado a los agasajos, que su ausencia por unas horas, podía dar un vuelco a su estado de ánimo.

—Al carajo —murmuró, sin quitarse el abrigo, y salió por donde había entrado.

* * *

Al salir del edificio, vio a la secretaria cruzando el paso de cebra con los ojos hinchados y la tez más pálida de lo habitual.

—Lo siento, Javier, no encontraba...

Él se rio y asintió con la cabeza.

—Espero que no sea la primera cogorza de tu vida. Ven conmigo.

Avanzaron por San Bernardo unos metros hasta el Mesón O'Luar, un gallego de los de siempre, estrecho, con sus jamones colgados en las paredes de granito, una amplia barra de zinc y el escaparate empapelado de fotografías de comida a todo color, de paellas sobrecargadas de cosas; de platos de carne, de pescados, de mariscos y de freiduría variada.

Maldonado abrió la puerta para que Marla entrara primero.

El olor mañanero a máquina de café y plancha de emparedados los recibió de lleno. El sitio no estaba concurrido a esa hora, aunque los funcionarios de los ministerios no tardarían en aparecer para el primer desayuno. Tomaron posición en la barra junto al grifo de cerveza, y Maldonado pidió dos cafés bien cargados, un zumo de naranja, un pincho de tortilla de patatas para él y una tosta de jamón serrano con queso curado para ella.

—¡Uf! —exclamó la chica al oír el pedido.

—Ah, y una botella de agua —añadió el detective—. Esto te vendrá bien, créeme.

—Lo que mejor me vendría, es una pastilla.

—O un carajillo y déjate de chorradas —dijo él y los dos rieron—. ¿Se dio bien la velada?

—Me pasé con el vino.

—Sería del malo. ¿Hay algo abierto un domingo?

—Hablas como un cascarrabias, Javier.

El camarero sirvió los desayunos. Antes de que se marchara, el detective pidió un chorro de coñac en su café para entrar en calor. Después lo removió con la cuchara y miró a la secretaria.

—He dejado la noche, Marla. Ya lo sabes.

Ella suspiró, no por él, sino a causa del sofoco que recorría su cuerpo en ese momento. Maldonado no quiso ponerse en sus zapatos.

Las resacas no perdonaban, aunque fuera un lunes.

Marla agarró el zumo de naranja recién exprimido y se lo bebió de un trago.

Él la miró estupefacto.

—Cené con un chico al que conozco desde hace unas semanas —contestó y se aclaró la boca con el vaso de agua—. Que si primero una cerveza, después un vino... y al final te bebes dos botellas... ¡Uf! Vaya, creo que ahora me siento mejor.

—Bendita juventud, no me sorprende... —comentó de soslayo—. Creía que los hombres de tu agrado tenían modales.

—Los tiene. Es muy educado y divertido.

—¿A qué se dedica?

—Es fiscal.

—¿Edad?

—Eres un cotilla. Ni que fueras mi padre.

—Al menos, dime su nombre.

—No pienso decirte nada —replicó—. Te conozco y sé lo que harás después con esa información.

—Ándate con ojo. No me fío de los fiscales, Marla.

Ella le hizo una mueca, dio un sorbo al café y después agarró la tostada.

—No me extraña que pienses eso, hay cosas que nunca cambian, a pesar de los años.

—Como este bar.

—Y como tú.

—Estoy de acuerdo en todo —dijo y le hincó el tenedor a la tortilla. Después comprobó la hora en el reloj. Aún faltaban unas horas para la cita con esa mujer—. Hoy te quiero en la oficina

para cobrar el caso de Castro. Luego puedes tomarte el resto del día libre.

Las pupilas de Marla se dilataron y su postura se irguió.

—¿Y eso? No te molestes, estoy bien, de veras, Javier, puedo trabajar como siempre.

—Tranquila, respira un poco y no te atragantes —comentó, haciéndole un ademán—. No te estoy reprochando nada. Simplemente, estaré fuera unas horas y no hay mucho que hacer. Te vendrá bien una siesta. Llama al fiscal y dile que te cuide un rato.

—¿Es por esa mujer?

Él arqueó una ceja y la miró por encima de su hombro. A pesar de la resaca, que emblanquecía todavía más su piel, y de tener la barbilla manchada de aceite y migas de pan, Marla tenía su gracia, o eso pensaba él.

—¿Cómo lo has sabido?

—Nunca desperdicias un cliente.

—Alguien tiene que pagar la reparación del refrigerador —comentó, apoyando el codo en la barra y dando el último sorbo a la taza—. Además, no es seguro.

—Sabes que me preocupo por los clientes que rechazas. Ni que tuviéramos cien llamadas al día...

—Perdona, pero es una situación compleja.

—Dijiste que no podías ayudarla, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—El dinero. Lo único en esta vida que cambia de parecer a cualquiera.

Ella guardó silencio, siguió masticando el desayuno y prefirió no continuar con el asunto.

—Todavía no he decidido si la voy a ayudar. Dice que su marido está amenazado de muerte y no quiere contárselo a la policía —explicó y Marla puso atención a sus palabras—. Puede que esté exagerando, que le hayan apretado las tuercas o que deba dinero a alguien... Esto pasa a menudo. Ayer mismo, en el hipódromo, su caballo más prestigioso murió de un patatús. Supongo que el negocio está por los suelos.

—Y si no tienen dinero, ¿cómo te va a pagar?

La pregunta lo desconcertó.

Para sus adentros, reconoció no haber pensado en ello.

—¿Has terminado de desayunar?

—Sí, claro —dijo ella, dando el último trago al café. Maldonado puso el billete de veinte euros sobre la superficie de aluminio y ella asintió con la cabeza—. Gracias.

—De nada, todos tenemos un ángel que nos cuida —respondió y se dirigió a la calle—. Quiero que encuentres todo lo que puedas sobre Fidel Ochoa y Laura Serrano... Negocios, familia, patrimonio, cuentas... Lo que sea. No sé de qué va este asunto, o si me haré cargo de él, pero no puedo permitirme el lujo de fallar a Berlanga otra vez.

Tras un largo paseo, divisó la enorme Puerta de Alcalá. La inmensa Plaza de la Independencia rebosaba del tráfico habitual de la mañana. El paisaje era muy distinto al de la Gran Vía. Una mezcla de mujeres y hombres vestidos de traje, con paso acelerado, hablando por sus teléfonos móviles con gestos de exaltación. Un panorama que contrastaba de la tranquilidad del turismo con poder adquisitivo y de los ciudadanos con vidas acomodadas que disfrutaban de las terrazas de los restaurantes que rodeaban la plaza.

Maldonado, con las gafas de sol puestas, se acercó a las inmediaciones del bistró que le había mencionado Laura Serrano. Tras peinar la zona con un vistazo, no tardó en localizarla tomando el almuerzo en una de las mesas que había cercanas a la vía peatonal.

La señora Serrano disfrutaba de unos huevos revueltos y de un cóctel rosado. Llevaba un abrigo de piel encima de un vestido y ocultaba los ojos con unas gafas negras de pasta, que la protegían de la claridad.

«No está mal para encarar el día», pensó antes de abordarla.

—Llega puntual —dijo la mujer, comprobando que eran las doce en punto—. Siéntese. ¿Tiene hambre?

—Buen provecho, ¿vermú? —preguntó, señalando al vaso de cristal con relieve.

Ella negó con la cabeza.

—No, ya no tomo alcohol, pero puede pedir lo que guste.

Él se lo pensó dos veces y rechazó la oferta.

—Un café será suficiente —contestó y tomó asiento frente a ella. Ambos eran de mundos diferentes, pero Maldonado estaba acostumbrado a todo y a la señora no parecía incomodarle su presencia—. A esta hora, los combinados se me suben a la cabeza.

—La vida sabe mejor caminando entre algodones, detective.

—Le pediría, si no le importa, que me llamara por mi apellido.

—Como quiera, Maldonado.

El camarero tomó nota y entró en el restaurante a por su café.

—Usted dirá, aunque sigo manteniéndome en mis trece.

—Lo sé, baje la guardia —dijo, dejó los cubiertos encima del plato, se limpió las comisuras de los labios con delicadeza y retiró las gafas oscuras de sol—. Déjeme hablar primero y escuche. Después, haga las preguntas que considere necesarias.

—Adelante.

La mujer abrió un pequeño bolso azul marino de Prada y sacó un sobre blanco del interior. Se fijó en sus manos, cargadas de sortijas, ausentes de alianza matrimonial. Ella puso la carta sobre la mesa de mármol y la empujó hacia el detective con sumo misterio. Maldonado la recogió, destapó la solapa y observó el interior. Después sacó la nota y la abrió.

«Tienes tres días para salir del negocio o eres hombre muerto. Esto va en serio».

—Curioso. Una amenaza algo chapucera, pero una amenaza —comentó al leer el escrito, dobló el papel y lo devolvió al sobre. El camarero le sirvió el café en una tacita pequeña de porcelana. Maldonado se lo agradeció y dio un sorbo para humedecerse los labios—. Las he visto mejores. ¿Cuándo la recibió?

—La encontré el sábado.

—¿Y él?

El cielo se nubló. Ella negó con preocupación.

—Desconozco si la ha leído. La nota estaba en el buzón, eso es lo más raro —explicó, frunciendo el ceño—. Es la portera quien suele entregar la correspondencia. La persona que lo hizo sabe dónde vive mi marido y también que no habría nadie custodiando el portal.

—Entiendo... —murmuró y se rascó la barba áspera de varios días. Necesitaba un afeitado limpio—. Supongamos que fue enviada el sábado, ya que no hay ninguna fecha escrita. Hoy es lunes, así que lo matarán mañana.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos. Él se fijó en una vena que sobresalió de su cuello. Pensó que no le gustaron sus palabras, y que no todo el mundo estaba preparado para la honestidad.

—No hable con esa frivolidad.

—Es una presunción.

—¿Acaso no se le congela el corazón después de leer algo así?

Maldonado se recostó en la silla. Pudo apreciar el exceso de drama en esa dama y dedujo que se habría convertido en una buena actriz de comedia de telenovela de sobremesa.

—Vayamos por partes —dijo, relajando el ambiente—. Si no recuerdo mal, su marido, ayer perdió su caballo máspreciado. Tal vez se refiriera a eso. Intuyo que el suceso repercutirá en sus negocios.

—Puede ser, pero no me convence su argumento.

—Ya somos dos. ¿Tiene enemigos el señor Ochoa? ¿Le ha comentado si alguien intenta ponerle la zancadilla? Existe mucha competitividad en esos círculos.

Preguntaba a ciegas. No había dispuesto del tiempo necesario para preparar el encuentro.

Ella suspiró. Se mostró desbordada.

—No lo sé, sinceramente —explicó—. Sé que ha tenido sus tensiones con Augusto Romero, el segundo propietario de cuadras más importante del país.

—Me alegra que tire del hilo. Continúe...

—Verá, Fidel mantiene diez caballos, todos ellos pura sangre que compiten al más alto nivel. Está muy demandado aquí y en Europa. Sin embargo, Romero hace las cosas de otra manera. No juega limpio.

—Nadie lo hace. Explíquese.

—Romero mantiene más de veinte caballos, pero estos pertenecen a otros cinco empresarios por lo que, si pierde a sus socios, se queda sin nada.

—Desconozco el funcionamiento del negocio, aunque intuyo que intenta decirme algo.

—Pero usted estaba en el hipódromo.

—Una casualidad. Tengo derecho a perder mi dinero como deseo.

—Fidel ha recibido muchas presiones a lo largo de los años. Esteban Romero le ofreció unirse a él como asociado, para mantener el monopolio de las carreras en España, pero mi marido se negó por completo. Eso va contra las normas, ¿sabe?

—Pretende decir que su esposo es un santo.

—No le he pedido que viniera para escuchar sus insolencias.

—Cálmese, la entiendo a la perfección —dijo y pegó un segundo sorbo al café, recordando lo malo que era. Luego se frotó la cara—. Entonces, ¿cree que las amenazas vienen de ese señor?

—No lo sé, Maldonado. Por eso le he citado aquí para hablar con usted —contestó, desesperada—. Quiero a mi marido y el simple hecho de pensar que lo pueden matar y no haber actuado al respecto... me retuerce el alma.

—Una pena, señora Serrano, pero esto que me cuenta, de ser cierto, es un asunto peliagudo. Estamos hablando de corrupción, de prácticas desleales y de ilegalidad... Yo me mantengo al margen.

—No puede hacerme esto.

—Ya lo creo que sí —afirmó, sin rodeos—. Siento repetirle que será mejor que hable con su cónyuge y con la policía. Lamento que haya perdido el tiempo conmigo.

El silencio se apoderó de los dos. La desesperación se convirtió en tragedia y, en medio de aquella plaza repleta de gente con sonrisas marcadas por el bótox, la señora Serrano se desmoronaba lentamente.

Maldonado se puso en pie, antes de marcharse, cuando el último grito de auxilio lo detuvo.

—¡Espere! —exclamó ella—. Al caballo lo mataron. No murió por causas naturales.

El detective retrocedió y regresó a la mesa, manteniéndose de pie.

—¿Lo hace para ganar tiempo conmigo? Conozco todos los trucos.

La mujer contenía el sollozo con angustia. Por su rostro, Maldonado comprendió que libraba una batalla interior por no contar más de lo que sabía.

—Una sobredosis acabó con él.

El detective se sentó en la silla.

—¿Una sobredosis, de qué?

—Sí, sí, lo sé... ¿Cree que soy estúpida?

—No he dicho tal cosa.

Los músculos de su cuello se destensaron.

—Fidel tenía sus contactos, ya me comprende... Rayo Veloz movía mucho dinero y existía una gran expectación por verlo ganar después de la lesión que había sufrido —explicó, sin pausa, sacando todo lo que guardaba—. Si no terminaba en el primer puesto, las pérdidas serían muy fuertes y la desconfianza acabaría con el negocio... Alguien se tenía que encargar de pinchar al caballo después de los exámenes de dopaje... No me puedo creer que le esté contando esto.

—No descartemos el accidente.

—No, no fue una negligencia. Fue premeditado.

—Entonces, su marido no es un santo.

—A veces hay que tomar decisiones, aunque no sean las correctas.

—En cualquier caso, señora, se lo repito —insistió él, cansado de esa mujer y de los turbios negocios de su esposo—. Me está hablando de negligencias, trampas y asuntos que podrían meter a su marido en la cárcel. ¿Es consciente de ello? Yo mismo la denunciaría si quisiera.

La mujer alzó el mentón y le clavó los ojos de color almendra.

—Pero no lo hará.

Él frunció el ceño, asombrado por la repentina reacción de su interlocutora.

—No, no lo haré porque me importa un carajo este asunto. De veras, créame, bastante tengo con mi vida. Explíqueme a la policía lo que me ha contado y guarde los detalles que considere necesarios. Que disfrute del Negroni, señora Serrano.

—¡No se vaya! —rogó, levantándose del asiento y agarrándolo por el antebrazo. La espalda se le erizó, el calor volvió a emanar de su estómago. Respiró hondo, miró a la mano y se deshizo de ella con un movimiento brusco. Laura Serrano reculó—. Sólo le pido que encuentre a la persona que acabó con Rayo Veloz. ¡Nada más! No tendrá nada que ver con mi marido, se lo juro...

«Ambiciosa, caprichosa y terca».

—No está acostumbrada a las negativas, ¿verdad?

—Le pagaré bien, detective.

—Cuando dos negocian, una parte se considera más lista que la otra —dijo, reticente—. ¿Piensa que me chupo el dedo?

—Sé que fue policía y que es inteligente.

—Y yo que pretende utilizarme para encontrar a la persona que amenaza a su marido.

—Detective...

—Maldonado —contestó con el semblante serio, suspiró, la miró fijamente y encontró el poso del tormento en ellos—. Llámeme así. Mis condiciones no son negociables.

—Las aceptaré.

—Cobro por adelantado.

—El dinero no es un inconveniente.

—Por eso mismo le saldré caro —apostilló—. El problema me lo va a dar usted.

8

Regresó a pie al despacho, reflexionando sobre todas las incongruencias que esa mujer había cometido en tan poco tiempo. Primero, el anillo, un detalle que habría pasado por alto, si no lo hubiese llevado el domingo. Después, la insistencia desmesurada. Por último, el deseo de evitar la policía a su marido. ¿Quién era esa mujer y qué pretendía con todo aquello?, se cuestionó con cada paso. La experiencia le había enseñado a no fiarse de los testimonios, que se corrían como cortinas para tapar las señales inapreciables del cuerpo. Un encuentro tenso, desasosegado y peligroso. No sabía cómo agarrar aquello, pero tenía claro que podía sacarle un buen pellizco económico si lo deseaba. La desesperación es una mala consejera cuando se busca ayuda y toda intención posee un interés concreto. Aunque él no estuviera convencido de que iba a echarle una mano, tenía claro que la señora Serrano, por el momento, no barajaba más opciones a las que recurrir.

Debía pensar con calma, aclarar las ideas y decidir si merecía la pena meterse en el barro por un puñado de billetes.

Cuando abrió la puerta de la oficina, encontró a Marla sentada en su escritorio.

—¿Todavía estás aquí? Te dije que...

La secretaria tenía mejor aspecto. Intuyó que el desayuno, acompañado de una profunda siesta en el sofá la devolvió a la vida.

—Sabía que volverías —contestó ella, poniendo la impresora en marcha—. Por cierto, el cheque está en tu escritorio. El cliente ha quedado satisfecho con las fotografías.

—Me alegro por él, pero no por su socio.

Maldonado palpó el sillón Chesterfield de imitación y sintió el calor que había sobre la piel.

«Lo sabía», dijo hacia sus adentros, calculando que Marla llevaba despierta menos de una hora.

—En el fondo, he venido para... —comentó él, con voz pícaro—, quería asegurarme de que obedecías mis órdenes, pero ya veo que...

—No, no es eso. Has vuelto porque esa mujer te ha enviado la documentación al correo y yo me he quedado para ayudarte. Sé que no eres capaz de encender el ordenador.

Maldonado la miró ladeando el rostro. Ella le respondió con una sonrisa estática, cargada de verdad y de compañerismo.

—Eres demasiado lista, Marla. Espero que el fiscal te dure más que los anteriores...

—La inteligencia no está reñida con los sentimientos. Mírate a ti...

El detective se quitó el abrigo, lo dejó sobre el sofá y se colocó junto a ella, apoyado en el tablero de la mesa. La máquina imprimía los folios.

—En ningún momento he hablado de inteligencia —comentó y ella le propinó un golpe en el brazo, a modo de ofensa, pero sin maldad—. ¿Cuándo me lo vas a presentar?

—Nunca.

—¿Le has hablado ya de mí?

—Pierdes el tiempo, Javier —dijo y regresó a la impresión.

—Enséñame que tienes ahí. Veamos cuántas mentiras nos cuenta esta señora...

—¿Así que has accedido a tomar el caso?

—Todavía no he decidido nada.

—Ajá, ¿en qué asunto vamos a trabajar esta vez?

—¿Vamos? No, ni hablar. No quiero meterte en esto.

—Me parece fatal, Javier —recriminó—. Es injusto que te diviertas tú solo.

Maldonado cogió los folios y les pegó un vistazo rápido.

Era un correo electrónico de Laura Serrano en el que indicaba la ubicación de la finca donde su marido tenía los caballos, la dirección de su residencia en el barrio de casas de El Viso y el contacto de uno de los organizadores de los eventos del hipódromo. También señalaba que encontraría con facilidad a Ochoa en la coctelería Milford de Juan Bravo, un clásico lugar al que acudía para hablar de negocios y cerrar tratos. Para contactarla, dejó dos números de teléfono: uno privado y otro familiar.

—Vaya, para no estar al corriente de lo que hace, sabe muy bien dónde, cuándo y cómo localizarlo.

—Sólo le falta averiguar el porqué.

—Me da que de eso me encargo yo.

El dedo índice de la secretaria se coló por los folios y los bajó de su vista. De nuevo, allí estaba el rostro juvenil frente a él, como el de un cachorro rogando atención.

—¿Me lo vas a contar o voy a tener que averiguarlo yo sola?

—No lo sé, Marla. Estamos dando palos al aire —comentó, desconcertado—. Serrano está convencida de que alguien quiere asesinar a su marido, pero creo que no son más que conjeturas. Al parecer, Ochoa tiene más mierda encima que el agua del Manzanares.

—Siempre eligiendo las palabras más oportunas. Eres todo un maestro del lenguaje.

—Te estoy diciendo la verdad y lo que pienso. Según me ha contado, el negocio de las carreras no es tan pulcro como nos hacen creer, cosa que tampoco me sorprende. Se ha empeñado en que averigüe quién mató ayer al caballo, antes de la carrera.

—Descubriendo al autor, llegarás a quien está detrás de las amenazas.

—No esperaba menos de ti... —dijo y le regaló una mueca—. Por otra parte, no me gusta nada su forma de aproximarse a mí. No sé nada del negocio, ni tampoco de lo que ocurre tras las cortinas. No tengo ganas de meterme en una madeja que me puede complicar la existencia... Por cierto, hay que quitar ese maldito cartel de la fachada.

—¿Has hablado con el inspector Berlanga?

—No, ni mentarlo. Tampoco se ha demostrado que la muerte del animal haya sido un crimen. No sé por qué termino accediendo a estas cosas... Mi especialidad siempre han sido las personas desaparecidas, no los cruces de navajas ni los trapicheos entre empresarios.

—¿Y si hablas con Ochoa? Puede que te aporte un poco de luz.

Él la miró con desdén.

—¿Tú quieres cobrar a final de mes?

—Hombres...

—¿Qué?

—No me hace falta tener tu experiencia para saber que esa mujer te ha mentado, como también que su marido le oculta información. No pierdes nada acercándote a él.

—Podemos perder a una cliente.

—O una semana dándole vueltas al cadáver de un caballo.

Marla tenía razón. Jugar al gato y al ratón carecía de sentido.

Necesitaba información externa. Ponerse al corriente de lo que sucedía en los círculos más cercanos de Ochoa, Romero y los demás empresarios que dirigían el negocio de las carreras. Después de conocer las irregularidades que practicaban para que los números salieran redondos, su cabeza le convenció de que no estaba todo perdido.

Maldonado se puso en pie, sorprendido por la contundencia de las palabras de la secretaria, y una idea se plasmó en su cabeza.

Buscó el teléfono en el bolsillo de su pantalón y lo sacó.

—¿Qué he dicho ahora?

—Creo que conozco a alguien que nos puede aportar un poco de luz... o tal vez de sombra.

Esperó hasta el cuarto tono, pero nadie atendió a la llamada.

Maldonado había pecado de ingenuo al creer que Suárez le había dado un número de teléfono válido. Los tipos como él no eran fáciles de localizar y cuando llamaban a alguna parte, nunca lo hacían desde su casa.

—Que te vaya bien, buena suerte y hasta luego... —murmuró, desengañado, parafraseando al Salmón¹.

Pensó en aquel hombre, la hora que era y dónde podría encontrarlo. Rebobinó la cinta mental en la que guardaba todas las conversaciones y recordó las últimas palabras antes de subir al coche.

Después colgó y se dirigió hacia la salida.

—¿Otra vez te vas sin decir nada?

—Tienes razón. Marla, me voy.

Marla se cruzó de brazos.

—¿Piensas dejarme aquí?

—Dudo que te guste el lugar al que me dirijo.

—Sorpréndeme.

—Mejor no.

—Eres increíble, Javier.

El detective blasfemó en voz baja, abrió la puerta y esperó a que la secretaria pasara delante de él.

—No sé cómo lo haces, pero en ocasiones me sacas de quicio.

La tarde del lunes se nubló de repente dejando un cielo gris, una bruma que se interponía entre los coches y un aire frío que obligaba a cerrar los abrigos. A medida que se acercaban las seis en el reloj, la ciudad oscurecía despacio, como una luz que se apaga hasta fundirse del todo, dando paso a los rótulos luminosos, a las farolas del alumbrado público y a los faros de los coches que ponían color a la carretera.

El detective conducía el Volkswagen negro con las ventanillas subidas y el ventilador de aire caliente encendido. Malhumorada por la breve explicación de su jefe, Marla miraba por la ventanilla, distrayéndose con los coches que circulaban por la carretera del Pardo a esa hora.

—Cuando lleguemos, te quedarás en el coche y esperarás a que salga, ¿me has oído?

—Soy mayorcita, Javier.

—No es por eso...

—¿Entonces?

«A ver cómo le explico que nos dirigimos a un burdel».

El detective guardó silencio, cohibido por el momento y subió el volumen de la radio, por la que presentaban el noticiario de la tarde.

El locutor pasó a la sección de deportes para anunciar el trágico suceso de la mañana anterior en el hipódromo:

«La muerte súbita del pura sangre Rayo Veloz ha creado un malestar en las federaciones hípicas y en los órganos deportivos que supervisan las competiciones... Tras la autopsia, los médicos han informado de que el caballo murió al sufrir una fuerte parada cardiorrespiratoria provocada por una sobredosis de anfetamina, poco antes de la carrera. La Real Federación Hípica Española ha manifestado su malestar y ha decidido poner las sanciones oportunas, así como endurecer las penalizaciones y los controles antidopaje».

—Vaya, eso sí que es una noticia —comentó Maldonado, sorprendido por el bombazo informativo. Algo se rompió en su interior y lamentó no haber tomado en serio a esa mujer. De nuevo, la soberbia le pasaba factura.

Marla, por su parte, se quedó pensativa al escuchar al locutor de radio.

El detective la miró, intentando adivinar qué pasaba por su cabeza.

—Es un poco extraño —comentó ella, apoyando el codo en la ventana y la frente sobre la mano—. Parece que alguien quiere arruinarle la vida a ese hombre hasta el último momento. Demasiadas molestias, ¿no crees?

—Sin duda —respondió, incorporándose al cinturón de la ciudad y tomando dirección al barrio de El Pilar. La carretera ensanchó, convirtiéndose en una autovía de varios carriles—. El problema es que, cuando matas a alguien, no le arruinas su vida, sino que destrozas la de los demás. Lo que no me encaja es...

—El dopaje —añadió ella, antes de que Maldonado terminara la frase. Éste le lanzó una mirada de desaprobación. Detestaba que lo interrumpiera—. Te refieres a eso.

—Si me dejaras hablar... —dijo y resopló, como el protagonista de un evento, al que le roban la atención por unos segundos—. Hay algo que no me convence de todo este asunto y está relacionado con el dopaje. Si es cierto lo que esa mujer dice, cosa que pongo en duda, por muy mala que sea la relación de su marido con Romero, éste no haría semejante estupidez. O sí, ¿quién sabe? La mayoría de las veces sobrevaloramos la inteligencia de los demás.

—Tiene sentido, Javier.

—Y tanto que lo tiene.

—Aunque puede que Ochoa se jugara ayer más que una carrera —agregó, llevándole la contraria a su jefe—. Todos querían ver al caballo en forma y Ochoa era consciente de que una victoria le devolvería su valor...

—Nadie se juega el negocio por una cuestión de orgullo, Marla.

Ella se rio y ladeó el rostro.

—¿Y eres tú quién me dice esto?

* * *

A pesar de lo lejos que se encontraba del centro de la ciudad, Casa Pepe era un lugar emblemático para los turistas de provincias, atraídos por sus platos de alitas de pollo frito, las cazuelas de gachas y una fama que se había ganado por la cantidad de huesos de pollo que los clientes tiraban al suelo. El restaurante se encontraba en una calle estrecha que moría en un

callejón. El detective tenía la sospecha de que Suárez andaría por allí. Después de todo, no le extrañó. No era la primera vez que el jugador frecuentaba esa zona. Y no por el bar, sino por el club de alterne que había escondido al final de la calle.

Maldonado aparcó el vehículo en batería, junto a otros dos coches. Observó la terraza del restaurante, concurrida a esas horas, y un amplio bloque de ladrillo que había unido dos locales y una terraza, y que copaba la manzana entera.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Marla, sin sorpresa alguna al ver a los hombres que voceaban con sus botellines en la mano frente a la puerta, mientras apuraban los cigarrillos—. No me extrañaría. Es de tu estilo.

—Admiro la estima que me tienes a veces... —comentó, sarcástico—. Serán unos minutos.

Bajaron del vehículo, se dirigieron al bar y la presencia de Marla despertó las miradas de algunos de los clientes que consumían en el exterior.

El interior tenía gente, hombres, mujeres y niños, aunque no estaba en su hora punta. El dueño advirtió la irrupción del detective y la de la secretaria. Una larga barra de madera soportaba el peso de los parroquianos que apoyaban los cuerpos y las jarras de cerveza sobre ella. Maldonado se aproximó a ésta por un lateral y Marla siguió su paso.

—Hombre, inspector, qué le trae por aquí... —dijo el propietario, un mozo alto y fornido—. ¿De servicio o por puro placer?

—Detective. Hace tiempo que no soy policía.

—Lo sé, pero aquí lo seguirás siendo. ¿Les pongo algo?

—No, gracias.

—¿Y a su pareja?

Marla escuchó la conversación sin comentar nada, a la vez que se fijaba en las montañas de torreznos que servían otros camareros, en las jarras de cervezas y en la amplia gama de banderas de España que rodeaban las baldas de las botellas.

—¿Ella? —preguntó y se acercó a él, poniendo medio torso sobre la barra—. Es mi socia. Escucha, estoy buscando a Suárez, ya sabes, el flacucho con nariz de gancho, mandíbula de cocodrilo y un aire a Sabina.

El camarero escuchó atento a la descripción del detective.

Por su forma de mirarlo, sabía de sobra a quién se refería. Antes de responder, agarró un vaso de cerveza pequeño, lo acercó al grifo y lo dejó sobre la barra, dando un golpe de gracia.

—Señorita —dijo, sacando a Marla de la visita al museo—, para apaciguar la sed.

Sorprendida, ella aceptó, tomó el vaso y le dio un sorbo a la cerveza, manchándose los labios de espuma. Después, el hombre se acercó a Maldonado.

—Sí, lo he visto esta tarde. Venía con otros tres.

—¿Lo tienes en el reservado?

—No. Ya sabes dónde está —explicó e hizo un gesto con el pulgar hacia atrás, señalando al local que había al final de la calle—. Habría cobrado. Se le veía contento.

—Ese es su problema, que miente para todo.

El camarero siguió con su comanda, como un todoterreno, y Maldonado se quedó a solas con la secretaria. La miró y sonrió en silencio. Hay planetas y galaxias, pensó el expolicía, y luego estaba ella, que era de otro universo.

—¿Qué?

—Termínate eso y espérame en el coche —comentó y le entregó las llaves del Golf—. No tardaré mucho.

—¿Me vas a dejar sola aquí?

—Ya eres mayorcita. ¿Prefieres venir?

—¿Eh? —preguntó y levantó los ojos con reparo—. No, te esperaré en el coche.

—Me gustas más cuando razonas.

Maldonado abandonó el bar y caminó hacia la puerta del club.

¹ El Salmón es como se le conoce al cantante argentino Andrés Calamaro.

10

Cuando cruzó la puerta, tropezó con la presencia de un hombre fuerte y de aspecto muy frío, con la cabeza afeitada, una camiseta negra de fibra elástica y una chaqueta de cuero lisa del mismo color.

Por encima de su hombro derecho, Maldonado contempló una cortina roja y unos escalones que llevaban al interior.

—He venido a buscar a alguien, no voy a quedarme mucho rato.

El portero, sin espetar palabra, le puso la mano en el pecho cuando el detective pretendió dar un paso al frente.

—Diez euros, una copa.

—¿Puedes preguntar por Suárez? Es importante.

—Diez euros, una copa.

Respiró y desechó la idea de negociar con él.

Abrió la billetera y le entregó un billete encarnado.

—Pasa.

Cruzó el oscuro umbral. Las escaleras, que no eran largas, lo llevaron a un infierno propio de Dante, allí donde los herejes y lo peor de cada casa se sentían cómodos.

Una barra de bar sombría regentada por una camarera, varios sofás desgastados por el roce de los cuerpos, chicas ligeras de ropa, aburridas y ebrias, y un par de matones que aseguraban la paz en el interior. La luz roja de los tubos laterales le daba un aura todavía más tétrica a todo.

Maldonado nunca se sintió a gusto en lugares como aquel, antes y después de servir a la policía. Por desgracia, los había frecuentado más de lo que hubiese querido, ya que eran puras ratoneras de maleantes y soplones. Aquel día no iba a ser una excepción.

Echó un vistazo por el salón del local y se acercó a la barra para informarse del paradero del jugador.

—Una cerveza —dijo y le entregó el papel de consumición que el gorila de la puerta le había dado. La camarera le sirvió un botellín a cambio de los diez euros y miró hacia otro lado para avisar a las chicas—. No te molestes en llamarlas, no he venido a echar un polvo.

—Claro, guapo. Lo que tú digas.

—Estoy buscando a un hombre y sé que está aquí.

Dos muchachas, una morena y otra con peluca rubia, se aproximaron al expolicía. La morena era bajita, muy delgada, y tenía un vestido por el que mostraba hasta las entrañas. La rubia era despampanante, con una delantera de implantes que desvió los ojos del hombre.

«Dormir con eso, tiene que ser complicado».

—Hola, muchacho —dijo la primera, con un robusto acento extranjero, y le puso la mano en el hombro. Olía a perfume fuerte y dulzón. Sospechó que lo usaría para quitarse el hediondo recuerdo de los puercos que merodeaban por allí—, ¿te apetece un poco de diversión?

Se deshizo de ella con un movimiento brusco. Le irritaba la realidad paralela que se manejaba en esos entornos.

—Lo siento chicas, no soy vuestro hombre.

—Querido, no seas tímido —dijo la rubia y pegó su cuerpo al de él. Maldonado marcó la distancia y ellas lo notaron—. Necesitas relajarte un poco. Estás muy tenso.

El detective se dirigió a la camarera, ignorando a las meretrices.

—¿Dónde está?

La empleada miró a las otras dos.

—Invítalas a una copa.

—Ya he pagado la consumición.

—Las chicas tienen sed —insistió y las otras dos mujeres asintieron.

Él chasqueó la lengua y aceptó la condición. No tenía otra salida. Le entregó un segundo billete de veinte euros y la camarera lo guardó, sin servir ningún trago.

—Con lo listas que sois, podríais hacer carrera en un bufete de abogados... ¿Me vas a decir dónde está?

—Ven, yo te llevo —dijo la morena y el detective siguió sus pasos hasta una habitación.

Cuando abrió la puerta, una nube de humo de cigarrillos lo cegó.

Alrededor de una mesa, acompañado de otros tres varones y dos mujeres, encontró a Suárez de espaldas, con su americana deshilachada, concentrado en una partida de póquer.

Maldonado lo agarró por el hombro y Suárez lo miró de soslayo.

El detective notó su mal aspecto. Estaba bebido y no parecía contento por la visita.

—Para fuera —ordenó—. Quiero hablar contigo.

—Estoy ocupado.

—No me toques los cojones.

Enfadado, se disculpó ante los otros jugadores y se levantó de la silla sin discutir con el expolicía.

* * *

Salieron del local. El detective le ofreció un cigarrillo y el jugador lo aceptó. Después miró al otro lado de la calzada. Marla se encontraba en el interior del vehículo, observando la escena. Pensó que debía apurarse antes de que Suárez le montara un numerito.

—Me estás fastidiando la partida, Maldonado... Tenía una buena mano.

—Lo sabías, ¿verdad? —cuestionó, cortando los preámbulos.

—No sé de qué me hablas.

—El caballo ganador. Sabías que iba a palmar ayer —respondió, enfadado—. ¿Te crees que soy imbécil?

—Para nada.

—No me cabrees.

—A decir verdad, a veces, me gustaría que lo fueras.

En un arranque de rabia, agarró a Suárez por el cuello de la camisa y lo arrastró frente a la pared trasera del local hasta pegar su cuerpo contra los ladrillos de la fachada.

El cigarrillo se le cayó al suelo.

—No me calientes, Suárez, que te suelto una hostia —respondió, colérico—. Apostaste en contra de ese caballo porque sabías lo que iba a pasar y no me dijiste nada.

Pero no logró intimidarlo.

El hombre, a pesar de su estado etílico, se deshizo de él, empujándolo hacia atrás.

—¡Vete al cuerno! Estás como un cencerro. Sabes de sobra que vi lo mismo que tú.

—No mientas. Sé que apostaste en negro contra él.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—La verdad.

—Pues sí, lo hice —confesó y recuperó la colilla, aún encendida—. ¿Es por esa mujer?

—¿Qué está pasando entre Ochoa y Romero? ¿Qué diablos se llevan entre manos?

—¡Y yo qué carajos sé!

—¡Suárez, que nos conocemos!

—¿Has venido para esto? ¡Pues te equivocas de chivato! Estás chalado.

Pero la reacción de aquel hombre fue suficiente para que Maldonado se diera cuenta de la mentira.

También era consciente de que no iba a contarle nada más

—Eres un saco de mierda.

—¿Así me lo agradeces? —cuestionó, ofendido el jugador—. No tienes ni idea, tío. Esa mujer miente más que habla y te vas a encontrar en un lío como sigas metiendo las narices donde no te llaman. Este negocio es complejo y peligroso y tú ya no tienes protección para jugar a ser el bueno de la película. Eres vulnerable y esos tipos no.

—Corta el rollo, desgraciado, y habla de una maldita vez o te corro a mamporros la cara.

Suárez comenzó a reír con una carcajada satírica que no le gustó nada al expolicía.

—Vamos, valiente, pégame... —alentó, moviendo las manos, buscando la provocación—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que no eres nadie. Te queda grande ir de poli bueno, cuando siempre has sido el más cabrón de todos.

La vista de Maldonado se nubló.

Uno.

Dos.

Aguantó la respiración y miró hacia otro lado.

Marla observaba atenta la escena.

No le habría importado romperle la mandíbula, pero no podía permitirse el lujo de dar un espectáculo así delante de la empleada.

—No te quiero volver a ver, ¿me has oído?

—La ciudad es grande, pero nuestros mundos son pequeños.

—Se ve que la suerte está de tu lado —respondió, colocándose el abrigo—, pero algún día te dará la espalda... La próxima vez, te vas a comer las palabras.

Maldonado aplastó la colilla en el suelo y volteó el espinazo. Seguir allí era una pérdida de tiempo y una provocación de problemas innecesarios.

El jugador observó cómo se marchaba, maldiciendo todo lo que pudo.

El detective subió al coche y miró a Marla.

—Vámonos, he tenido suficiente por hoy —dijo y puso el motor en marcha. Retrocedió y tomó la primera salida para regresar a la avenida principal. Maldonado seguía tenso, irritado por el encuentro.

—Hueles a... —comentó Marla cuando se detuvieron en el primer semáforo.

—Sí, lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

El trayecto de vuelta fue silencioso, incómodo y soporífero. No hablaron de lo sucedido y la breve conversación se centró en el desolador paisaje del cinturón de la ciudad.

—Descansa, te veré mañana.

Dejó a Marla en su domicilio de Cuatro Caminos y regresó a su barrio conduciendo con desgana, reflexionando sobre las últimas horas y preguntándose hasta qué punto merecía la pena continuar con aquello. Suárez lo había decepcionado, aunque más dolido estaba él por caer en su trampa. Era un embustero profesional, pero como todos los enfermos, las palabras le eran insuficientes para ocultar la verdad.

No obstante, pensó, algo de razón tenían.

El detective desconocía dónde se metía, ni los entuertos que el propio negocio manejara tras la cortina, pero advertía el peligro desde la distancia. No estaba preparado ni tenía los recursos para abordar un caso así. La muerte de ese caballo parecía el inicio de una trama sórdida y corrupta que iba más allá de la amenaza que había recibido ese hombre.

Olía mal, peor que el estiércol de las cuadras.

Aparcó el coche en la misma calle de su edificio, regresó a su apartamento y se sirvió un segoviano para calmar los nervios acumulados. Las cuestiones se agolparon en su cabeza. Renunciar o no al dinero, ese era su entredicho.

«Déjalo estar. Tu trabajo nunca fue el de remover la basura de otros...», se dijo, mientras apuraba la bebida en la bancada de la cocina.

Comprobó la hora, que se acercaba a la medianoche, y decidió que había llegado el momento de rechazar el encargo. Era un buen dinero, pero se las apañarían. Tarde o temprano, se presentaría otro caso.

Buscó en la agenda de su móvil el número de Laura Serrano y vaciló antes de llamar.

Pulsó el botón verde.

Inquieto por escuchar la voz de esa mujer al otro lado del aparato, congestionado por las excusas que tenía para ella, esperó varios tonos hasta que se tranquilizó cuando saltó el contestador.

Escuchó el pitido y tragó saliva.

—Lo siento, señora, pero no puedo hacer lo que me pidió. Búsquese a otro.

Después colgó, apesadumbrado por ser la primera vez que rechazaba un caso. Por un instante, dudó sobre si la amenaza de muerte se cumpliría.

«Ese enfermo tiene razón, ya no eres policía, no es de tu incumbencia».

Debía mantenerse al margen de sus propias conjeturas.

Alejándose de aquel asunto, nada podía salir mal, se convenció, o tal vez sí, pero ya era tarde. Berlanga estaría orgulloso de él.

En un acto promovido por los efluvios del alcohol, marcó el número del inspector para comunicarle la grandeza de su acto, pero éste rechazó la llamada.

Terminó el trago, se cepilló los dientes y se metió en la cama convencido de que tarde o temprano, el teléfono volvería a sonar.

Martes.

Día 2.

Abrió la puerta del despacho y la encontró en el mismo lugar que cada mañana.

Marla había recuperado la tez y eso era un indicativo de buenas noticias. Por fin, un momento de normalidad, se dijo.

—Buenos días. Tienes mejor cara —saludó. Ella lo observó en silencio, con la mirada perpleja—. ¿Ha llamado alguien?

—¿Has leído las noticias?

Quizá estuviera equivocado, reflexionó.

—No. Me he limitado a resucitar.

La secretaria se levantó de la silla, agarró el diario del escritorio del detective y se lo entregó con brusquedad.

—Lee.

—¿A qué viene tanta prisa?

—¡Te he dicho que leas! —exclamó, nerviosa.

Agarró el diario con las dos manos, lo levantó y revisó la portada.

«Brutal asesinato en la ciudad. Un hombre ha muerto acuchillado en plena noche en el Barrio de Salamanca».

Maldonado arqueó una ceja, intrigado por el contenido de la entrada.

«A las cuatro horas de la madrugada de la noche del lunes, la policía ha encontrado el cadáver de Fidel Ochoa, conocido empresario del ámbito ecuestre nacional, salpicado por los escándalos de dopaje en las carreras de caballos».

La boca del estómago le ardió. Dejó de leer, tiró el periódico sobre el teclado del ordenador de la secretaria y se rascó la cabeza.

«Dios Santo, debí tomarla más en serio».

Tuvo un presentimiento de por qué Berlanga no le había devuelto la llamada.

—Lo mataron anoche —dijo Marla, descolocada por la noticia.

—Sí, hasta ahí puedo leer. Mierda...

—Entonces, ¿esa mujer estaba en lo cierto?

—¿Tú qué crees, Marla? —preguntó, desdeñoso—. No sólo tenía razón, sino que subestimé sus palabras... Necesito un café.

—Lo tienes en tu mesa.

Maldonado se adentró en la oficina, agarró el vaso de cartón, le quitó la tapa de plástico, abrió el cajón del escritorio y recordó que había terminado con la botella de coñac. Un tropiezo era suficiente para convertir un aparente buen día en una sucesión de infortunios.

—¿Qué piensas hacer, Javier?

—Nada. Sentarme aquí y esperar a que pasen las horas.

Ella se cruzó de brazos, incrédula.

—Muy apropiado por tu parte. ¿Es esa tu reacción, después de tanta molestia?

—¿Ha llamado alguien? ¿Sí o no?

La pregunta provocó un suspiro de decepción en la muchacha y decidió darse por vencida.

—Ahora que lo dices, sí. Tu amigo, el inspector Berlanga, te ha dejado un recado —explicó. Antes de que terminara, Maldonado descolgó el teléfono para marcar el número del inspector—. No, no lo hagas. Ha pedido que no lo llames, ni que te molestes en saber más. Ahora es cosa de ellos. También me ha pedido que no acoses a la viuda.

Desprevenido, colgó el aparato y cruzó los dedos.

—Maldito Berlanga, dando órdenes para variar... Siempre es cosa de ellos... —comentó en voz baja y miró por la ventana—. La cuestión es, ¿se podría haber evitado?

—No estoy en posición de juzgarte. Hiciste lo que debías. No lo tomes como algo personal.

—Gracias, pero eso no hará que me sienta mejor. Han matado a ese hombre, por su culpa, no por la mía, claro está... Falté a las súplicas de esa mujer. Tengo la costumbre de caer en el mismo error.

—¿Has perdido la práctica?

Maldonado no respondió a la impertinencia y vació la mirada en el infinito de la Gran Vía, que sufría el tránsito de una mañana laboral. Por mucho que intentara ocultarlo, el sentimiento de fracaso se apoderaba de cada poro de su rostro.

Marla se acercó a él unos metros, sin invadir su espacio. Él observó sus movimientos por el rabillo del ojo, sin que ella se diera cuenta. Por su forma de actuar, sospechó, la secretaria no sabía cómo consolarlo.

—Estoy bien, no te preocupes —dijo, evitando el drama que había por medio—. Sé que ya no es mi trabajo y que ahora me dedico a otros quehaceres. No obstante, tengo la sensación de que la muerte de ese animal está relacionada con el crimen cometido.

—¿Qué te hace pensar eso?

Maldonado se giró y la encaró.

—Hay algo más que esa mujer, Laura Serrano, no me contó. Me mintió a quemarropa cuanto quiso, pero también se guardó un pedazo de verdad. Lo supe por sus ojos llenos de temor y por la manera en la que llegó a contactarme... Había tantas grietas en su relato que no la pude tomar con seriedad... Llámame frívolo, pero no logré ver más allá de la fachada y fui incapaz de entender los motivos que la habían llevado hasta mí. Tal vez su esposo debiera dinero a alguien o tuviera una rencilla personal con ese Romero... Ella lo sabe y tendrá que contármelo si quiere que la ayude... pero matar a ese tipo por una rencilla, no sé, me parece una solución extrema, sobre todo ahora que iba a caer en picado.

—Él y los demás competidores, no lo olvides —añadió ella—. La federación ha prometido abrir una investigación a nivel nacional para reforzar los controles.

—Con más motivo para creer que se nos escapa algo. Entiendo que quisieran dejarlo sin su pura sangre máspreciado y también comprendo que alguien deseara humillarlo delante de su mejor audiencia, momentos antes de la carrera, cargándole el muerto, pero ¿a qué precio? Hay que ser muy idiota para desquitarse y pegarse un tiro en la pierna, ¿no crees?

Ella musitó algo ininteligible, se mordió el labio inferior y movió los ojos hacia el techo de la oficina.

—¿Y si, en realidad, la sobredosis de ese caballo no hubiese sido una negligencia?

Maldonado frunció el ceño y se concentró en sus palabras. Sabía que, cuando Marla hablaba, era mejor escucharla con atención.

—¿Cómo dices?

—Sí —contestó y tomó aire—. La hipótesis de que no fuera un error, sino un acto premeditado, como afirmó esa mujer.

—Esa señora hablaba desde la rabia.

—O no, todavía no lo sabemos —replicó, dando rienda suelta a su análisis—. La acusación de dopaje evitará que se conciba como un delito, pero el asesinato de un animal tiene consecuencias penales. Te pueden caer hasta tres años de cárcel.

—No sé a dónde quieres llegar. Sigo pensando que es una estupidez por parte de quien lo haya hecho.

Marla suspiró y sonrió, con una de esas muecas altivas que dejaba a entender que Maldonado no lograba seguirle el ritmo.

—Esa mujer te dijo que Romero dependía de sus socios, que a su vez eran quienes poseían los criaderos de caballos. Pues bien, aunque inhabiliten a Romero, el negocio seguirá adelante, ya que él no es criador, pero los inversores de Ochoa se pondrán de su parte y el oligopolio de las carreras se convertirá en...

—Un monopolio.

—Eso es —dijo y sonrió de nuevo—. Sabía que lo entenderías.

—Y yo que dirías eso... No está mal, Marla. Nada mal. Ahora que lo dices, Suárez confesó haber apostado en contra, por lo que sabía que la catástrofe iba a ocurrir.

—¿Salió de su boca?

—Los embusteros como él hablan desde el pecado.

—Por lo que, si ese hombre lo sabía, es probable que no fuera el único.

—Difícil de averiguar, Marla... —comentó y chasqueó la lengua—. Con la policía centrada en el asesinato de Ochoa, nadie abrirá una investigación sobre el delito animal... Este asunto no está del todo perdido.

—¿Entonces?

—¿Romero mató a su contrincante?

—No lo creo.

—Y yo tampoco —contestó, rascándose el áspero mentón—. Maldita sea, es una soberana injusticia. Sospecho que a esa mujer le han tendido una trampa.

—¿Qué es lo siguiente?

—Iré a hablar con ella.

—No creo que sea un buen momento, al menos, hoy.

—Tienes razón, dejemos que corra el aire un poco. Se me ocurre algo mejor.

—Sorpréndeme, Sam Spade.

—No te pases ni un pelo, bonita... —dijo y carraspeó para aclararse la garganta—. Debes quedarte aquí, por si llama Berlanga o esa mujer... Yo iré al hipódromo, ahora que la policía está ocupada.

—Nunca me dejas participar.

—Ya me has oído. No hay discusión que valga.

—Sabes de sobra que soy de gran utilidad.

Maldonado caminó hacia la puerta y abrió.

Después la miró de perfil.

—Lo sé, pero alguien tiene que atender a los clientes.

Viajó hasta el hipódromo dándole vueltas a las teorías de Marla y buscando una respuesta a las incógnitas que rodeaban el caso. Aparcó en las inmediaciones y se dirigió a la entrada del recinto.

A esas horas de la mañana, en plena semana laboral, el hipódromo era un lugar tranquilo, silencioso y con un ambiente muy distinto al que había vivido el domingo anterior.

En la garita de la entrada a las pistas, un guardia de seguridad vestido de uniforme vigilaba con aburrimiento las diferentes cámaras. Por las pantallas se podía ver al personal de mantenimiento de las instalaciones y al servicio de limpieza que preparaba las gradas para la siguiente jornada.

—Buenos días —dijo el detective, acercándose a la cristallera.

El hombre, canoso, arrugado y cercano a la jubilación, se puso firme en cuanto escuchó la voz del visitante, saliendo de la zozobra diaria que lo retenía allí dentro hasta el final del turno de trabajo.

Lo observó unos segundos y respondió.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Soy periodista y estoy escribiendo un reportaje acerca de la carrera del domingo pasado —articuló Maldonado, improvisando sobre la marcha—. Me pregunto si podría hablar con el encargado que organiza todo esto...

El hombre regresó la vista a una de las pantallas por un instante, como si se tomara su trabajo con seriedad.

—No está. Llame por teléfono a las oficinas.

—¿Ha venido la policía a inspeccionar el recinto?

—Aquí no ha venido nadie —contestó, seco—. ¿De qué periódico es usted?

El sabueso perdió la paciencia.

Se le daba fatal fingir lo que no era.

—En realidad soy detective y estoy investigando la muerte de Rayo Veloz —dijo y se fijó en las imágenes de los monitores. En una esquina, tres personas adecentaban el área del *paddock*—. ¿Esas cámaras graban cada rincón de este sitio?

Afirmó con la cabeza.

—¿Ha terminado? Tengo mucho trabajo —respondió con insolencia y miró a ambos lados—. Ya me ha oído, no quiero líos.

Maldonado sacó la cartera y le mostró un billete de cincuenta euros.

—¿Qué puedo ver con esto?

El hombre arrugó la cara y el detective pensó que rechazaría su oferta. Después comprobó que no había nadie en los alrededores, agarró el billete y quitó el cerrojo de la puerta.

—Por la basura que me pagan, entre y sírvase.

* * *

Firme tras el respaldo de la silla giratoria de aquel tipo, Maldonado le indicó que reprodujera las grabaciones de los momentos previos a la carrera del domingo. Creyó que los cincuenta euros estarían bien invertidos si conseguía una pista sobre las personas que establecieron contacto con el caballo antes de morir. Las grabaciones de las cámaras reproducían diferentes lugares del hipódromo: desde las gradas hasta la entrada a los baños públicos. Se fijó con atención. Todo parecía suceder con normalidad, como un día más de carreras, hasta que el detective identificó la silueta del oscuro caballo y pidió que pausara la cinta.

—Espere, ¿eso es antes o después del reconocimiento?

—Después. Aquí ya está preparado para ir al *paddock*.

—Entiendo —dijo, extrañado, al ver que el animal iba acompañado de un hombre vestido con una cazadora deportiva y unos vaqueros—. ¿Reconoce a esa persona?

—No conozco a nadie aquí, pero sí, lo he visto otras veces. Es del equipo de Ochoa. Son los que se encargan de sacarlos. Fíjese en la camiseta, lleva el nombre del criadero.

—¿Puede darme una copia de la grabación?

—No, lo siento —lamentó—. No es una cuestión de dinero. Me jubilo en un año.

El detective sacó el teléfono, acercó la cámara al monitor y disparó una fotografía.

—¿Qué demonios hace? —preguntó el guardia, confundido—. Se me puede caer el pelo si se enteran de que le he dado permiso...

—No se preocupe, no pasará nada. Necesito reconocer esa cara, por si me la encuentro de nuevo...

Tras la pausa, ordenó continuar con la reproducción.

No encontró nada sospechoso en esa persona, hasta que se separó del animal y la jinete se acercó a él para posar. La reconoció porque fue la misma a quien vio llorar cuando se anunció la tragedia. La mujer acarició la cabeza del caballo y caminó con él hasta las cámaras de fotos. De pronto, un segundo individuo entró en escena y se acercó a hablar con él.

—Espere, ¿quién es ese?

El hombre congeló la imagen.

—Es el jinete del equipo de Romero.

—¿Sabe qué relación mantienen?

—La misma que el Real y el Atleti. A muerte.

Maldonado se acercó a la pantalla.

—¿De qué hablarán? —preguntó en voz baja, pero el guardia no evitó responder a su comentario.

—Es algo típico, lo de calentarse, digo... Se lo juegan todo.

Sin embargo, por su lenguaje corporal, el expolicía no notó que estuvieran intercambiando comentarios ofensivos, y que tampoco fuera relevante para el crimen.

Pasaron las imágenes y creyó que no encontraría nada más en esas cintas. Un grupo de cabezas ocupó la parte baja de la imagen. Eran los espectadores que se acercaban a contemplar la

grandeza del caballo y su pronta recuperación. De imprevisto, Rayo Veloz relinchó y la jinete lo calmó. El ojo izquierdo de Maldonado avistó un detalle que llamó su atención.

—Retroceda unos segundos.

—¿Lo dice por el relinche? Es normal ante tanta gente.

«Eso fue lo que todos creyeron».

Cuando visionó la secuencia de nuevo, concentrándose en el extremo izquierdo de la pantalla, encontró lo que buscaba.

—¡Pare! —dijo y dio una palmada contra el respaldo de la silla.

El guardia saltó del asiento.

—¡Por Dios, qué susto! No hace falta que dé golpes.

—¿Qué es eso? —preguntó y se acercó—. Unas piernas...

Una figura humana vestida de oscuro apareció en el encuadre, sin mostrar la cara, se aproximó a la parte trasera del caballo y desapareció a la vez que éste relinchó.

—¿No lo ve? —señaló el detective.

—¿El qué?

—¡La persona que entra y sale!

—Anda... —dijo, asombrado, aunque sin demasiado interés—. Pues no, no me había fijado.

«Un movimiento arriesgado, a la vista de todos, o puede que de nadie... Una persona de confianza de la que ningún presente sospecharía».

Tras las imágenes, Maldonado comprendió que Laura Serrano tenía razón.

Lo que desconocía la mujer era que el verdugo estaba en su propia casa.

El angosto pasillo de la entrada lo llevó hasta el salón. Maldonado se sentó junto a la pared, en la única mesa libre que quedaba a esa hora, pidió una cerveza y rogó al camarero que esperara unos minutos hasta que su acompañante llegara. Entrado en el primer turno de tarde, rodeado de un salón de madera, sintió el hambre devorando su estómago en cuanto se fijó en los platos de cachopo, tortilla paisana, callos y frituras variadas.

Los Hermanos Ordás era una apuesta segura, un restaurante asturiano de los de siempre, sin destacar, sin fotografías llamativas en la entrada, con buen servicio, mejores precios y guardando su secreto en el interior de la cocina. Y esa jornada, era el lugar más próximo a la escena del crimen para invitar a comer al inspector, por lo que éste no pudo rechazar la oferta.

Berlanga era fácil de seducir por el estómago.

Por su parte, el detective no lograba quitarse de la cabeza los fragmentos de aquella grabación. El detalle de la imagen era confuso, pero lo suficientemente obvio como para saber que la muerte había sido provocada. Antes de dar un paso en falso, necesitaba hablar con su amigo para que lo pusiera al corriente, si es que estaba en condiciones de hacerlo. Berlanga se lo había dejado claro desde el principio. Una metedura de pata más, y no tendría salvavidas.

Se prometió que no le daría esa satisfacción a Ledrado.

Pasados unos minutos, reconoció al inspector en la puerta, por esa gabardina de color crema, tan parecida a la que llevaba Bogart en Casablanca, y que le quedaba al policía como un saco de tubérculos.

—Lo siento por la tardanza —dijo, se quitó el abrigo y lo puso sobre la silla. Después pegó un vistazo al resto de comensales, que no advirtieron su presencia—. Acogedor.

—Te gustará.

—¿Cómo es que nunca me has traído aquí?

—Porque últimamente te has vuelto un sibarita —dijo y llamó al camarero—. ¿Qué quieres tomar?

—Agua.

—Carajo, ya empezamos...

—Javier, estoy de servicio. No bebo entre horas.

—Que sean dos cervezas más, por favor —pidió el detective, a pesar del bufido de su compañero—. Y una botella de agua.

Sentado, más relajado y con la expresión agotada, Berlanga aguardó unos instantes, a la espera de que el detective iniciara la conversación. Por su semblante, Maldonado intuyó que no estaba de humor. Al inspector le sentaba fatal acumular horas de sueño.

—¿Tienes hambre?

—Más o menos... —dijo, el camarero llevó las bebidas y Berlanga se sirvió un poco de agua—. Supongo que esta es tu forma de disculparte por lo del otro día.

—Supones bien.

—Y que tampoco me has citado aquí por una casualidad remota.

—Este sitio me gusta —respondió y dio un trago a la cerveza—. Cambiarás de opinión cuando pruebes el cachopo que hacen.

—Venga, Javier, que ya nos conocemos... —dijo, rompiendo el hielo y cogiendo la carta para leer el menú—. Esta vez, la prensa ha sido más rápida que nosotros, pero no te voy a decir nada que no puedas encontrar en los diarios.

—Te equivocas, Miguel. No estoy interesado en el crimen de ese hombre.

El inspector dejó la carta sobre la mesa e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Y eso?

—Estoy investigando la muerte del caballo de carreras.

La respuesta lo dejó sin defensas. Aunque Berlanga supiera que eso no era cierto, no podía recriminarle nada.

—¿Te lo ha pedido esa mujer?

—Así es. Puedes preguntarle.

El policía ladeó la cabeza, pero antes de pronunciarse, Maldonado volvió a llamar al camarero y le encargó media ración de jamón ibérico, un revuelto de ajetes y gambas y un cachopo de ternera para compartir.

—No me gusta pensar con el estómago vacío.... —continuó el detective—. Las amenazas se llevaron a cabo. Ochoa murió tal y como le habían prometido... Confieso que no la tomé en serio, pero tú tampoco lo hiciste.

—No cargues con esa culpa —respondió, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia a sus palabras—. Es ella la que tendrá que cargar con ese dolor, por no haber acudido a nosotros. Aún sabiéndolo, sin una denuncia de por medio, poco podíamos hacer...

—La muerte del pura sangre puede estar relacionada con su asesinato.

—Acabas de soltar una obviedad. Todo puede estar relacionado.

—Rayo Veloz era el Messi de las carreras.

—Eso no significa nada.

El compañero sonrió, con miedo y dudas, y dio un trago a la cerveza para apaciguar las ansias.

—La señora Serrano me lo confesó, pero no la creí —explicó—. Pensaba que estaba tirándose un farol para retenerme... Más tarde, Suárez me dijo que había apostado en contra, por lo que estaba al corriente de que algo pasaría.

La expresión del policía volvió a encogerse. A ese ritmo, pensó Maldonado, acabaría con agujetas en la cara.

—Te lo advertí el otro día... Ese golfo no es una fuente fiable.

—Descuida, sé lo que hago.

—Y yo sé por dónde vas y no me gusta nada.

—Insisto en que el animal es una pieza clave del rompecabezas. Empezad por ahí, por las carreras... —dijo y notó cómo su compañero se irritaba al oír el tema. Decidió dejarlo para más tarde. Al fin y al cabo, era su caso. Berlanga aspiró, desdichado—. Está bien, cuéntame qué tienes.

—Un taxista encontró el cadáver anoche tirado en la calle, junto al puente de Juan Bravo. Al parecer, vieron a Ochoa en Milford, horas antes de morir, bastante destrozado por las noticias.

Después se largó y dejó una buena propina para que nadie comentara el naufragio personal. Estamos peinando los alrededores, por si alguien notó algo extraño a esas horas.

—Pero nadie lo hizo, ¿verdad?

—Todavía es pronto para saberlo.

—¿Estaba borracho?

—Eso parece. Unas cuantas copas de más. El alcohol no ayudó.

—¿Rastro del arma homicida?

—Ninguno.

—¿Signos de robo, forcejeo, violencia?

—Nada.

—Me lo temía... Una puñalada en el pecho, en plena noche, borracho —comentó, imaginando el fatídico encuentro—. Quien lo hizo, vendría de frente y es probable que lo hubiese vigilado antes. Sin tiempo a que reaccionara, le asestó una estocada certera y siguió caminando. No me digas que fue un encuentro fortuito.

—Fue un asalto.

—¿Con qué mano lo apuñaló?

—¿Importa eso?

—Puede que sí.

—Todavía es pronto, pero la inclinación de la perforación era casi recta.

—Y directo al corazón... No me digas más. Busca a un zurdo.

—Necesitamos más pruebas y el informe de la autopsia.

—Soy más rápido que esos forenses.

—Detesto que empieces con tus conjeturas.

—Sólo te estoy dando mi opinión.

Los entrantes aterrizaron a la mesa. Los platos humeaban y Maldonado no podía quitarles el ojo. La preocupación de Berlanga obvió la llegada de la comida.

—Pues no la necesito, Javier —contestó con desprecio y reculó al ver la reacción de asombro de su amigo—. Perdona que me ponga así, pero es que me sacas de mis casillas cuando buscas tirarme de la lengua... ¿Por qué no nos permites resolver esto con nuestros medios? Ha muerto un hombre y ha dejado a una mujer viuda y destrozada. Se ha abierto una investigación en torno a lo ocurrido y vamos a interrogar a quien sea necesario. Si existe una trama de corrupción de por medio, lo averiguaremos, pero la prioridad es encontrar a la persona que ha cometido este crimen.

—Deja de repetir el sermón, que no soy un novicio.

El inspector cerró los ojos y dio un largo suspiro. Ese día era él quien perdería la paciencia.

—Está bien, tengamos la fiesta en paz —dijo, agarrando los cubiertos y decidido a apartar la conversación—. Buscaré la relación entre la muerte de ese animal y la de Ochoa, si es lo que quieres, pero aparquemos el asunto, por favor. Y también te pido que no metas más las narices en este tema. Llama a esa mujer y cuéntale que te ha salido algo, yo qué sé. Invéntate una excusa, por tu bien y por el de todos.

—¿Desde cuándo me das órdenes? Nunca fuiste mi superior.

—Desde que soy la ley y tú...

Los ojos del detective se incendiaron, la mandíbula se le tensó y la sangre hinchó los dedos de sus manos.

—Termina la frase, no te cortes.

—Eres mi amigo, sólo eso... y los amigos cuidan unos de otros, ¿no?

—Eso dicen —comentó y se sirvió un poco del revuelto en su plato.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—A estas alturas...

—¿A qué tienes miedo, Javier?

Terminó de servirse, dejó los cubiertos en el mantel y miró a su amigo.

—A morir, como todos.

—Te lo estoy preguntando de verdad. ¿Por qué no asumes lo que pasó y sigues con tu vida?

Es la única manera de superarlo.

«Porque no tengo miedo a desaparecer, sino a que olvidéis quién fui un día».

—Tienes razón —dijo y dio un trago a la cerveza—. Los amigos no se pelean. Será mejor que comamos antes de que se enfríe... o de que se me vaya el apetito.

El encuentro con Berlanga le dejó un poso amargo al detective.

Se despidieron tras la comida en la puerta del restaurante, de la que Maldonado se hizo cargo, y el inspector subió a un taxi que desapareció en Conde de Peñalver. Se lo debía, por el pasado y por lo que pudiera llegar en el futuro, se dijo, mientras encendía un *light*, a falta de sobremesa.

No había logrado sonsacarle demasiado, pero lo suficiente como para conocer cuál sería su siguiente paso.

Caminó calle abajo, en dirección a Juan Bravo, en busca de la famosa coctelería en la que habían visto a Fidel Ochoa por última vez. Se cuestionó cuánto habría pagado al servicio para callar sus secretos y se planteó por qué lo habría hecho. Para Maldonado, manifestar los sentimientos en público, no tenía nada de malo. Existían formas y maneras de hacerlo, y puede que él no fuera el mejor ejemplo para hablar de ello, pero el problema general era que la mayoría de los varones seguían encorsetados en una faja que tenía poco de hombría y mucho de complejos.

A medida que siguió recortando la distancia, se perdió en una madeja de pensamientos que lo llevaron a recordar el pasado. El aire fresco de la tarde le sentaba bien, atizándole el rostro, evitando una somnolencia causada por la lenta digestión del cachopo asturiano. ¿Por qué el inspector le habría realizado una pregunta así?, se cuestionó.

Lo dejó sin aliento al oírla.

A pesar de que ya había transcurrido un tiempo desde su salida del Cuerpo, no lograba encajar su nueva vida del todo, resistiéndose a ella como esa baldosa que sobresale del resto, como ese trozo de madera que se hincha por la humedad y no quiere entrar en su hueco.

Había hecho algunos progresos, controlando los arranques de agresividad, canalizando la rabia que le provocaban algunos individuos cuando más tranquilo debía mostrarse.

Pero no eran suficientes.

El olor a oficina, la adrenalina de la persecución, el temor que irradiaban los ojos de los perseguidos, el halo de esperanza que reflejaban las pupilas de los rescatados... Memorias que quedaban en páginas en blanco y negro, en la nostalgia, y para él no existía nada peor que aceptar con dignidad que no volverían a repetirse.

«Pasar por aquí, sin pena ni gloria, como parte del decorado».

En un brote de lucidez, le dio la razón a su amigo.

Continuar con aquel tema era más sufrido que un dolor de muelas.

«Todos debemos buscar la manera de sobrevivir dentro de nosotros mismos».

Bajó por el paseo que separaba las calles de sendos sentidos, rodeado de bares, restaurantes, colegios. Pasó por la enorme casa provincial de las monjas de Jesús María y divisó, al otro lado del cruce, la esquina de una tienda de ropa y material para cazadores y los tubos de neón recién encendidos que indicaban, sobre la puerta y en amarillo, BAR MILFORD.

Entró en el bar, sin detenerse, como si fuera un habitual y localizó la barra con un pestañeo. La media de edad de la clientela le sacaba, al menos dos décadas de diferencia al detective. Conocía el lugar de oídas, igual que muchos otros, pero no formaban parte del elenco de bares a los que solía acudir. No obstante, un bar no dejaba de ser un sitio donde tomar una copa, llevar a un ligue, charlar con otras personas o, lo que más solía hacer él, calentar el morro mientras divagaba. Así que conocía las reglas, el funcionamiento y cómo manejarse en esos ambientes.

Los camareros, vestidos con sus camisas perfectamente planchadas, no temblaban a la hora de agitar la coctelera para preparar el martini que una octogenaria había pedido al otro lado de la sala.

Maldonado bajó las escaleras de madera, poniendo atención a la elegancia de los sofás de piel de estilo inglés, a los frisos de las paredes, al comedor que había en la planta superior y a la barra acolchada en la que encontró un hueco. Era consciente de que allí llamaría la atención si preguntaba demasiado. Algunos clientes lucían abrigos loden y también las conocidas chaquetas de Teba que llevaban todos los señoritos madrileños, ahora convertidos en un puñado de arrugas y recuerdos.

Tomó asiento en un taburete frente a la barra, poniendo atención a la colección de botellas que había en las baldas de la pared, decidiendo qué tomaría antes de abordar al camarero más bocazas. Por desgracia, allí dentro, el servicio, sobrio, serio y precavido, brillaba por su profesionalidad, por la atención y por los pequeños detalles. Contempló los rostros de aquellos hombres que apenas se dirigían la palabra, a excepción de cuando faltaba algo en una mesa, y entendió que sería complicado sacarles información sobre Ochoa y lo ocurrido la noche anterior.

—Buenas tardes, caballero —dijo uno de los barmans—. ¿Qué le pongo?

No era lugar para un segoviano.

—Un irlandés con hielo, por favor —comentó y lo miró de reojo.

Un policía, aunque estuviera retirado, seguía destilando su esencia.

El barman preparó un vaso hondo con dos hielos gruesos, agarró la botella y vertió el whisky en el interior del recipiente. Maldonado estudiaba sus movimientos, atento, buscando una fractura en una presencia infranqueable.

—Está bien, gracias —dijo, haciendo un gesto con la mano para que no sobrecargara el vaso.

De espaldas a los sofás, contempló a los presentes por la pared de espejo que había tras las botellas y buscó, sin éxito, algún rostro que le resultara familiar. Advirtió que al baño se llegaba bajando unos peldaños y que por allí también estaba la cocina.

Le sirvieron la copa acompañada de un plato de aperitivos que no tocó y dio un sorbo al irlandés mientras aguardaba el momento preciso para abordar al personal.

—Perdone... —dijo, después de dar un sorbo, al mismo que le había atendido—. Anoche hubo jaleo, ¿verdad?

El hombre lo miró, reticente y con una actitud hermética.

—No sé a lo qué se refiere, señor.

—Una desgracia lo de ese tipo —comentó y uno de los compañeros advirtió la conversación. El lenguaje de señas ocultas entre ellos fue suficiente para que el barman desatendiera el comentario y se marchara hacia otra esquina de la barra.

«Conque esas tenemos...»

Insatisfecho, Maldonado permaneció quieto, como si sus palabras no llevarán ninguna intención más allá de la curiosidad, y esperó a que regresara el empleado.

—Ochoa, el empresario. Dicen que estuvo aquí antes de, ya sabe... —comentó y la tensión

aumentó entre los dos. El detective decidió relajar la presión—. El barrio ya no es un lugar seguro. Cualquier día nos puede pasar a nosotros.

—El señor Ochoa era un cliente habitual y muy querido por el bar —comentó, reticente a dar más explicaciones—. Una desgracia. Lamentamos su pérdida.

—Claro —dijo y alzó la copa unos centímetros, sin emocionarse demasiado—. Por él.

Consciente de que sus intentos eran en vano, decidió tomarse el trago en soledad antes de abandonar aquel templo de la socialité y poner rumbo a casa. El whisky lo relajó y comenzó a sentir el hastío de estar dando cabezazos contra un muro. Guardaba la esperanza de encajar las pocas piezas de aquel rompecabezas, pero desconocía la imagen que lo formaba y eso complicaba la investigación. Desestimó la opción de recurrir a Suárez, aunque reconoció que le sería de gran ayuda, y lamentó haber perdido los estribos.

El exceso de líquido le obligó a separarse de la barra para acudir al cuarto de baño. Caminó hacia el interior del local, abrió la puerta y entró en el aseo. Cuando terminó, se lavó las manos en el lavabo y se contempló en el espejo, encontrando un rostro castigado por el exceso de calle. Hizo un cuenco con las palmas bajo el chorro de agua y se empapó la cara.

Oyó unas voces procedentes del otro lado de la puerta.

«Hay un tipo preguntando por Ochoa en la barra. Tiene pinta de policía. Ni una palabra sobre lo de anoche, ni tampoco sobre el numerito que tuvo con Romero el sábado pasado, ¿entendido? Los clientes son lo primero y la señora Serrano ha telefonado para que seamos discretos con el asunto».

Sonrió, contento de haber encontrado una pepita de oro accidental entre tanto fango. Debía indagar más sobre ello, pero el hecho de que Fidel Ochoa y Romero tuvieran una relación personal lejos de las gradas, no le dio buena espina. Tampoco que Laura Serrano intentara ocultar información a terceros.

Aguardó allí dentro unos segundos y se secó las manos con una toallita de papel, a la espera de que la entrada quedara libre, y abandonó el baño. Después regresó a la barra, pidió la cuenta y abonó el elevado precio de la copa.

—Gracias —dijo el barman, esquivo, y le entregó las vueltas en la bandeja metálica.

Maldonado dejó el billete de cinco euros como propina.

—Si viene la señora Serrano por aquí, dígame que Maldonado pregunta por ella.

El barman asintió sin soltar palabra y agradeció la propina.

El cebo estaba colocado. Ahora sólo le quedaba esperar a que el personal devolviera la llamada y entregara el aviso, pensó.

Era una cuestión de tiempo.

* * *

Un taxi lo recogió en Serrano para llevarlo a su domicilio. Cuando se bajó del coche, buscó las llaves y sintió una ligera vibración en el interior de su abrigo. Sacó el teléfono móvil y comprobó el número de la pantalla.

—Vaya...

—¿Ahora me cree, detective? —preguntó la dulce voz de la viuda.

—Le mentaría si dijera que sí, pero todos merecemos una segunda oportunidad.

Miércoles.**Día 3.**

Laura Serrano cruzó las piernas después de tomar asiento en la silla de invitados de la oficina del detective. Llevaba un abrigo de visón marrón que le cubría la espalda y un vestido negro que guardaba el luto de su pérdida.

Marla entró en el cuarto, dejó dos cafés de Starbucks sobre la mesa y cerró la puerta, no sin antes lanzarle una mirada de incertidumbre a Maldonado. Como esos bármanes de Milford, ellos también tenían su propio código de señas.

—¿Se puede fumar aquí dentro? —preguntó la mujer, nerviosa por su forma de articular las palabras y por el sutil movimiento de uno de sus pies.

Maldonado arqueó una ceja y abrió el cajón del escritorio del que sacó un cenicero redondo de cristal. Después desplazó unos centímetros la ventana.

—Adelante... No sabía que fumara.

La mujer destapó una cajetilla de cigarrillos finos. Antes de que encontrara el mechero, Maldonado le ofreció el suyo y se fijó en la alianza matrimonial que se había vuelto a poner.

—Gracias —dijo, aspiró brevemente y exhaló el humo—. Espero que no le importe que nos reunamos en su oficina.

—Lo prefiero a esos cafés coquetos que frecuenta.

—¿No le agradan?

—No me gusto en ellos —comentó y procedió a acompañarla con la humareda—. Antes de nada, que sepa que lamento su pérdida.

—Por supuesto —dijo ella, desinteresada, y observó la botella vacía de coñac en la papelera—. ¿Tiene problemas, detective?

—Todos los tenemos. Pero ahora centrémonos en el suyo, si le parece. Entiendo que no ha cambiado de opinión. ¿Por qué no acudió a la policía?

—Ya se lo dije. No podía.

—Podría haber evitado una desgracia.

Ella agachó la mirada y guardó unos segundos de silencio.

—La policía no respeta nada. No ha dejado de hacerme preguntas en las últimas horas.

—Es su trabajo encontrar al asesino. Sea un poco comprensiva con el funcionariado.

—¿Y qué pasa conmigo?

«No seré yo quien responda a esa pregunta».

—¿Por qué no empieza contándome la verdad? Este es mi último intento. Reconozco que no me lo ha puesto fácil.

—Verdades hay muchas, detective. Hechos, sólo uno, y es que mi marido ya no está.

—Aguante el drama para más tarde y hábleme de él —dijo y dio un sorbo al café humeante—. Todavía desconozco las razones por las que alguien haya querido acabar con su esposo, así que póngame al día y no mienta más. Ochoa no es la persona que me intentó vender y usted lo sabe. Entiendo que quisiera protegerlo, pero los medios ya han aireado sus artimañas.

—No tiene ni la más remota idea de lo que ese caballo significaba para nosotros.

—¿A nivel personal o económico?

Ella tragó saliva con dificultad y dio un sorbo al vaso de cartón.

—Para mí era algo más que una inversión financiera. Amaba a ese animal... —confesó con un halo de desgarró y tristeza en su voz—, pero Fidel sólo lo veía como un montón de dinero. Era nuestra única esperanza... Desde que sufrió la lesión, los inversores empezaron a desconfiar de su futuro. A Fidel le preocupaba que no volvieran a contar con él. Después de todo, el negocio dependía del puro sangre, ya que las otras yeguas no alcanzaban el nivel para competir. Tan sólo debía aguantar hasta que encontrara un reemplazo que tomara el legado de Rayo Veloz.

—Los diarios han mencionado que una sobredosis de anfetamina provocó la muerte del animal. Los rumores de dopaje explotaron después de la exhibición. ¿Era la primera vez que su marido enajenaba a la fiera?

Ella le mantuvo la mirada. Maldonado sabía que estaba a punto de cantar.

—No.

—Ajá. Entonces, ¿por qué dijo que fue un asesinato y no un accidente?

Ella tomó aire.

—Es largo de explicar.

Maldonado comprobó la hora en su reloj de pulsera.

—Tenemos tiempo, señora.

Los ojos de la mujer cambiaron de dirección. El detective estudió si mentiría o si intentaría recordar algo. En cualquiera de los casos, no bajaría la guardia.

—Le pedí a Fidel que no lo hiciera más, por él, por nosotros y por el animal. Me prometió que, pasara lo que pasara, se alejaría de esas...

—Trampas. Eso es lo que hacía Ochoa —respondió él, antes de que acabara la frase—. Una persona de confianza se encargó de suministrarle la dosis. Así que, o su marido le mintió, o alguien deseaba que no se celebrara la carrera...

—Le juro por Dios que le estoy diciendo la verdad.

—Deje al de arriba en paz. Lo que me chirría es que nadie diera un céntimo por él.

—¿Cómo dice?

Maldonado, antes de proseguir con sus pesquisas personales, sacó el teléfono, abrió la fotografía que había tomado de las cámaras de seguridad y le mostró la pantalla.

—¿Le suena ese hombre?

Ella entornó los ojos, acarició los dedos del detective al sujetar el teléfono y lo devolvió.

—Sí. Es Braulio, uno de los cuidadores.

—¿Confía en él?

—Lleva tres años trabajando para mi marido. Pondría la mano en el fuego por él.

—Pues cuídese de no quemarse... —murmuró y guardó el aparato—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está siempre en la finca cuidando a los caballos. Es un buen hombre.

—¿Qué trato tenía con su marido?

—Cordial.

—¿Le pagaba bien?

—No podía quejarse.

—¿Algún episodio desafortunado?

—No, que yo sepa.

—¿Y usted? ¿Cómo se lleva con él?

La mujer cruzó las piernas y dio una calada al cigarro. Maldonado no pasó por alto el gesto.

—Normal. Braulio es atento, simpático... pero nada más.

—Entiendo —dijo y le acercó el cenicero para que apagara la colilla—. Hábleme de Romero.

—Ya le expliqué lo que había. Mucha rivalidad.

—Entonces cuénteme qué hacía su esposo con él, un día antes de la carrera, tomando copas en el bar Milford. No sé, señora, pero no acostumbro a socializar con mis enemigos y menos con quienes quieren verme en el hoyo.

—¿De dónde ha sacado esa información?

—Debería dejar propinas más altas. Hable.

—Le juro que no lo sé... —comentó. La mujer parecía agotada por el interrogatorio—. No hay otra verdad. No tenían una buena relación desde hacía años. Romero era para Fidel como una astilla clavada en...

—¿Fue siempre así?

—Hubo tiempos mejores.

—¿Y qué ocurrió para que se quebraran?

La mujer se sujetó la cabeza con la mano y el codo sobre las piernas. Suspiró profundamente para expresar su malestar.

—Odio hablar mal de Fidel, era una buena persona.

—Descuide, no le pitarán los oídos esta vez.

Ella frunció el ceño con desdén.

—Eso no ha tenido gracia...

—Se lo ruego.

Serrano suspiró.

—Esto no puede salir de aquí.

Maldonado cerró la ventana.

—Confíe en mí.

—Está bien... —aceptó y pestañeó dos veces, cambiando el tono de su voz—. Durante un tiempo, antes de que Rayo Veloz alcanzara la madurez y comenzara a ganarlo todo, mantuvieron un acuerdo para repartirse las victorias. Fueron años muy duros, económicamente hablando, y el foco de las carreras estaba puesto en Marruecos y no en España. Necesitábamos una motivación para el público, una rivalidad que animara a la gente a apostar más fuerte... y a los inversores a centrarse en ellos y no en el resto.

—Y su marido, ciego de ambición, cortó por lo sano el acuerdo. Sabía que su éxito tenía fecha de caducidad en cuanto el caballo dejara de rendir, por lo que apuró hasta el último minuto. Aceptó el trato, consciente de que Romero salía ganando. Mejor repartir, que tener pérdidas.

—Es usted muy agudo.

—De ahí los escándalos de dopaje.

—Todos lo hacían.

—Después llegó la lesión.

—Sabía que ocurriría algo así, si le exigía al animal un ritmo tan alto. No son de madera.

—Y quiere que me trague que su marido no lo intentó por última vez.

—¿Por qué le cuesta tanto creerme? —preguntó, harta de la desconfianza—. Le enseñé la nota que recibió antes de morir.

—Por eso la escucho, porque la cumplieron. ¿Llegó a leer su esposo la amenaza?

El perfil de la mujer se iluminó por el rayo de sol que entraba de la calle. Una franja de luz le cubrió parte de la boca. La señora Serrano encendió el segundo cigarrillo. El detective intuyó que estaba cerca de conocer su secreto.

—Me dijo que no le diera importancia y que no lo comentara con nadie. No parecía preocupado.

—Me mintió.

—Fui precavida. Acudí a usted, pero no lo conocía de nada. Mi intención era buena.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—Porque necesitaba ayuda y la necesito ahora.

Maldonado exhaló, decepcionado.

—En fin, ¿alguna vez su marido temió perder su parte del pastel y que Romero asumiera el control de la competición?

—Romero nunca estará a la altura.

—Eso lo dice usted.

—Aparecerá otro mejor, que no le quepa duda.

—¿Sospecha de que lo haya hecho él? A lo del caballo, me refiero.

—Tal vez.

—¿Y a lo de su marido?

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Yo qué sé!

—Cálmese, le hago preguntas para encontrar respuestas. A mí también me cansa, pero es mi trabajo.

—Podría tener más tacto.

Él ignoró la sugerencia. No era la primera persona que se lo recordaba, ni tampoco sería la última.

—Al menos sabrá dónde puedo encontrar a ese hombre.

—Por supuesto... Visite su feudo en Pozuelo. Con los años, se ha vuelto un conspiranoico. Suele estar en esa finca.

—Es curioso. Me dijo que no criaba a las yeguas.

—No, le dije que no poseía caballos ganadores.

—Entiendo —comentó y se acercó a la ventana, para ver de reojo cómo reaccionaba la mujer—. Señora Serrano, ¿qué espera de mí?

—Que encuentre a quien cometió esta desgracia.

—¿La de su caballo o la de su marido? —preguntó, la mujer titubeó, por lo que se adelantó a su respuesta—. No responda, sé que son las dos, y está bien, no la juzgo, pero me gusta que los clientes confíen en mí y usted no está siendo del todo honesta.

—¿Por qué es tan duro conmigo?

—Porque sigue sin contarme la verdad —reprochó con firmeza, apurando el diálogo para derrumbar el último escollo de fortaleza de esa mujer—. Por algún motivo que no quiere confesar, desconfía en que la policía haga su trabajo.

—Porque no van a encontrar al asesino. Romero es un tipo turbio, tiene contactos y se

encargará de que algún inocente sea juzgado por lo que no ha hecho.

—¿Ha ocurrido antes?

—Pregúnteselo a él.

—No importa —contestó, cerrando la riña de preguntas y respuestas—. Si insiste y paga, averiguaré quién lo hizo. Supongo que no tiene nada que perder.

—En estos momentos, su tiempo y mi dinero.

—¿Lo hace por amor o por honor?

—Lo hago por justicia.

—Entonces hablaré con ese hombre y le contaré qué he averiguado —dijo y procedió a abrir la puerta—. Mi secretaria le pondrá al corriente de los pagos.

Abandonó la oficina con el último sorbo de café, dejando el vaso sobre el escritorio de Marla y susurrándole un «síguela» antes de salir por la puerta. Bajó la Gran Vía y regresó a su barrio para subirse al coche.

Un cuarto de hora después y a ritmo de *Flaca*, Maldonado atravesaba la nacional que bordeaba la enorme extensión de la Casa de Campo y que lo llevaría hasta la finca de aquel empresario.

El motor rugía, a pesar de las restricciones de velocidad y el sol calentaba la tapicería en un frío y seco, aunque despejado día de invierno.

—*Serrano, no me clave sus puñales por la espalda...* —cantó, con las gafas de sol puestas, agarrando el volante del viejo bólido y fijándose en el cartel que indicaba las salidas hacia Majadahonda y Pozuelo. El teléfono móvil, apoyado a un soporte que estaba sujeto al ventilador del coche, comenzó a vibrar. El nombre de la secretaria apareció en pantalla. Maldonado bajó el volumen de la música y activó el altavoz.

—Te has vuelto a escapar —dijo la voz de la chica, contaminada por el ruido de la calle y el motor de su motocicleta.

—Espero que estés siguiéndole la pista.

—He hecho lo que me has pedido. Se ha subido en un taxi y voy detrás.

—¿Ha pagado el adelanto?

—Setecientos euros en metálico. No sé qué le habrás dicho, pero no ha temblado al hacerlo.

Él sonrió, ahora que ella no podía verlo.

—No está mal, aunque no me fío un pelo de esa mujer. Está empecinada en que Romero mató a su marido... Sigo en mis trece, creyendo que se me escapa algo. No te excedas y vigila que no te descubra. Ahora ya sabe quién eres.

—Sí, señor detective. Seré una sombra.

—Te llamaré más tarde.

—Lleva cuidado, Javier. No te metas en líos.

Colgó la llamada, tomó el desvío y siguió las indicaciones que el navegador le dio. A lo lejos, separado de las urbanizaciones de lujo en las que vivían las celebridades de la ciudad, avistó un recinto cerrado con una larga extensión de terreno y varios barracones pintados de blanco y amarillo que intuyó que serían establos.

Tomó el camino de tierra que lo llevó hasta la parte trasera y decidió aparcar bajo un olmo, antes de alcanzar la garita de la entrada y la barrera fronteriza que impedía el acceso al interior.

«Carajo, Maldonado, espero que te sea leve», pensó, cuando la brisa cargada de olor a estiércol le sacudió de pleno.

Para su sorpresa, el puesto de vigilancia estaba vacío, así que no vaciló en agacharse y pasar por debajo. Se adentró en el camino y divisó los *boxes* de los caballos, ahora ausentes de

movimiento, y dos almacenes de gran tamaño, cerrados a cal y canto.

Sin encontrar rastro de vida y ante el silencio sepulcral que se interrumpía en ocasiones por el ruido de los coches que cruzaban la carretera a lo lejos, decidió inspeccionar el área por su cuenta. Visitó los *boxes* sin éxito y procedió a buscar en los almacenes. Las puertas estaban bloqueadas por un cerrojo sólido e indestructible, por lo que no se molestó en aplicar la fuerza. Desesperanzado, lamentando que el viaje no hubiera servido de nada, decidió bordear el barracón que quedaba separado de las pistas. Advirtió un fuerte olor a lejía y desinfección que procedía del interior y presintió que allí se encontrarían los vestuarios. Esta vez no había puerta, sino un marco de cemento pintado de amarillo.

—¿Hola, hay alguien por aquí? —preguntó en voz alta, sintiéndose como un estúpido, y sólo oyó el goteo de un grifo mal cerrado.

Las taquillas metálicas estaban abiertas y vacías, excepto una de ellas. El pequeño candado impedía su apertura sin una llave. Maldonado lamentó haber dejado el arma en su despacho. No era habitual que la llevara encima, por los problemas que podía acarrearle, pero pensó que le habría venido bien para reventar el cerrojo con la culata de la pistola. Se acercó a la rejilla de ventilación. Estaba oscuro, pero apreció el olor a ropa sucia.

La curiosidad lo cegó.

A falta de herramientas, comprobó el óxido del hierro, miró hacia los lados y tomó aire.

Uno.

Dos.

Ahora.

La primera patada provocó un estrépito seco y metálico. Con el latido del corazón en la frente, apretó las manos al comprobar que no había surtido efecto. Volvió a observar su alrededor y divisó una caja de herramientas metálica, junto a uno de los lavabos. Apresurado, la abrió y miró en el interior pero no encontró nada de utilidad, a excepción de dos llaves inglesas.

«Más vale maña, compañero».

Se acercó a la taquilla, sujetó cada extremo del arco de metal con las dos llaves e hizo fuerza hacia fuera, apretando los dientes, las manos y dejándose el alma en ello.

Provocó un chasquido.

Recuperó el aliento y lo intentó de nuevo.

«Vamos, carajo...»

El candado se desmontó y cayó a la superficie, dividiéndose en dos partes.

—¡Uf! —exclamó, dejando las llaves en el suelo y satisfecho por haberlo conseguido. La decepción llegó cuando abrió la taquilla.

Ropa y más ropa.

Sacó las prendas, que formaban parte de un chándal de color azul oscuro, y también unas botas adecuadas para un pie más pequeño que el suyo.

Una cajetilla desplegable de color blanco se desprendió de uno de los bolsillos.

«¿Qué demonios?», se cuestionó al agacharse para recoger la caja de cerillas.

—Club Valparaíso —leyó en voz alta, fijándose en la palmera que tenía dibujada en el reverso.

Guardó el objeto e inspeccionó el calzado por mera rutina, cuando sintió algo hinchado en el

interior de una bota. Intrigado, metió los dedos por la entrada y sacó una pequeña toalla de manos, enrollada en forma de cilindro.

Cuando la destapó, el pulso se le aceleró y retrocedió unos pasos.

«Diablos, no puede ser...»

El interior de la toalla estaba manchado por la sangre de una navaja del tamaño de su mano. Los nervios aceleraron su respiración. Había dejado huellas por todas partes. Miró a las prendas de nuevo y recordó la silueta que aparecía en las grabaciones del hipódromo. Envolvió el cuchillo con rapidez, lo introdujo en la bota y metió el resto de prendas en el interior de la taquilla.

A lo lejos, escuchó un ruido de motores que se acercaba a la finca.

«Es hora de largarse de aquí».

La única salida era la puerta que daba al exterior. Desde su posición, al final del pasillo de los vestuarios, no podía ver más que la claridad que entraba y una ligera parte de la finca, que terminaba en un muro de cemento, separándola de la carretera. Oyó de nuevo las voces. Hablaban en español. Identificó a dos varones y caviló la posibilidad de que existiera un tercero, o incluso un cuarto. Sospechó que lo más probable era que intentaran atacarle. Era lo propio en esos lugares, pensó. Quien entraba a robar, no lo hacía con las manos en los bolsillos, y Maldonado conocía muy bien a la clase de calaña que cometía esos hurtos.

Respiró intentando aclarar la mente antes de perder la compostura y estudió su posición, suponiendo la ubicación del vehículo.

Si se daba prisa, lograría alcanzar el límite de la finca y saltar el muro sin que lo vieran. Después, sólo tendría que correr hasta el vehículo y pisar el acelerador bien hondo para que lo perdieran de vista. Sintió la boca reseca, las palmas de las manos húmedas, el disparo de la adrenalina removiéndole las entrañas y rezó por un poco de suerte.

En un lugar tan alejado de la civilización y desarmado, las explicaciones no le servirían de nada.

Con la valentía por delante, asumió los riesgos y, precavido y con paso lento, se acercó al umbral de la puerta, asomando el perfil por el lateral que daba hacia los almacenes. En la distancia, junto a la garita, reconoció una furgoneta blanca de gran tamaño y un remolque de caballos. Uno de los hombres daba indicaciones para que arrastrara el remolque hacia el almacén contiguo que había próximo a los vestuarios.

El sabueso se fijó en el rostro y lo reconoció.

Era Braulio, el mismo hombre que trabajaba para Ochoa y a quien había identificado en las cámaras de vigilancia. Ahora, no obstante, se movía con soltura y autoridad en la finca de su competidor.

El morro del vehículo acortaba la distancia.

Debía ponerse en marcha antes de que lo alcanzaran, si no deseaba vérselas con el mismísimo demonio. El paso de las ruedas sobre camino de tierra levantó una polvareda que se mezcló con la brisa invernal que soplaba en ese momento.

«Esta es la tuya».

Salió del cobertizo de los vestuarios con aplomo y arrancó a correr hacia el muro colindante. Con la vista puesta en el salto, olvidó poner atención a la superficie, dio un paso en falso y tropezó con un montón de hierbajos salvajes que complicaron el camino. Maldonado cayó al suelo y apoyó las manos antes de darse de bruces contra la grava. El escozor le recorrió la rodilla. Sintió el frío húmedo de una herida que no tardaría en comenzar a sangrar. Los hombres de la finca notaron su presencia.

—¡Eh! —gritó uno de ellos, pero el detective se dijo que no podía detenerse. Estaba cerca de la salida—. ¡Alto!

En pie, con un fuerte dolor que no le impidió continuar, desestimó el aviso.

«Vamos, un último esfuerzo».

La bocina de la furgoneta llegó a sus oídos. Las pisadas de los hombres lo acecharon como lobos hambrientos. Se acercó al muro, apoyó las manos para tomar impulso y rodó hacia el otro lado. Un estallido lo ensordeció. Uno de los ladrillos de la valla voló en pedazos, provocándole un horrible zumbido en el oído.

El olor a tierra y pólvora levantada era notable.

«Caray...», comentó mirando al cielo, consciente de que ese había sido el golpe de gracia que necesitaba.

Con el abrigo manchado de tierra blanca, salió del bancal cojeando, buscó las llaves del coche y vio a uno de los hombres con una escopeta de caza en la mano y a los otros dos, que habían abandonado el furgón, corriendo hacia él.

—¡Vamos, vamos, vamos! —bramó en el interior del vehículo, arrancó y retrocedió para dar la vuelta.

Los dos tipos estaban a escasos metros de él.

Una piedra alcanzó la carrocería, sin impactar contra el cristal.

—¡Cogedme si podéis, cabrones!

Metió la primera marcha y revolucionó el coche hasta que los perdió de vista por el espejo retrovisor.

Pasados varios minutos, aún podía sentir el olor a pólvora quemada en sus narices y el intenso dolor en la rodilla. Pocas veces había visto la muerte tan de cerca. De haberle alcanzado el cañonazo, la partida habría terminado para el detective.

Condujo hasta Madrid con las cuestiones agolpadas en su cabeza y el dolor menguando a medida que relajaba la pierna.

«¿Qué hacía ese tipo allí? ¿Por qué iba armado y por qué trabajaba ahora para Romero?».

Para Maldonado, el caso empezaba a cobrar sentido y lo demás pasaba a un segundo plano.

«Un ajuste de cuentas, una venganza una traición».

Sospechó que a Romero no le habría costado mucho corromper al cuidador.

«Seguro que Ochoa le pagaba una mierda».

Con el empresario fuera de juego, no habría más competencia en el hipódromo. Pero el asunto del dopaje le seguía chirriando.

Le tranquilizó ver el mirador panorámico de la ciudad, otros de los símbolos de Madrid. Los vagones del teleférico cruzaban Pintor Rosales y el tránsito era el habitual en un miércoles que no había comenzado con buen pie. Recompuesto por el sobresalto, oyó el rugido de sus tripas y pensó que era la hora de reencontrarse con Marla.

—¿Dónde estás? —preguntó por teléfono en cuanto ella descolgó—. ¿Puedes hablar?

—Me encuentro cerca de la calle de Goya —respondió en voz baja, mezclándose la voz con el ruido del tráfico—. ¿Estás bien? Te noto un poco alterado.

—Pero sólo un poco.

—No te vas a creer lo que he visto. Esa mujer es una caja de sorpresas.

—Hoy me figuro cualquier cosa, Marla —respondió y comprobó la hora en el reloj del coche. Necesitaba cambiar de ruta si no quería terminar atrapado en un atasco infernal—. Te veo en media hora en el VIPS de Velázquez, ¿entendido?

—¿Tú, en un VIPS?

—Escucha, Marla. Tengo hambre, estoy cansado, no conozco muchos sitios por ese barrio y no estoy para monsergas. ¿Qué te sorprende?

Ella carraspeó, aclarándose la garganta.

Maldonado tenía razón y lo que contestara le sería indiferente.

—Eres un viejo gruñón, Javier. Alguien te lo tiene que decir —respondió, pero sus palabras iban tan cargadas de dulzura, que él se limitó a oír—. Te veo más tarde.

Colgó la llamada, subió el volumen de los altavoces, por donde sonaba un programa de música rock de Radio 3 y se detuvo frente a un paso de cebra con el semáforo en rojo.

Los viandantes cruzaban por delante de él, ignorándolo.

Así se sentía a veces, siendo parte de un decorado, como esa obra de galería sin comprador y en la que nadie se fija.

«Todos somos ese cuadro en algún momento de la vida».

Luego meditó sobre las palabras de Marla.

«Conque un gruñón, ¿eh?»

El semáforo cambió de luz. Maldonado pisó el embrague, puso la primera marcha y aceleró dejando una nube de humo.

* * *

El VIPS era un icono, uno de esos establecimientos que formaban parte del ideario social, de las diferentes épocas de cada persona. La ciudad estaba llena de restaurantes como aquel. Las siglas blancas sobre el cartel rojo marcaban su ubicación. El de Velázquez era uno de los más amplios de la capital, lleno de clientes a cualquier hora y repartidos por diferentes franjas de edad. El único lugar de Madrid capaz de reunir a familias, adolescentes, funcionarios, artistas, enamorados y también expolicías.

No era la primera vez que el detective acudía a uno de ellos. No eran santo de su devoción, pero sí un buen sitio en el que llenar las tripas a deshoras o en el que encargar algo más exótico que un bistec con patatas.

Marla, como una universitaria más de las que había en su interior, jugaba con su teléfono al otro lado del cristal, en una de las esquinas.

Maldonado la observó, pero ella no advirtió su llegada. Se fijó en los demás muchachos de su edad, algunos ya trajeados, espabilados, desfilando como becarios en las oficinas del barrio, y otros con la expresión de quien necesita un buen sopapo para regresar a la realidad y madurar un poco. Lo apropiado, pensó él, habría sido que Marla se citara con uno de esos jóvenes con potencial, como el fiscal, con el rostro aún imberbe y las ganas de comerse el mundo, pero entendió que él no era su padre, ni tampoco su tutor, y que la vida es corta y las decisiones, en su mayoría de veces, se toman a la ligera, pero con convicción.

La irrupción del detective despertó la curiosidad de quienes trabajaban con sus ordenadores portátiles. Se acercó a la mesa y se sentó frente a la secretaria.

El camarero lo abordó para atenderlo.

Maldonado miró al refresco de naranja que estaba tomando Marla. Tensó la mandíbula y echó un vistazo a su alrededor.

—Un café y una botella de agua.

—Claro —dijo y se marchó.

Marla lo observó.

—¿Tan mal te ha ido?

—Necesito despejarme.

—Estás perdiendo facultades. Los tipos rudos como tú, beben desde la primera hora de la mañana.

—No me gusta ese tono y tampoco te voy a mentir. Me vendría bien un trago —dijo, volvió a observar de soslayo, todavía inquieto y se frotó las manos—. Aunque me sentará mejor comer un poco.

Ella lo miró atónita.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

Marla agachó la mirada y se fijó en la rodilla del pantalón.

—Tienes sangre en los vaqueros.

—No, imposible —comentó, inclinó la cabeza, fingiendo no haberse dado cuenta—. Ah, esto... Un rasguño.

El camarero regresó, interrumpiendo el interrogatorio, esta vez para anotar lo que iban a comer.

La secretaria se decantó por una de las famosas ensaladas y él optó por un plato de cuatro emparedados unidos por un palito de madera y un montón de patatas fritas.

—Y bien, ¿qué has descubierto, Marla?

Ella sonrió, volteó la vista y comprobó que nadie la escuchaba, como si fuera a hacer una confesión.

—Adivina con quién se ha reunido...

—Mejor, dímelo tú.

Marla se acercó a la mesa, con los ojos llenos de brillo y sujetó a Maldonado por los antebrazos antes de soltarle la exclusiva:

—¡Con Romero! —dijo, elevando el tono por la emoción. Después, ambos se fijaron en la posición de sus manos, en el gesto y en el contacto fortuito que había provocado. Maldonado, serio, observó su postura para que se retirara—. Perdona, me he dejado llevar.

—No pasa nada. No me acostumbro al contacto.

—Eres un hombre gris.

Antes de que la conversación se tensara y tomara la dirección equivocada, el camarero sirvió el pedido. Los párpados de la secretaria se abrieron cuando divisaron el plato del detective. Maldonado parecía contento con su elección.

—Come, anda. Que se enfría.

—Vas a necesitar sal de frutas para digerir todo eso...

—O un buen aguardiente... ¿Así que Serrano con Romero? ¿Estás segura de que era él?

—Tengo pruebas —comentó, sacó el teléfono y le mostró una foto. Las dos personas se reunían en el interior de una cafetería. Después, la secretaria buscó una imagen en la Red del empresario y la comparó—. Es él, unos años más joven, pero sigue siendo el mismo.

Maldonado, que sujetaba con los dedos una patata alargada, comprobó la pantalla con sus yemas grasientas y no dio crédito.

—Menudo disparate.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó, limpiando el cristal de huellas dactilares con la servilleta.

Él suspiró, se tomó el café de un trago y después vertió el agua en el vaso de cristal.

—Pon atención a esto... —arrancó y se rascó el mentón rasposo—. Ochoa tenía contratado a un hombre que se hacía cargo de los caballos. Su nombre es Braulio, una de las personas que estuvo en contacto con el pura sangre, poco antes de que lo mataran...

—Te escucho.

—Laura Serrano ha confesado esta mañana que el tal Braulio es de confianza. Sin embargo, hoy en la finca de Romero, lo he reconocido a lo lejos.

Ella arqueó una ceja, intrigada por la explicación.

—¿Has podido hablar con él?

—Ojalá me hubiera dicho algo...

La expresión de la chica se encogió.

—No te entiendo, Javier —indicó con tono de preocupación.

Impasible, dio un mordisco a uno de los emparedados y, sin haber terminado de masticarlo, decidió guardarse la historia del cañonazo.

—La pregunta es qué hacía ese hombre en la finca de Romero y qué asuntos se lleva entre manos el empresario con la señora Serrano... ¿Los has encontrado en una actitud cariñosa?

—No, la verdad es que no... aunque no te lo puedo confirmar.

La cabeza del detective era un hervidero de cuestiones y un cajón de piezas que buscaban la manera de encajar.

Dejó el emparedado y se limpió las comisuras con la servilleta.

—Míralo así —señaló, levantando el índice—. Alguien le da un soplo a Suárez para que apueste en contra del caballo. Esa persona es del círculo de confianza de Ochoa o Serrano y sabe que el animal va a morir. Las cámaras graban a un tercero que le inyecta la dosis que tumba a Rayo Veloz. Ese individuo accede al *paddock* sin levantar sospechas y desaparece. Muere el animal, se destapa el escándalo del dopaje y las apuestas en el mercado negro se disparan. La mujer viene a mí, en lugar de a la policía, y me habla de la amenaza a su marido. Poco después muere Ochoa, y Romero, que tiene contratado al ayudante de Ochoa, se reúne con ella... No sé, Marla, pero se me ocurren tres hipótesis.

—Que Romero esté detrás del homicidio porque puso entre las cuerdas a Ochoa y que éste no aceptó el chantaje.

—O que fuera la mujer quien vendiera a su marido para cobrar la herencia —agregó la secretaria—, porque en el fondo, le importaba bien poco el asunto de los caballos...

—O que viniera a mí para que descubriera a Romero y así pagara por lo que ha hecho, consciente de que la policía no irá a por él.

—Es retorcido, pero no está mal. ¿Cuál es la tercera?

Maldonado observó el plato de patatas fritas, desordenadas, amontonadas entre sí, ahora ya frías, y caviló la respuesta.

—Que esa mujer tuviera razón desde el primer momento y que alguien intente vengarse de algo de lo que nadie se acuerda... Y, ¿sabes qué? No importa. Porque lo que se ignora no existe y, diga lo que diga, nadie la va a creer.

Entre deducciones y sospechas, terminaron la comida y llegaron a la conclusión de que Laura Serrano escondía más de lo que aparentaba. Maldonado le pidió a la secretaria que buscara en la Red cualquier información o noticia publicada en los últimos años para ordenar aquel embrollo. En cuanto a él, buscaría a Suárez por las calles de la ciudad. Estaba convencido de que el jugador era valioso para la investigación. Aquel soplo, podía llevar al detective al origen del asesinato.

Apuró el segundo café en el interior del restaurante, mientras miraba por la ventana en silencio, reflexionando sobre el paradero de aquel tipo.

—¿Quieres que vaya a la oficina?

Maldonado recordó lo ocurrido en la finca y pensó que no sería una buena idea.

—Hazlo desde casa —comentó—, al menos, hasta que corra un poco el aire.

—¿Qué piensas hacer tú, Javier?

Él alzó la mirada.

—Me daré una vuelta. Necesito pensar...

—¿Qué hay de Berlanga?

—Y yo qué sé... Es probable que esté redactando un informe.

—No seas tan orgulloso. Podrías hablar con él.

«No es eso, chica. Esta vez es diferente».

—¿Recuerdas lo que te dije cuando nos conocimos?

—¿Además de que tuvieras la prensa y el café en tu escritorio antes de llegar?

—Reconozco que aprecio tu amabilidad.

—¿Entonces?

—Que cuanto menos supiera la policía de nosotros, mejor para los dos.

—Ah, sí. Eso dijiste antes de que el inspector cruzara la puerta. Lo recuerdo perfectamente. Igual que cuando prometiste que me dirías por qué te fuiste del Cuerpo...

«No me toques ese vaso, muchacha».

—Todo llegará—respondió con voz grave y desvió los ojos hacia la calle—. A estas alturas, conociéndote un poco, me vas a decir que no lo has leído en la prensa...

—Los diarios dicen muchas cosas, en función de quién les pague y el interés que tengan en dañar. Prefiero oír tu versión.

—Ya la conoces, Marla. No escarbes donde sólo hay tierra.

—Leí el acta, investigué el caso... No fue tu culpa, Javier.

—Marla, por favor.

Maldonado sintió el cosquilleo en sus piernas y un incipiente calor en el pecho.

Uno.

Dos.

Aprieta los puños.
Respira profundamente.

Pero la presión arterial aumentó en cuanto recordó los episodios del pasado.

Lamentó no haber puesto remedio a sus arranques.

«Contrólate antes de montar un numerito en el restaurante».

El detective terminó la botella de agua.

—Ese cabrón se aprovechó de la situación y ahora está en la calle.

—No quiero hablar de ello.

—Debes hacerlo para sacar la rabia que acumulas.

Uno.

Dos.

Respira hondo, de nuevo.

No me calientes, Marla.

Lo que necesitaba el detective, era salir de allí, prender un cigarrillo, tomar una copa a solas... Marla tenía razón, como casi siempre, pero no significaba que deseara recordar de nuevo la historia de su pasado, un episodio que aún seguía reciente en su memoria. Metió la pata, se excedió en sus responsabilidades y terminó favoreciendo a un violador que se aprovechó de la negligencia de un policía, de la paliza que un inspector le había propinado por un cruce de palabras desafortunadas.

Un acto que Maldonado pagó con creces.

Nadie lo recordaría por las decenas de casos que había cerrado con éxito.

Un mal día fue suficiente para que olvidaran quién había sido y cómo había servido para proteger a los ciudadanos.

—No puedes cargar con eso ahí dentro, te está matando como un veneno... Si tan sólo lo hablaras con alguien...

Uno.

Dos.

Tres.

Al carajo todo.

Maldonado dio una fuerte palmada sobre la mesa, que rebotó en las paredes del local. El silencio inundó el interior del restaurante. En algún lugar remoto, un plato cayó al suelo.

Las miradas de asombro rodearon a la pareja.

—Lo siento, de verdad... —comentó, avergonzado, sintiendo el picor en el interior de la mano. Sacó varios billetes y los dejó sobre la mesa—. Paga la cuenta, hablaremos más tarde... Será mejor que me vaya.

Ella lo agarró de la muñeca y presionó con fuerza, antes de que el detective huyera. Los ojos del expolicía se clavaron en su rostro. Todas las emociones se concentraron en la mirada de la chica.

—No estás solo, Javier —dijo ella, firme, sin miedo—. Déjame ayudarte.

—Gracias, pero no te he pedido ayuda.

—¿Por qué eres tan terco?

—El camino más rápido para dejar de admirar a alguien, es conociéndolo.

Ella lo soltó.

Él retiró el brazo, se ajustó el abrigo y abandonó el restaurante.

* * *

Con el estómago revuelto por la desafortunada reacción, regresó a su barrio, aparcó el coche y entró en su casa, directo a la ducha. Estaba avergonzado y lo había pagado con ella. Saneó la herida con alcohol, un rasguño superficial que escocía como un infierno. Lamentó haberse comportado de esa manera con la secretaria, quien no tenía culpa alguna de sus desmanes, y se prometió controlar los impulsos que lo llevaban al abismo.

«¿Por qué has tenido que sacar el tema, Marla?», se cuestionó mientras se vestía, dispuesto a inspeccionar hasta el último rincón de la ciudad en busca de respuestas. Sabía que la secretaria tan sólo pretendía tenderle una mano en la que ahogar sus episodios más oscuros, pero no estaba preparado para hacerla cómplice de sus desgracias.

«Por mucho lo que intentes, nunca entenderá qué sucedió en realidad ».

El fatídico episodio había sido la gota que desbordó un vaso colmado de problemas que arrastraba de mucho antes.

Esperó a que la tarde cayera, al momento en el que los gatos comenzaban a ser pardos y las sombras se mezclaban con la tiranía de la oscuridad del ocio nocturno. Se perfumó en exceso, intentando eliminar aquel rancio olor a pólvora que seguía impregnado en sus sentidos, y se afeitó la áspera barba que comenzaba a crecer gris por el mentón.

Debía guardar una presencia decente, a pesar de que los tugurios que frecuentaba Suárez no eran los más elegantes de la urbe.

Esa tarde decidió que no saldría armado. No quería cometer otro error innecesario.

Ordenando sus pertenencias antes de salir de la vivienda, asegurándose de que todo estaba en orden, encontró la caja de fósforos rectangular que se había llevado de la finca.

«Club Valparaíso»

Acarició con el pulgar el relieve del logotipo de la palmera que rodeaba a las dos palabras, intentando ubicar el nombre en su mente.

Dándole vueltas a la cajetilla con los dedos, se cuestionó si tendría algún sentido aparecer por allí.

«Será otra larga noche».

Y ya iban dos seguidas.

Antes de marcharse, se dirigió al dormitorio, abrió el cajón de la mesilla y agarró un puñado de billetes de un sobre de papel. Estaba quemando los ahorros que le quedaban con aquel caso.

«¿A qué juegas?», se preguntó, frente al espejo de la puerta, abrochándose el Barbour.
«A la ruleta de la vida, como todo el mundo».

Salió de casa y encaró la Cuesta de San Vicente, consciente de que su hombre se encontraría lejos del radar policial. El reloj marcó las siete. la ciudad se volvió oscura, fría y más ruidosa de lo habitual. A diferencia de lo que pensaba mucha gente, los jugadores como Suárez tenían una ruta muy particular. Las casas de apuestas y juegos eran para ludópatas y aficionados que buscaban ganar dinero fácil y en poco tiempo, agasajados con bebidas y premios, haciéndolos sentir especiales mientras permanecían en ellas. La ciudad se había llenado de locales, permitiendo apostar desde cualquier lugar y a toda clase de deportes. Los políticos se llenaban la boca con promesas para suprimirlos, pero estos seguían operando en la sombra. La decadencia laboral no favorecía la situación de las personas, en su mayoría hombres, que buscaban un atajo para salir del atolladero económico en el que se encontraban. Suárez, como muchos otros que abundaban en la ciudad, era un perro viejo, desconfiaba de las máquinas y del azar electrónico. Prefería las partidas privadas, el error humano y el submundo de las apuestas en negro donde las ganancias llegaban a través del olfato y de los chivatazos.

Basándose en las anécdotas y en las conversaciones que habían mantenido a lo largo de los años, Suárez tenía una agenda bien definida: los lunes descansaba en Prosperidad, los martes se jugaba en El Pilar y los miércoles tocaba Argüelles.

Las estrellas se posaron sobre el detective a medida que lo buscaba sin éxito por los antros más indecorosos de las zonas de Moncloa, Tetuán y Cuzco. Preguntó por él, recordando las vivencias del pasado, los días en los que Maldonado y Berlanga pertenecían al mismo equipo y no había ente que les hiciera frente ni caso que se les resistiera. Una época en la que los soplones hablaban más de la cuenta, con unas copas de más y un par de correctivos. Siempre se creían más listos que la ley, y más temprano que tarde terminaban cayendo como pájaros en una fuente con pegamento.

El detective dialogó con desconocidos, molestó a clientes y fue invitado a salir de algunos de los lugares por los que pasó en cuanto el carácter de policía destiló por sus poros. Los camareros más leales con el expolicía llevaban semanas sin ver a Suárez. Sólo unos pocos le hablaron de él, mientras que la mayoría se limitó a fingir que no lo conocía de nada.

Tras varios segovianos con hielo y un par de aperitivos, tiró la toalla al comprobar que a ese desgraciado se lo había tragado la tierra. Era imposible encontrarlo por azar, pensó, y abandonó el último bar de Capitán Haya para fumarse un cigarrillo.

Al sacar un *light* del abrigo, agarró la caja de cerillas para prenderlo y se le ocurrió la idea de visitar aquel club.

Estaba cerca, solo y desesperanzado.

Una brisa helada y mesetaria lo congeló. El invierno estaba siendo más frío de lo habitual para esa época y el abrigo se le quedaba corto en una noche en la que los vagabundos temerían por sus vidas. Apuró el cigarrillo y se fijó en las chimeneas de algunas azoteas que desprendían

un denso vapor de agua que nublaba el cielo, dotando la noche de un aire neoyorquino que tenía poco que ver con la realidad del sabueso.

«Lo tuyo es más de novela de quiosco», se dijo y levantó la mano para detener un taxi.

—Club Valparaíso —murmuró en voz alta, viendo el rótulo de neones coloridos desde la parte trasera del vehículo—. Veamos con qué me sorprende.

—Calle Orense, ¿se dirige a ese club?

—Esa es mi intención.

—Entonces, lleve cuidado —dijo el taxista, entregándole las vueltas, mirándolo con advertencia—. Es un sitio muy conflictivo.

—Sólo quiero tomar algo.

—Si busca diversión, puedo recomendarle otros bares mejores...

—Sé dónde me meto.

El conductor lo observó por el espejo retrovisor.

—No lo dudo. Yo sólo le digo...

—Ya le he escuchado, gracias —respondió, afilado como la hoja de un cuchillo—. ¿Ha terminado?

—Que pase una buena noche.

Maldonado se apeó del coche y éste se perdió calle abajo. No hacía falta ser una lumbrera para apreciar que aquella ratonera no era un lugar fácil, pero tampoco le sorprendería lo que pudiera encontrar de puertas para adentro. Bajo el cartel de luces, unas escaleras se perdían en la oscuridad del subsuelo. Comprobó la hora en su reloj de pulsera y las agujas marcaron la medianoche.

Pensó que sería un poco pronto, pero tampoco demasiado para ser un miércoles. En cualquier caso, estaba harto de buscar a ese hombre y era su último intento por sacar algo en claro.

«Una copa y te largas».

Se acercó a la barandilla y bajó los peldaños, recordando las palabras del taxista, consciente de que los pasajes como aquel no podrían llevar a otro lugar que no fuera el mismísimo averno.

* * *

En la entrada divisó una luz azul junto al guardarropa. Un portero del tamaño de un armario se presentó con gesto frío y antipático. Pagó los veinte euros de entrada, recibió un vale de consumición y sospechó lo que encontraría dentro. Cruzó el umbral, siguiendo el ritmo de la música machacona y divisó el interior vacío, a excepción de dos bailarinas que se movían sobre una tarima con barra americana. Junto a la pista de baile avistó algunos sofás desgastados en los que varios grupos de hombres compartían botellas de alcohol y hablaban sin que nadie los escuchara.

Se acercó a la barra, ausente de taburetes, y se apoyó, a la espera de que la única camarera que servía en el local lo atendiera.

—Una cerveza —dijo, lamentando pagar tanto por un botellín, pero consciente de que algo más fuerte enredaría su lengua y nublaría sus sentidos. La empleada, una mujer de pelo oscuro recogido en una trenza, le destapó la bebida y la apoyó sobre la superficie. Maldonado se fijó en

ella. Tenía buena silueta, con un top que dejaba a la vista el ombligo y le apretaba los pechos. Probablemente, pensó, exigencias del guión, pero su aspecto estaba castigado, apagado, como si su vida laboral la estuviera carcomiendo por dentro. Encontró en sus ojos la desidia y el color de una existencia cargada de amargura. No le sorprendió. Nadie que trabajara en ese sitio, viviendo más de noche que de día, podía tener otra mirada.

Apoyó la espalda en la barra y dio un vistazo a la pista de baile.

Las bailarinas semidesnudas se movían con desgana al ritmo de la música que salía por los altavoces, fingiendo animar un ambiente que carecía de diversión, conformándose con pasar desapercibidas. Dado que no había más personal que la mujer de la barra, esperó a que la cerveza bajara de la botella y encontrara la ocasión para abordarla con sus indagaciones. La oportunidad no tardó en llegar, en cuanto dejó el tercio de cristal y ella se acercó para preguntarle si quería algo más.

—La verdad es que sí —dijo él levantando la voz y sacando el teléfono del bolsillo—. Estoy buscando a este hombre. ¿Te suena?

Antes de ver la imagen, la camarera reaccionó reticente.

Después se acercó al teléfono y negó con la cabeza.

—No conozco a esa persona —dijo, hostil, y agarró un vaso sucio con la mano derecha para secarlo con un paño—. ¿Vas a querer algo más?

—¿Sabes si viene a menudo?

—¿Quién lo pregunta?

—Me gustaría hablar con él.

—Y a mí me gustaría estar en mi casa y no aquí. No molestes, tío.

Maldonado frunció el ceño cuando notó cómo la mujer lanzó una mirada al guardián de la entrada. Le pareció extraño que una empleada se mostrara tan desconfiada para no conocerlo de nada. Debía andarse con cuidado, se dijo. Era cuestión de tensar un poco más la cuerda, sin llegar a romperla.

—¿Es tu amigo? —preguntó. La mirada felina le arañó el rostro—. Puede que esté metido en un buen lío.

—¿Qué eres, madero?

—Qué más quisiera yo.

El vaso se le cayó de las manos, pretendiendo que fuera un accidente.

«Serás desgraciada...»

Maldonado se percató de la jugada.

Antes de que reaccionara, el matón estaba invadiendo su espacio vital. Podía sentir su respiración en la nuca.

—¿Problema? —preguntó, con un fuerte acento eslavo.

—Ninguno, camarada.

Ella no respondió.

—Ven conmigo —dijo, agarrándolo del abrigo.

El tirón de la prenda despertó los instintos del detective. Tenía que controlarse antes de que la noche rematara el día.

—Sin tocar, ¿quieres? —preguntó, levantando las manos. Buscó la botella, pero la camarera ya la había retirado. El hormigueo de la adrenalina comenzó a contagiar sus extremidades—. Sólo estaba charlando con ella. El bar está vacío.

—Ella no está para hablar, sólo para servir.

—Vete al carajo, hombre... No vengas con gilipollices.

La contestación no fue del agrado del guardia, que agarró al detective por el pescuezo y lo inutilizó, para después arrastrarlo hacia la salida. Maldonado intentó deshacerse del brazo de hierro, pero la fuerza con la que lo sujetaba le impedía propinarle un golpe.

El eslavo lo sacó de allí, empujándolo contra las escaleras.

Con torpeza, el detective se puso en pie para propinarle un puñetazo, pero los enormes nudillos de aquel tipo alcanzaron su pómulo izquierdo. Todo se volvió negro. El impacto lo tambaleó hacia atrás, sintiendo un fuerte mareo y un dolor nauseabundo que le provocaron ganas de vomitar hasta el alma.

De pronto, un segundo matón se unió a la pelea y la doble sacudida se cebó con él. Los cuatro puños le atizaron como quien destroza un piano.

Moribundo y abatido, lo cachearon para identificarlo. Luego lo agarraron entre los dos y lo subieron escaleras arriba hasta que lo tiraron al suelo, abandonándolo a la intemperie.

—No vuelvas a molestar, Javier Maldonado.

Le dolía el cuerpo, el alma y cada movimiento, por muy ligero que fuera, lo atravesaba de escozor. Sintió en la sien el desgarrador latido del corazón y el desagradable sabor metálico de la sangre en el interior de su boca. Temió que le hubieran roto algún hueso, pero temió más que pudiera morir congelado a causa de una hipotermia al ras de la noche.

El resplandor de las luces del rótulo acariciaba su rostro de manera intermitente. La calle permanecía vacía y sus ojos clavados en un cielo negro y grisáceo por la bruma nocturna. Por un momento, creyó estar ya muerto, pero de haber sido así, nada le hubiera dolido.

Agotado, Maldonado hizo un esfuerzo desesperado, buscó el teléfono en su bolsillo y marcó el último número del registro de llamadas.

—¿Javier, eres tú? —preguntó la secretaria, confundida, pero él no logró responder. Todas sus plegarias se centraban en respirar y seguir consciente—. ¿Dónde estás? ¿Javier? ¡Dime algo!

Movió los ojos hacia el rótulo, con el teléfono en la mano.

—Valparaíso...

—¿Qué dices?

«Esa mujer, Marla...»

A punto de perder el sentido, vio los ojos de la camarera entre las constelaciones hasta que una fuerza lo enmudeció por completo dejándolo sin aliento, y se desmayó.

Jueves.

Día 4.

Cuando despertó, jamás pensó que levantar un párpado podía causar tanta molestia, pero no cesó en el intento.

Marla se había quedado dormida a los pies de la cama, en el interior del dormitorio de la vivienda del detective. Apenas podía recordar más allá de los puños de aquellos dos bestias y no tuvo fuerzas para pensar en cómo había llegado hasta allí, pero se hizo una idea. Sintió una fuerte presión en la cabeza e intentó mover el brazo para deshacerse del peso, pero se retorció de dolor al incorporarse.

—Carajo... —murmuró, convaleciente y sin energía. La bolsa de hielo cayó sobre el colchón y el movimiento sacó del sueño a la secretaria.

—Por poco casi te mueres... —dijo ella, con los ojos legañosos y el rostro pálido como el color de las paredes.

Él buscó la manera de incorporarse, pero una fuerte sacudida lo dejó postrado.

—Será mejor que no te muevas.

—¿Cómo me encontraste?

—Buena pregunta —respondió, triste y preocupada—. Si no me llegas a llamar...

«Ahora lo recuerdo...»

—Gracias —comentó y suspiró—. Es todo lo que puedo decir.

—No digas nada. Reserva las fuerzas para más tarde.

Cogió aire y volvió a hacer el esfuerzo. Alcanzó el vaso que había sobre la mesilla. El agua le cruzó la garganta como un puñado de espigas. Aún notaba la sequedad en la boca, las llagas provocadas por los golpes y una fuerte hinchazón bajo el ojo derecho. Si no llega a rescatarlo, podría haber sido su fin.

—¿Qué hora es? —preguntó, confundido, al comprobar que aún estaba oscuro al otro lado de la ventana—. Necesito ponerme en marcha.

—¡Tú no vas a ninguna parte! No estás en condiciones de hacerlo.

Pero el orgullo del detective era superior a la capacidad humana. Con cuidado, arrastró las piernas hasta el suelo, procurando que la cabeza no le diera más vueltas, como si se tratara de un ejercicio de equilibrista.

—Tráeme la caja de aspirinas que hay en el cuarto de baño, por favor —rogó. Ella accedió, salió de la habitación y al volver le entregó la caja de medicinas. Maldonado extrajo dos pastillas, se las echó en la boca y dio un largo trago de agua—. ¿Te vio alguien sacándome de allí?

—No. Sólo el taxista que nos recogió.

—¿Te dejó que me subieras en el coche?

—¿Tan fuerte te dieron en la cabeza? ¿Tú qué crees? —preguntó, extrañada por el ímpetu del detective por ponerse en pie—. Estabas tirando en medio de la calle, como un despojo. Cualquiera habría hecho lo mismo.

«Pero fuiste tú quien me sacó de allí...»

Él la observó, desolado por la escena que la muchacha había tenido que presenciar, pero prefirió no darle más vueltas al asunto.

—Supongo que me lo he buscado.

—Tienes que ir a la policía y denunciar lo ocurrido —dijo, convencida—. Casi te matan. Otro día, le puede pasar a cualquiera.

Maldonado alejó la vista hacia la cocina, en busca de algo que le aliviara el dolor.

—Hay una botella de whisky en la balda del televisor. Sírreme un vaso.

—¿Estás loco?

—No, puede que lo estuviera ayer. Hoy, por desgracia estoy muy cuerdo y bastante jodido. No me discutas, anda...

Ella suspiró, cediendo a las plegarias de aquel montón de huesos malheridos. Sirvió un dedo de destilado en el vaso que había vaciado y se lo dio. Maldonado lo ingirió de un trago, notando cómo el whisky le quemaba por dentro. Pensó que eso le ayudaría a entrar en calor y así olvidar los golpes.

—Gracias... —murmuró y se limpió los labios con la mano—. Anoche di con una pista que confirma mis sospechas, Marla.

—¿La pista de que eres un insensato?

—No empieces, por Dios... —dijo y se arrepintió de hablarle en ese tono. Después de todo, había sobrevivido gracias a ella—. Es sobre ese Braulio, el hombre de Ochoa que también trabaja para Romero. Había una mujer allí...

—Muy bien, pero eso no significa nada...

—Encontré unas prendas oscuras en los vestuarios de la finca, las mismas que había utilizado la persona que mató al caballo. También di con una cajetilla de cerillas con el nombre del club. Eso me llevó hasta allí...

—¿A dónde quieres llegar?

—No fue Braulio quien mató al animal, pero está compinchado con esa persona. La ropa estaba allí. Estoy seguro de que ambos tienen alguna clase de relación...

—Siento decirte que tus pesquisas no sirven de mucho, Javier...

—No me crees, ¿verdad?

—Siempre lo hago, pero no es suficiente para que los demás también lo hagan.

—¡Me importa un carajo si los otros me creen o no! —exclamó y recibió una sacudida en el cráneo que le arrebató la voz—. Demonios...

—Te lo has ganado.

—Supongo... —dijo y buscó su abrigo. Marla se lo acercó y el detective procedió a buscar, sin éxito, la billetera. No había rastro de ella—. Mierda...

—¿Qué sucede ahora?

—Mi cartera, no está.

—Tal vez se te cayera.

En su memoria aún habitaba un vago recuerdo de esos dos hurgando entre sus cosas. No sufrió por las tarjetas vacías de saldo ni por el poco dinero en efectivo que guardaba cuando llegó

al club. Lo más probable era que ahora su cartera estuviera en algún contenedor de basura. De ese modo, los porteros de la discoteca lo mantendrían ocupado y alejado del lugar.

—Dime que no has llamado a Berlanga para contarle lo ocurrido.

La secretaria frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Desde cuándo desobedezco a lo que dices? —cuestionó, enfadada—. Y no, no se lo he contado a nadie. Me limité a traerte y a cuidar de ti. Eso es todo.

—Te debo una disculpa. Estoy un poco sensible.

—No es para menos.

—Y una cena.

—Déjalo, Javier. Hoy no eres creíble.

Maldonado logró ponerse en pie y se apoyó en la puerta del dormitorio.

—Además, no te falta razón —añadió, antes de ir directo al cuarto de baño—. Voy a ir a la comisaría para denunciar lo ocurrido.

De reojo, vio cómo la secretaria sonreía con pena por el hombre que tenía delante. Los avisos como aquel se pagaban caros.

Maldonado se alejó, se cerró en el cuarto y abrió el grifo de la ducha. Después se giró hacia el espejo y encontró su rostro destrozado. Tenía un pómulo hinchado y sentía un fuerte escozor en los ojos.

Apretó los puños, gastando la poca fuerza que le quedaba y respiró profundamente.

«Por las buenas, no te ha funcionado, así que es momento de tomar cartas en el asunto y de hacer las cosas a tu manera».

* * *

La cojera no le impidió subir al taxi que los llevó desde el domicilio hasta la calle de Leganitos. El cielo de Madrid volvía a despejarse de nubes para dar paso a los rayos de un sol de invierno que no calentaría hasta alcanzado el mediodía. Enfundado en su Barbour y con las gafas de sol puestas para ocultar el estado de su rostro, Maldonado bajó del taxi sin ayuda y caminó con Marla hacia el interior de la comisaría en la que trabajaba el inspector Berlanga. Dada la apariencia del detective, el agente que había en la puerta no lo reconoció y le preguntó qué hacía allí.

—Vengo a poner una denuncia —dijo y entornó los ojos, intentando recordar el apellido del policía que tenía delante—. También me gustaría hablar con el inspector Berlanga, si es posible.

—¿Berlanga? —preguntó, inquisidor y sin confianza—. ¿Quién es usted?

Marla notó la mueca de molestia en su jefe, pero ambos entendieron que él ya no era nadie allí. Cuando se disponía a desprenderse de las gafas para iniciar una discusión, el alboroto de las escaleras desvió la atención de los tres.

—¡Berlanga! —exclamó el detective al verlo. Detrás de él iba el inspector Ledrado, quien salió disparado hacia la calle.

El amigo y policía reconoció a la secretaria y se detuvo frente a él, observándolo extrañado.

—¿Maldonado? ¿En qué lío te has metido esta vez?

—Me he caído en la ducha —comentó, desairado—. Escucha, Miguel, tengo que hablar contigo.

—Te has enterado, ¿no?

—No, ¿a qué te refieres? Vengo a poner una denuncia...

—Romero... Ahora no es un buen momento... —dijo y miró al exterior. Los coches de la policía secreta arrancaron los motores—. Te llamaré más tarde.

Berlanga se esfumó por la puerta.

Marla y el detective contemplaron la escena policial de los agentes metiéndose en los coches, activando las sirenas y saliendo calle arriba en dirección a la plaza de Santo Domingo.

—¿Va a poner la denuncia o no?

El detective contempló al policía de soslayo y se dirigió a la secretaria.

—Te invito a desayunar, anda. Creo que se me está pasando el efecto de las aspirinas.

Esa mañana, los diarios le dieron la noticia.

Maldonado se acercó al quiosco de prensa de la plaza de Santo Domingo y comprobó los titulares.

«Otra víctima en el Barrio de Salamanca. Las apuestas de caballos sufren una caída mortal».

—Qué ocurentes estos plumillas... —comentó y leyó el resto de la noticia que ocupaba la portada de uno de los diferentes tabloides.

Esteban Romero había aparecido sin vida, acuchillado y tirado en una céntrica conocida calle del Barrio de Salamanca.

La noticia sobrecogió a los dos. Marla y el detective se miraron desconcertados y entraron en el café que había en la esquina.

Las máquinas exprés del Oskar funcionaban a pleno rendimiento a primera hora de la mañana. El olor a desayunos y café torrefacto inundaban el local. Apoyados en la barra, guardaron unos minutos de silencio hasta que el programa matinal de la región habló de lo sucedido por la televisión. Escucharon atentos lo que la presentadora comentó, que no era más que un batiburrillo de frases relacionadas con lo que habían leído minutos antes.

—No me lo puedo creer... —expresó Marla, aún sorprendida por el suceso.

—Todas mis pesquisas no han servido para nada... —dijo él dándole vueltas a un café sin azúcar—. Tenemos que localizar a esa mujer y hablar con ella.

Marla negó con la cabeza.

—Yo misma los vi ayer juntos... Es muy fuerte.

—¿Por qué? ¿Sólo porque los viste ayer? Anda...

A pesar de las dolencias, Maldonado era capaz de pensar con claridad. Tenía la certeza de que existía un cabo sin atar, un detalle que habían pasado por alto en todo momento. Quizá la respuesta estuviera en aquel club y la sacudida que le habían pegado no hubiera sido casual. Recordó los ojos de esa desconocida. Maldonado se sintió desubicado, por primera vez en mucho tiempo. El dolor físico tampoco le ayudó a mantener la autoestima en sus niveles óptimos. Era consciente de que la muerte de Romero no arreglaba las cosas. Se habían equivocado de culpable, había metido la pata hasta el fondo de la ciénaga y ahora, con dos cadáveres, la policía pondría todo su esmero en la investigación.

Maldonado lo había tenido tan claro desde un primer momento que ahora desconfiaba hasta de su criterio.

Y sabía que la policía también.

—Hay que hablar con Laura Serrano —insistió, a pesar de la indiferencia de la secretaria, que seguía atenta a la pantalla—. Sigo convencido de que no nos ha contado todo lo que sabe.

—¿Y crees que ahora sí lo hará, después de que hayan acabado con Romero?

—No nos queda otra opción —dijo y carraspeó—, y me temo que a ella tampoco.

* * *

El ejemplar del diario, doblado por la mitad y tirado sobre el escritorio, dejaba a la vista bajo el fatídico titular, la fotografía de Romero. Con el segundo café de la mañana, esta vez en vaso de cartón y comprado donde a Marla le gustaba, decidieron ponerse a trabajar. La secretaria navegó por la Red, buscando hasta el último retal de información que encontrara sobre ese hombre. Una noticia pasada, un hecho sin importancia, algún detalle que relacionara su muerte con la de Ochoa y que les diera una pista para empezar de nuevo. En cuanto a él, se sentó en el sillón de su oficina, meditabundo, tratando de poner en orden cada una de las piezas en el tablero de ajedrez. Decidió regresar al principio de los acontecimientos, cuando aún no había muertos de por medio y sólo una carta de amenaza. Cerró los ojos con molestias en la cara y, con la luz de la mañana sobre su rostro, se concentró en aquel primer encuentro con Laura Serrano.

«Tres días es lo que le dieron a ese hombre. ¿Le habrían dado otros tres a Romero?»

Una amenaza era, un móvil y una pista, reflexionó. Tendría que hablar con Berlanga para averiguar aquello. Volvió a sus recuerdos, cavando en el pozo de la memoria, poniendo interés en los detalles más superficiales de las imágenes que guardaba en su mente.

En ocasiones, allí residía la verdad.

«El primer asesino era zurdo y es muy probable que el segundo también. Igual que la persona que inyectó la dosis al caballo. Laura Serrano queda descartada como sospechosa», caviló, al ver en su recuerdo a la señora sujetando la taza.

Hasta el momento, no le había dado demasiada importancia al detalle. Era evidente que un zurdo siempre ayudaba, ya que descartaba a muchos sospechosos, pero también se utilizaba con frecuencia como pista de distracción. No obstante, la mayoría de los criminales no caían en ello y sólo los más retorcidos, los más perfeccionistas, ponían esmero en demostrar lo contrario. No era el caso, se convenció, pues los crímenes parecían ser pasionales y no aleatorios. Pero algo no encajaba en su rompecabezas.

Dio un trago al café, suspiró y retrocedió.

Necesitaba un cigarrillo y esperó unos minutos más.

«El caballo muere y después su dueño. Si Suarez apostó en contra, alguien dio el soplo un par de días antes, de que el pura sangre moriría...»

Marla irrumpió en el despacho, cortando su momento hipnótico.

—¿Javier? —preguntó, abriendo la puerta de un golpe.

—¡Por Dios, muchacha! —exclamó él, sorprendido y repantigado en el sillón de piel—. ¡No me des esos sustos!

—Siento haberte despertado de tu siesta matutina...

—¿Qué diablos? Estaba pensando.

—Claro... —comentó la secretaria, haciendo alarde de su cordialidad, y dejó unos folios sobre la mesa del despacho—. He encontrado algo que nos puede ser de utilidad. En Internet no hay demasiada información de esos dos hombres, sin mencionar a Serrano...

—No es de extrañar.

—Algunas entrevistas superfluas, un par de notas de prensa sobre las carreras... —explicó—, pero he dado con algo que me ha llamado la atención.

—Dispara.

—Al parecer, hace tres años, Fidel Ochoa fue víctima de un asalto en su finca y uno de los caballos murió.

La mente de Maldonado volvía a operar con buen rendimiento, rebuscando en su archivo del pasado.

—Encontraron a quien lo hizo, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Has dicho tres años?

—Sí, tres.

—Todavía no estaba casada con Serrano.

—¿Y qué tiene que ver eso? ¿Sigues buscando la manera de relacionarla con la muerte de su esposo?

—Nunca descartes tus peores cartas, incluso cuando creas que vas a perder la partida.

—Eso te ha quedado muy bien, pero no me has dicho nada —contestó, indiferente—. Lo mejor de todo es que el seguro indemnizó a Ochoa con una buena cantidad de dinero.

—Ajá... —dijo él, apoyando su rostro en una ele formada por los dedos—. Y después, llegó la fama.

—Más o menos —aclaró y señaló a uno de los folios que había imprimido—. Rayo Veloz comenzó a ganar un año después del suceso.

—¿Qué hay del acusado?

—No mucho. Un par de siglas, M.J., para preservar la identidad. Lo extraño es que no haya ni una noticia relacionada. ¿En qué estabas pensando?

Maldonado se incorporó del sillón, agarró el café y apoyó el trasero en el borde del escritorio.

—En que esa mujer me debe una larga explicación... —dijo, acompañando la frase con un suspiro—. Ella no es quien ha asesinado a esos hombres, al menos, con sus manos. Tampoco creo que lo haya hecho ese tal Braulio, aunque eso no lo exculpa de ser cómplice...

—¿Qué te hace estar tan seguro de ello?

—Lo vi sujetando aquella escopeta de caza en la distancia —aclaró, rascándose el mentón, antes de dar una explicación importante—. Ni siquiera sabía que lo estaba observando. Es diestro, no zurdo. Buscamos a una persona que reparte con la mano izquierda... pero también tengo la impresión de que no está actuando sola.

—¿Ayuda?

—Cómplices. Benefactores, de alguna forma. Hay dinero de por medio, estaban las apuestas.

—Te pediría que ordenaras las frases. El café te acelera.

Pero el continuó, ensimismado en su hipótesis.

—Míralo de esta forma, Marla —dijo, le echó el brazo por encima de los hombros y la acercó a la ventana. Ella intentaba buscar el punto que el índice del detective señalaba a la plaza de Callao, sin éxito, como si la verdad estuviera en una de las azoteas de los edificios que cotejaban la Gran Vía—. La amenaza que me mostró Laura Serrano, en ningún momento mencionaba el dinero. ¿Por qué?

—Para que creyeran que las razones eran otras.

—Y lo eran —dijo, sonriente y la soltó. El detective caminó hacia un extremo del cuarto—. Lo iban a matar igualmente. Una venganza. De hecho, estoy casi seguro de que los iban a matar

a los dos por la misma razón.

—Están ya muertos, Javier.

Él la miró de soslayo.

—Sí, a eso me refiero... Sabes de sobra que estoy hablando desde el pasado y en un hipotético caso...

—Claro, claro... —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y qué te hace pensar que necesitaran el dinero?

—Buena cuestión —respondió y sopesó su explicación—. Suárez me convenció para que apostara a favor del caballo ganador e hizo lo mismo, a sabiendas de que los dos íbamos a perder. En el hipódromo, si ganas más de dos mil quinientos euros, tienes que personarte en la tribuna sur para hacer los trámites legales... Pero los tipos como él no pasan por caja.

—Así que apostó ilegalmente, haciéndote creer lo contrario.

—Como el asesino —recalcó Maldonado—. Mató al caballo para destruir a Ochoa, antes de acabar con él, pero no reparó en sacarse un sustento con el que cubrir, quién sabe si su fuga...

—Tiene sentido lo que dices.

—El móvil es una venganza en toda regla, Marla. Debemos averiguar quién tendría motivos para hacer algo así y por qué. Ochoa y Romero no eran los empresarios más transparentes de la ciudad, así que no me extrañaría que más de un sujeto tuviera razones para ello, pero si entramos en la boca del lobo, es probable que nos estén esperando.

La secretaria lo contempló pensativa. Se había quedado sin palabras tras escuchar el planteamiento del detective. Maldonado caminó hacia el escritorio, abrió el cajón y sacó el arma reglamentaria para colocársela en la cintura, bajo el abrigo.

—Ni siquiera puedes mantenerte en pie.

—Necesito protegerme. ¿Vienes?

—¿Estoy invitada?

—¿Sabes lo que ocurre cuando rocías una ratonera con gasoil y después la prendes?

—Me lo puedo imaginar. No es necesario que seas tan explícito.

El detective sonrió con maldad.

—Pues vamos a ver cómo la ratita sale en busca de auxilio.

Un tono. Dos tonos.

—¿Sí?

—Señora Serrano, necesito hablar con usted.

La llamada se cortó.

Insistieron hasta tres veces por teléfono desde la oficina, pero la mujer se negó a atenderlos.

—Tendremos que hacerlo a mi manera.

Minutos más tarde, Marla lo esperaba al mando de su Vespa, frente a la puerta de la oficina. A Maldonado no le agradaba la idea de ir montado con ella de paquete, pero moverse por Madrid motorizado era mucho más fácil.

—No corras, por favor —dijo el detective, antes de ponerse el casco.

Atravesaron San Bernardo hasta llegar al cruce de la calle de Martínez Campos para tomar el paseo de la Castellana. Marla conducía concentrada en la carretera, él se agarraba a su cintura y el frío invernal atizaba sus rostros.

En cuestión de media hora llegaron a la zona residencial de El Viso, uno de los barrios más acomodados de la ciudad, repleto de viviendas unifamiliares de dos plantas donde la tranquilidad reinaba por sus estrechas y empinadas calles.

Se detuvieron frente al número dieciocho y atisbaron una casa de color blanco, con amplios ventanales, protegida por un muro de ladrillo y una extensa vegetación que impedía husmear por el interior de la propiedad.

El detective bajó de la moto, dio un vistazo a las inmediaciones y localizó la placa de la empresa de seguridad. Un viejo truco de ladrones, pensó para sus adentros, recordando las historias que corrían por los pasillos de la comisaría.

Le pidió el móvil a la secretaria y marcó el número de Laura Serrano.

Un tono.

Dos tonos.

Alguien descolgó.

Maldonado suspiró, tragó saliva y forzó el tono de voz.

Marla lo observó reticente.

—¿Sí?

—Señora Serrano —dijo con voz grave—. Hemos notificado un aviso en la alarma de su casa. ¿Se encuentra bien?

La mujer manifestó su desasosiego a través de la línea.

—Sí, pero ¿cómo? Aquí no hay nadie, no he oído nada.

—Cálmese, tal vez sea un error del sistema. Uno de nuestros coches se dirige a su domicilio —continuó Maldonado, dando alma a la impostura—. Abandone la residencia y espere en un lugar cercano. Le avisaremos en cuanto sepamos más.

—Por supuesto... Gracias —dijo, nerviosa, y colgó.

Serrano había mordido el anzuelo. Resultó fácil, pensó él, pero el comportamiento humano es predecible cuando la integridad física se pone en juego. Ante el miedo, las personas se dejan llevar por las emociones, en lugar de hacer uso del sentido común.

Poco después oyeron los pasos apresurados de la mujer y la puerta principal se abrió. Cuando salió a la calle, Laura Serrano encontró a la pareja esperando.

Estaba sorprendida.

—¿Se dirige a alguna parte?

—¿Qué es todo esto, una broma de mal gusto? —preguntó la mujer, con el rostro desencajado—. Pienso denunciarle por acoso.

—No lo va a hacer.

Serrano apretó los puños en un acto de impotencia.

—Usted no sabe de lo que soy capaz.

—En efecto. Llame a la policía entonces —contestó, confiado. Ella esperó unos segundos—. Claro, qué sorpresa, no lo va a hacer.

—¿Qué es lo que quiere, detective?

—Hablar con usted.

—¿Y si me niego? No ha hecho más que complicar mi vida.

Maldonado se levantó el abrigo y le mostró la pistola.

—Y usted la mía, señora. Será mejor que colabore.

* * *

Laura Serrano accedió al chantaje y los acompañó indignada, expresando su malestar por todo el paseo de la Habana hasta que se sentaron a una de las mesas de una conocida cadena de cervecerías clásicas del Madrid acomodado. Él pensó que era mejor verse en un lugar público que en su propio domicilio.

El camarero sirvió dos cafés para ellas y una cerveza para él. El primer trago le sentó al detective como un soplo de aire fresco, haciéndole olvidar lo que había padecido durante las últimas horas. No era el lugar más íntimo para hablar del caso, aunque la clientela era escasa y podían gozar de la privacidad urgente en ese momento.

—¿Tiene que estar ella aquí? —preguntó la mujer, dejando las gafas de sol en su bolso y mirando a la secretaria con desdén.

—Ella se llama Marla y trabaja conmigo. Sus ojos y oídos también son los míos.

Marla le respondió silenciosa con una mueca descarada.

—Puede quedarse con el dinero, pero deje de acosarme... —reprochó y sus músculos se relajaron. Hablarle a Maldonado, era como disparar contra un muro de cemento—. Fue un error contactar con usted.

—Han encontrado el cadáver de Romero.

Ella agachó la cabeza.

—Dios...

—¿Le ha llamado ya la policía?

Serrano aguardó unos segundos y miró de reojo hacia la barra.

—Sí, claro, pero no pienso decir nada sin mi abogado.

—Es sospechosa de asesinato.

—Soy inocente.

—Eso dígaselo a un juez —señaló el detective—. Cuénteme qué hacía ayer por la tarde con ese hombre, horas antes de que muriera.

—Esto es increíble, ¿qué clase de principios tiene?

Maldonado miró a Marla.

—¿Es consciente de que fue la última persona que lo vio con vida? Sin mencionar todas las rencillas que Romero y su esposo tenían entre ellos.

—Deje de decir tonterías. Me está poniendo de los nervios.

—No voy a presionarla, es usted libre de hacer lo que quiera, pero intento ayudarla.

—Ya no necesito sus servicios. Es un incompetente.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Usted, ¿no es suficiente?

—Por supuesto que sí... Buena suerte, señora —dijo, se puso en pie y miró a su compañera—. Dejémosla sola. Esto ha sido una pérdida de tiempo. Hemos terminado.

Marla asintió con la cabeza y accedió a levantarse.

La mujer era incapaz de mirarlos a los ojos, jugando nerviosa con las sortijas y con el colgante de su cuello.

Avanzaron unos pasos en silencio hacia el exterior.

—¡Esperen! —exclamó, abatida—. No se vayan, por favor. No me dejen sola.

—¿Has oído algo, Marla?

La mujer lo miró desesperada.

—Les contaré la verdad. Se lo juro por mi marido.

—Pensaba que era un incompetente.

—Y lo es, pero también es la única persona que me escucha.

Regresaron al domicilio de Laura Serrano, en esta ocasión bajo la invitación de la mujer. Cruzaron la puerta de la primera planta y encontraron una amplia y bonita cocina americana, amueblada con electrodomésticos nuevos y un estilo pulcro y minimalista que la dotaba de un aire moderno. La anfitriona no les permitió pasar al resto de estancias, pero a Maldonado le bastó con un ligero vistazo para situar el salón y las escaleras que llevaban a la planta superior. Apreció la presencia del difunto marido en las paredes, decoradas con una colección de cuadros y fotografías relacionadas con el negocio ecuestre. No tenía razones para indagar más de la cuenta, consciente de que no encontraría allí nada de utilidad.

—Bonita casa —dijo, rompiendo el hielo, mientras la mujer sirvió dos vasos de agua que dejó en la mesa de la cocina. Eso era todo lo que iban a obtener por su parte—. ¿Por qué se ha asustado?

Ella se cruzó de brazos.

—¿Qué habría hecho usted?

—Ha reaccionado como si temiera algo.

Serranoladeó la cabeza.

—Le agradeceríamos que nos contara por qué se reunió ayer con Romero —añadió Marla, dejando a un lado las preguntas inquisidoras del detective. Éste chasqueó la lengua y entendió que sus rodeos no harían más que incomodar a la interrogada.

—Sí, claro —dijo y dio un suspiro—. Verán, puede que no haya actuado como debía, pero estoy sufriendo mucho estrés en los últimos días. La pérdida de Fidel, los trámites de la herencia, ahora lo de este hombre...

—No la juzgamos.

Serrano arrugó la frente.

—Como le dije, estaba convencida de que Romero tenía algo que ver con la muerte de Fidel.

—Y sin embargo, ya no lo cree.

—¡Por Dios! Lo han matado.

—Eso ya lo sabemos, aunque no lo descarta como autor.

El gesto de malestar no caló en el detective.

—Me equivoqué, lo sé, pero reconozco que llegué tarde a esa conclusión —explicó, mirando a la pareja—. Ayer, tras nuestro encuentro en su oficina, lo llamé y me reuní con él para pedirle explicaciones... Bueno, qué voy a decir que ya no sepan...

—No intente ganar tiempo, señora —comentó Maldonado, insistiendo en que se centrara en los motivos.

—Me cuesta hablar de ello... Romero se mostró intranquilo, nervioso, preocupado por la situación... entonces supe que él no lo había hecho.

Maldonado miró a Marla de reojo.

—Díganos qué le contó.

Serrano hinchó los pulmones.

Por momentos, la mujer parecía estar a punto del colapso.

—Él también recibió una nota con amenazas —confesó, rasgando la voz y con una fuerte pesadumbre en sus palabras—. Me quedé ojiplática cuando la vi. No había ningún chantaje escrito. Le dijeron que estaba acabado, que pagaría por lo que había hecho y que él sería el siguiente.

—¿Y qué había hecho para serlo?

Serrano levantó las cejas y después los hombros.

—Nada, eso fue lo que me contó cuando le hice la misma pregunta... Creyó que la nota se refería al escándalo y a las consecuencias que tendría para sus negocios.

—Pero Romero tenía las espaldas cubiertas, señora —replicó él—. O le mintió a usted, o es usted quien nos sigue ocultando más datos.

—Le estoy narrando lo que pasó.

—Me está contando un relato... —dijo él, reprochándole la falsedad—. Puede que ese hombre no cometiera el crimen. De hecho, estoy convencido de que no lo hizo, pero eso no le excluye de que saliera beneficiado por la muerte del caballo y, ¿por qué no?, de su difunto esposo.

—No puedo rebatirle eso.

—Cuando visité la finca, encontré a Braulio en ella, junto a otros hombres, lo cual me hizo pensar que trabajaba también para Romero. Lo primero que sospeché, fue que la muerte del pura sangre era cosa de ese hombre. Tenía sentido, pero ya no.

—¿Braulio? Eso es imposible.

—Confía en él, ¿verdad?

—Sí, claro. Yo misma se lo dije.

—¿Hace cuánto que trabaja para su marido?

La mujer se quedó pensativa durante unos segundos.

—Tres años. Nunca hemos tenido ningún problema con él.

Marla carraspeó.

—Si no me equivoco, por entonces, usted no estaba casada todavía con Ochoa.

La atención de la mujer se desvió hacia la secretaria.

—No, no se equivoca. Éramos novios, ¿qué tiene que ver eso con él?

—¿Le suenan las iniciales M.J.? —preguntó el detective.

—No. ¿Deberían?

—Hace tres años, su marido fue víctima de un asalto en su finca —continuó Marla—. Una de las yeguas murió y la persona detenida lo pagó en la prisión. Si dice que estaban juntos por esa época, estaría al corriente de lo sucedido.

Laura Serrano, con los brazos aún cruzados, miró varias veces a la pareja, sin pestañear, sin mostrar una fricción de debilidad.

—No nos lo está poniendo fácil, señora —agregó él, llevando la paciencia a su límite—. Intuyo que Braulio, no sólo la ha traicionado, sino que es cómplice del asesinato de esos dos hombres.

—No diga estupideces. Él jamás nos haría daño.

—Directamente, no. He dicho que es cómplice. Sólo eso.

—¿Y por qué se inventa tal acusación?

—¡Porque es diestro, carajo, y el asesino es zurdo! —exclamó, harto de tanto rodeo—. ¿Hasta cuándo va a seguir con su juego de esposa florero?

—¡No tolero que me hable así! —gritó, levantando el brazo.

Marla intentó mediar entre ambos, a quienes sólo separaba la isla de vitrocerámica que había en medio.

—Ni yo que me partan la cara de manera gratuita —espetó él, dándose la vuelta y frotándose los ojos con las manos.

—¡Braulio no pudo ser! Es inocente.

—¿Por qué no? —preguntaron los dos al unísono.

La mujer se derrumbó.

—Porque estoy embarazada.

La pareja se quedó boquiabierta, hasta que Maldonado entendió la situación. Laura Serrano rompió a llorar, avergonzada de sus actos, pero el sollozo no le hizo temblar el pulso al detective ni a la secretaria. Había caído en la trampa más sencilla de cualquier cómplice. A pesar de que no fuera suyo, sin Ochoa, defendería a ese hombre con tal de que la criatura no naciera con un padre en la cárcel.

—¿Lo sabía su esposo?

—Sí...

—¿Y que era de Braulio también?

—No.

—Menudo culebrón.

La mujer dio un respingo, limpiándose la nariz de mucosa.

—Fidel no era un santo, ¿vale? Tenía su iglesia en casa, pero muchas capillas de puertas hacia fuera.

—Comprendo la analogía.

—Y sí, Romero y él tenían un acuerdo, por eso desconfié de él... —confesó desesperada—. Escuche, sé cómo funciona esto. La policía lo va a inculpar a él por algo que no ha hecho, tiene que evitarlo.

—¿Lo dice porque es el padre de su bebé o porque puede demostrarlo?

—No tengo pruebas, pero él me lo confesó.

—¿Por qué demonios no empezó por el principio?

—No pensé que esto llegaría tan lejos.

Maldonado comenzó a sentir una fuerte jaqueca.

—¿Dónde está ese hombre?

—No sé nada de él desde la carrera del domingo pasado. Me dijo que, pasara lo que pasara, siempre estaría para el bebé.

—Con su marido en una caja de pino y la herencia a su merced, no tendrá problemas para hacerse cargo del bebé.

Laura Serrano se acercó a él y le propinó un bofetón que le hizo ver las estrellas. El picor de la mano, acompañado de la molestia del golpe, se amplificó por todo su rostro.

—¡Márchense de mi casa!

Marla, desconcertada, lo apartó unos centímetros antes de que la situación acabara peor.

Braulio seguía en la ciudad, se lo habían dejado claro en ese club.

—Tal vez le duela escuchar la verdad, pero le aseguro que le escocerá más cuando lo vea sentado en un banquillo —dijo y se dirigió hacia la salida—. Como obliga la ley, colaboraré con

la policía y me encargaré de que sepan hasta el último detalle.

—He tenido suficiente con usted.

—Señora Serrano —dijo, en el umbral de la puerta—. Además de embustera, ha cometido un gravísimo error metiéndome en su vida... Detesto que me utilicen. Entenderá que este asunto se ha convertido en una cuestión personal.

Sentado en el sillón de la entrada de la oficina, Maldonado dio un par de caladas con desgana a un cigarrillo. Marla cerró la puerta de un golpe y le lanzó una bolsa de guisantes congelados.

—Es todo lo que he encontrado en la tienda —dijo, le quitó el cigarrillo de los dedos y lo aplastó en un cenicero. Después abrió la ventana del despacho y la corriente de aire lo despertó—. ¿Te has vuelto loco? No puedes ir por la vida comportándote de esa manera... Perderemos los pocos clientes que nos llegan.

—La única loca es ella —espetó, molesto—. Detesto los teatros y los melodramas, ¿has visto cómo se ha puesto?

—No tienes excusa. Yo no sé cómo habría reaccionado en su lugar.

—Cualquier persona con un poco de sentido común, no habría montado este circo. Miente todo el tiempo.

—Y tú hablas más de lo que debes.

—No me juzgues. Sigo convaleciente.

Marla lo miró desde arriba. La imagen del detective tumbado en el sofá como un filete crudo, no era la más respetable.

—¿Hablabas en serio cuando has dicho que es un asunto personal?

—Hace tiempo que no existe una diferencia entre mi vida y el trabajo. Todo es lo mismo...

—¿Ahora quién está montando un melodrama?

—Así es la vida, Marla —dijo, sosteniendo la bolsa de congelado sobre la cara—. A veces ganas, otras veces pierdes... pero siempre hay que apostar por algo.

—No quiero volver a oír nada sobre apuestas en una temporada. ¿Caso cerrado?

—No, todavía no, pero casi... Le pasaré el recado a Berlanga. Siento que haya terminado así. Decepcionada, la secretaria regresó a su puesto de trabajo.

—Será mejor que me ponga con la contabilidad de este mes. Dudo que entren más ingresos.

—Lamento decirte que no te llevará más de un cuarto de hora.

Antes de que encendiera el ordenador, alguien tocó a la puerta con insistencia. Los dos miraron a la entrada.

—Adelante, está abierto —dijo Maldonado.

El inspector Berlanga irrumpió en la oficina, vestido con su imprescindible gabardina de color crema y acompañado de otros dos hombres uniformados. Los sentidos del detective se activaron. La visita no les habría sorprendido, si no fuera por el semblante serio y la actitud poco amigable que presentaba el policía.

—Ni que te hubiera invocado.

—Lo siento, Marla. No tienes por qué presenciar algo tan desagradable —dijo el inspector y miró a sus hombres—. Esposadlo y lleváoslo al coche.

El detective tuvo un mal presentimiento.

—¿En serio? Estoy hecho una piltrafa...

—Coopera, Javier. Es una orden.

—¿Qué es todo esto, inspector? —preguntó la secretaria, desconcertada—. ¿A qué viene tanto revuelo?

—Ya me habéis oído. Para abajo.

Los dos hombres levantaron al detective del sillón. Maldonado no se opuso, ofreció las muñecas y miró a los ojos del inspector.

—Ojalá tengas una buena razón para irrumpir así y dejarme en ridículo delante de ella. Habría preferido a Ledrado en tu lugar.

—No tengo opción.

—Me decepcionas.

Berlanga se mordió el labio y aguantó el temple.

—Te dije que te mantuvieras al margen.

Marla se levantó de la silla, pero Berlanga detuvo su paso.

—No puede llevárselo sin una orden.

—Señorita, no me lo ponga más difícil —dijo y asintió con el mentón. La expresión de Marla era un poema de muchos versos y poca rima—. Hemos encontrado su documentación junto al cadáver de Esteban Romero.

—No te preocupes —dijo con voz socarrona, sin ápice de miedo en su mirada—. Estaré bien.

El detective se marchó esposado por la puerta y escoltado por los otros dos hombres. El inspector esperó a que desaparecieran para dirigirse por última vez a la muchacha.

—Llame a su abogado, por su bien.

—Él no ha podido matar a ese hombre.

—Lo sé... Ambos lo sabemos.

—Se equivoca de persona.

—Debo marcharme, señorita —dijo y agarró el pomo de la puerta para cerrar—. Hágame caso, busque una defensa antes de que empeore la situación.

El zeta lo trasladó hasta la puerta de la comisaría de Leganitos. No recordaba que la parte trasera de los coches fuera tan estrecha e incómoda.

Los agentes lo sacaron del vehículo y lo llevaron al interior del edificio, dejándolo a la vista de rostros conocidos y cómplices que lo habrían saludado con respeto tiempo atrás. Ahora todos callaban o miraban a otro lado, haciéndolo sentir como a un Cristo pasionario, cargando con la cruz a cuestas, coronado de espinas, caminando hacia su calvario más personal. Subieron los peldaños de las escaleras y reconoció el despacho de Berlanga, el espacio que había dejado el extinto escritorio del inspector, y la oficina contigua de Ledrado.

—Siéntese ahí —le indicó uno de los agentes, señalando a una vieja silla de aluminio—, y las manos quietas.

Maldonado levantó las muñecas y le mostró las esposas.

El agente dio un respingo y se largó.

«Hogar, dulce hogar».

Oyó los pasos que se acercaron a él. La sombra se convirtió en silueta y después en una figura humana. Berlanga traía una botella de agua con él.

—¿No me vas a quitar esto? —preguntó, cansado y aburrido del silencio—. Le he prometido a ese agente que no tocaré nada.

—Lo siento, no puedo —dijo, destapó la botella y se la acercó a las manos. Maldonado dio un trago largo. Su amigo lo observaba preocupado—. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

—¿Me puedo encender un pitillo? —preguntó, mirándolo con descaro—. Perdón, quería decir si me lo puedes encender.

—Aquí no se puede fumar.

—Hay cosas que nunca cambian. Tú eres una de ellas.

—En este caso, sí que han cambiado... —dijo y se mecía el pelo—. Joder, Maldonado, ¿qué has hecho esta vez?

—No me vas a creer de todos modos.

—Tu secretaria confía mucho en ti.

—No puedo decir lo mismo de mis amigos.

Berlanga, irritado, agarró una bolsa de plástico que había en su mesa y se la mostró. Maldonado reconoció su billetera de piel de cocodrilo.

—¿Me vas a explicar qué hacía esto junto al cadáver de Romero?

El detective miró hacia el techo.

—No sé cómo ha llegado hasta ahí... Bueno, en el fondo sí que lo sé, pero eso tampoco cambiará nada.

—¿Y esa cara?

La jaqueca le golpeó de nuevo. Se sentía agotado.

—Anoche, dos matones me dieron una paliza en el interior de un club. Estaba siguiendo un rastro.

—No sabes qué tristeza me da oír eso.

El sarcasmo era palpable en el tono del inspector. Otro cadáver en menos de una semana, el mismo móvil y un expolicía reincidente en la escena del crimen.

—Llevo varios días investigando el asesinato del caballo que murió el domingo pasado en el hipódromo. Hasta ahí, no he hecho nada malo —explicó, atento a la incredulidad de su amigo—. La muerte de ese animal está relacionada con los dos crímenes. Laura Serrano se niega a contarme lo que sabe.

—Ella es quien te contrató.

—Me ha usado —reconoció, a regañadientes—. Y he caído como un imbécil.

—¿Qué tienes hasta la fecha?

—¿Me soltarás si te lo cuento?

—No, pero tal vez mejore tu situación.

—El cuidador de Ochoa estaba a merced de Romero... Eché un vistazo en la finca y encontré el puñal con el que había matado a Ochoa.

Berlanga escuchaba atento.

—¿Por qué no me lo notificaste? Ocultar pruebas es un delito de...

—No me leas el manual —interrumpió—. No tenía evidencias que demostraran que había sido él.

—¿Braulio?

—Sí.

El inspector anotó el nombre en una libreta de papel.

—Lleva fuera de la ciudad desde el domingo. No pudo ser él.

—Eso no es cierto. Sigue aquí.

—Tiene coartada.

—Estaba en la finca.

—¿Y estás seguro de que era él?

—Lo vi en una grabación de las cámaras del hipódromo. No tengo dudas.

—¿También has sobornado al vigilante?

—Mira, te estoy diciendo la verdad —insistió, haciéndole un gesto para que le quitara las esposas, pero Berlanga se negó—. Puedes creerme o no... pero dudo que lo haya hecho él solo.

—¿Es otra de tus elucubraciones divinas?

—Suárez me habló de las apuestas ilegales contra el caballo.

—Te advertí que acabarías mal si seguías con él.

—¿Lo has visto últimamente?

—No, ni quiero.

—Da igual. Hay que descartar que el móvil sea el dinero.

—Sí, mejor centrémonos en qué hacía tu billetera junto al cadáver de Romero.

—La pusieron ahí. Yo estuve en el club.

—Tienes un testigo, eso es todo, que es lo mismo que no tener nada.

—Te equivocas de interrogado —replicó, mirándolo a la cara—. La gente de ese club me echó en cuanto pregunté por Braulio. Laura Serrano está embarazada de él y no quiere hablar por miedo.

—Y sin embargo...

La conversación se detuvo cuando abrieron la puerta.

Maldonado miró de reojo, con cuidado de que no le ardiera la cabeza.

—El que faltaba.

—Ledrado, ¿qué sucede?

El inspector Ledrado contempló a Maldonado unos segundos, soltó una risa silenciosa y se dirigió a su compañero.

—¿Podemos hablar en privado?

Berlanga miró al detective.

—Finge como si fuera un jarrón.

—Pero es que sí que está.

—Yo también me alegro de verte.

—Laura Serrano ha confesado.

Berlanga miró al detective.

—Ha reconocido que ayer se encontró con Romero, horas antes del asesinato.

—¿Ves? No me has creído —comentó el detective.

—Cállate, por favor.

—Eso no es lo más grave. Asegura que fue testigo del asesinato de Romero.

—Embustera...

—¡Cierra la maldita boca!

El detective resopló.

—Cuando abandonaron el local de copas en el que estaban, un desconocido intentó robarle el bolso —explicó Ledrado, poniéndolos al corriente tras el encontronazo—. Ella se resistió, Romero intentó defenderse y el asaltante le atacó con una puñalada.

—Preguntadle con qué mano lo hizo.

La interrupción provocó otro instante de pausa.

—La señora Serrano entró en pánico, llamó a los servicios de emergencia y se marchó.

—Es una falta grave.

—Acusaciones graves, mejor dicho —añadió Maldonado.

—Según ella, no supo qué hacer. Le preocupaba que ese tipo volviera —respondió y chasqueó la lengua—. También ha declarado que el detective la ha estado acosando en los últimos días, llegando a irrumpir en su vida privada.

—¿Es eso cierto?

—Es su versión y, a mi favor diré que no tiene fundamento. La persona que buscáis es zurda, ya te lo dije... Braulio es diestro, Laura Serrano también lo es, y por eso ninguno de los dos puede haber sido el asesino.

Los dos inspectores voltearon las caras. Parecían estar dándole una última oportunidad.

Maldonado debía ir al grano.

—Te doy tres minutos —dijo Berlanga, se acercó a él y le quitó las esposas.

El detective respiró aliviado, movió las muñecas y se fijó desde su posición, sentado contra la pared, que no le darían un margen de error.

—Con uno bastará.

Los tres minutos se convirtieron en veinte. Con una ligera cojera, El sabueso se movía como pez en el agua en el interior de aquella oficina. Los puso al corriente de los detalles de la visita a la finca de Romero, al hipódromo y del caso del asalto, tres años atrás, que Ochoa había denunciado. Ladrado salió del despacho para recuperar el informe de la sentencia. El detective se tomó la libertad de utilizar el material de oficina del inspector Berlanga para confeccionar su teoría sobre un tablón de madera. Concentrado, agarraba las notas adhesivas de colores, escribía en ellas los sucesos y las pegaba en orden cronológico, como si fueran líneas temporales paralelas. Intentaba explicarles que sus razonamientos tenían sentido.

El inspector Berlanga lo observó con detalle, estudiando sus movimientos.

—No quiero que te entusiasmes —dijo, expectante por el resultado final—. Esto va contra las reglas.

Maldonado, centrado en su organización, pegó la última nota con un golpe de gracia y retrocedió dos pasos para ver la imagen panorámica.

—Las reglas se quiebran.

—Después hablaremos sobre el asunto de tu billetera.

Ladrado irrumpió con una carpeta azul en las manos y se quedó perplejo ante el mosaico de colores que había en la pared.

—¿Matando el tiempo? —preguntó, desairado y se acercó al escritorio.

—He pensado que es mejor si te lo explico como a los niños, con colores...

—Dejad la fiesta en paz —intervino Berlanga—. ¿Qué tienes ahí?

Ladradoladeó la cabeza y los miró.

Berlanga dio un vistazo a la sentencia.

—El acusado del juicio de la finca fue condenado a tres años de cárcel sin reducción de condena por asalto y violencia animal... —murmuró Berlanga.

—La acusada —rectificó Ladrado— Las iniciales M.J. pertenecen a Magdalena Jiménez, treinta y tres años, original de Madrid y desempleada por entonces. Lo más sorprendente y extraño es que cometió el delito sola, sin ayuda.

Maldonado se apoyó en el escritorio y comenzó a recordar los detalles de sus últimos días.

—¿Se sabe qué empleos tuvo antes del juicio?

Ladrado revisó el resto del informe sin éxito.

—No existe ningún registro donde conste su actividad laboral.

—Más que extraño —respondió el detective—, huele a podrido. El problema es que la persona que se encargó de meter a esa chica en la cárcel es ahora carne para gusanos. ¿Dónde esa mujer?

—En prisión.

—¿Estás seguro?

—¿A dónde quieres llegar, Maldonado? —preguntó Berlanga, indeciso—. ¿Insinúas que esta mujer es quien está detrás de la muerte de esos dos hombres?

—No, pero no sabemos dónde está —respondió el detective, seguro de sus palabras y harto de que cuestionaran todo lo que tenía que decir—. Ochoa tuvo una mala época económica, poco antes de que Rayo Veloz despuntara en las carreras. Es probable que forzara el robo e implicara a alguien de confianza a cambio de una promesa que no cumplió. El seguro le pagó una indemnización a Ochoa por la muerte del animal y la chica se fue a la cárcel. ¿Quién dice que no fue una artimaña para cobrar el dinero y saldar sus cuentas?

—Suenas muy fantasioso, pero te olvidas de algo —cuestionó Berlanga, rompiendo el momento—. Esteban Romero está muerto y es ajeno a todo este juicio que me está poniendo de mal humor...

—¿Otra vez con eso?

—Tus documentos personales estaban junto al cadáver, Maldonado —añadió Ledrado—. Es una evidencia y está en el acta.

El detective se imaginó sentado frente la audiencia, vigilado por todas las miradas y siendo juzgado por algo que no había cometido. La imagen le hizo temblar. Pensó que no era así cómo quería ser recordado.

—¿Y quién diablos ha redactado ese informe?

—La patrulla que encontró el cadáver —dijo Berlanga, frotándose los ojos acusados por el cansancio. Al otro lado de la ventana, la calle se había vuelto oscura y el alumbrado público iluminaba de amarillo las sombras de la ciudad—. Mira, Javier, agradecemos tu punto de vista, pero...

—No me fastidies, Berlanga —interrumpió, enfadado, y se dirigió a los dos policías—. Sabéis de sobra que no tengo nada que ver con la muerte de ese hombre. Ni siquiera hablé con él.

—Irrumpiste en su propiedad sin consentimiento. Tú mismo has dicho que te vieron. Pueden declarar contra ti.

—No fue accidental. Vais a permitir que la persona que se limpió a esos dos tipos salga airosa de esto.

Ledrado y Berlanga ladearon la vista, silenciosos, incómodos y sin deseos de contestar. Maldonado comenzó a sentirse atrapado allí dentro, nervioso, y el dolor de su cabeza se trasladó al estómago provocándole un fuerte ardor.

Uno.

Dos.

Respira y no te busques un problema.

Aquel encuentro parecía llegar a su fin.

—Estamos haciendo nuestro trabajo lo mejor que podemos —dijo el inspector Ledrado—. Te creamos o no, existen indicios, unas pruebas y una investigación abierta. Si de verdad eres inocente, explícale todo esto a tu abogado y él te lo solucionará... No te vamos a retener. Informaremos de que no has querido declarar, pero tienes que mantenerte fuera.

«¿Si de verdad eres inocente?»

Las palabras de aquel policía lo incendiaron todavía más.

El detective intentó contestar, pero tartamudeó, sintiendo cómo las sílabas descarrilaban en

su boca como una vieja locomotora.

Uno.

Dos.

Aguanta, desgraciado.

Berlanga le puso la mano en el hombro y lo agarró para dirigirlo hacia la salida.

—Será mejor que lo dejemos aquí —dijo, propinándole dos golpecitos amigables para rebajar la tensión. Aquello le provocó más rabia—. Ha sido una jornada agotadora, agradecemos tu colaboración.

Maldonado se giró hacia él.

—¿Por qué me tratas como a un imbécil?

—No lo hago.

Berlanga le aguantó la mirada y el detective no vio nada a través de sus ojos. Ni siquiera un atisbo de arrepentimiento.

El informe estaba redactado, la investigación en marcha y su nombre en ella. Insistir, no era más que una pérdida de tiempo, se dijo, pero hacer oídos sordos a sus explicaciones, una absoluta falta de respeto.

A medida que bajaba los peldaños, sintió la indiferencia del personal que circulaba por allí.

Llegaron al exterior ya oscuro y agitado.

Maldonado sacó un último *light* junto a Berlanga y los dos agentes armados que custodiaban la entrada. Necesitaba calmarse y era lo único que tenía a mano. Dio un vistazo al interior de la comisaría. Dos parejas de extranjeros esperaban para denunciar un robo.

Volteó la vista hacia la calle.

Un repartidor de comida china subió la cuesta, sorteando los vehículos que esperaban ante un paso de cebra. Una muchacha asiática ofrecía masajes en la puerta de un establecimiento de cosmética. El bar de la esquina de arriba seguía lleno, como si la clientela fuera parte del personal que trabajaba allí.

La llama del mechero prendió la punta del cigarrillo.

Maldonado dio una bocanada y exhaló el humo hacia arriba, preguntándose en qué se había equivocado.

—¿No me vas a devolver mi billetera ni los documentos de identidad?

Él negó con la cabeza.

—No puedo.

—Es una buena billetera.

—Deja que te acerque a tu casa.

Maldonado miró hacia ambos lados de la calle.

—¿Me dices a mí?

—No seas estúpido. Termina eso y vamos al coche.

—Me las puedo apañar.

—Agradecerás el viaje. Tienes un aspecto horrible.

—Y a ti te queda demasiado grande esa chaqueta.

Berlanga le ayudó a subir en el SUV que conducía. Maldonado fue más rápido que él y entendió sus intenciones. En el fondo, era el modo de expresarle su apoyo. Tenía claro que no

contaría con otra oportunidad como esa para interrogarlo y convencerlo de que hiciera lo correcto. Tal vez fuera un ejercicio de manipulación, pero él nunca había tenido la menor intención de engañar al inspector Berlanga. Se llamaba confianza, criterio, y una carrera juntos avalaba todo esto.

Era el momento de comprender si el ayer seguía teniendo peso, o su paso por allí era una página en blanco y negro.

A Maldonado le encantaba el ritmo de aquellas calles, el fulgor de quienes las transitaban, el brillo en los rostros de las gentes que salían a pasarlo bien. Para él, además de ser una ciudad de contrastes, Madrid era un pueblo castellano enorme, rudo y amable a la vez. Una amalgama de sabores, olores y culturas heterogéneas que conformaban un paisaje único.

Mirando por la ventana, advirtió que Berlanga permanecía callado, aunque dispuesto a hablar sobre lo que había sucedido dentro de su oficina.

—Te debo una disculpa —dijo el detective, sin desviar la vista de la calle—. Por un momento, he creído que... En fin, da igual.

Berlanga tragó saliva con dificultad, emitiendo un extraño ruido por su garganta.

—Y yo otra —respondió, encogiendo el rostro cuando llegaron a la bajada de la Gran Vía—. No he debido actuar así en tu despacho, delante de tu secretaria.

—Entiendo que quieras hacerte respetar.

—Las cosas han cambiado, Javier, y lo hacen cada vez más —comentó con cierta molestia en su voz—. Nos llegan los nuevos y aunque eres su superior, te ponen a prueba, te exigen estar a la altura. No les culpo... Vienen con demasiadas expectativas.

Por un instante, carcomido por su propio egocentrismo, Maldonado vaciló en preguntar por él, pero no era la ocasión ni el lugar para hacerlo.

—Oye, sobre lo de antes...

—Debes buscarte una defensa. Si vas mal de ingresos, puedo...

—Sí, puedes irte al infierno —contestó, evitando que terminara la frase—. No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Eres capaz de resolver este asunto si quieres. Ve a la finca de Romero y encuentra las pruebas en las taquillas de los vestuarios. Te llevará cinco minutos.

Berlanga titubeó.

—No es tan sencillo.

—Deja de ser racional y escucha lo que tengo que decirte —respondió Maldonado. El inspector suspiró agobiado. Le costaba soportar la terquedad de su excompañero, pero terminaba cediendo a sus súplicas—. La intuición me dice que esa mujer, Magdalena, está implicada en los asesinatos de esos dos hombres...

—¿Por qué te empecinas con eso?

—Sé que puedo confiar en ti.

Se detuvieron ante el semáforo en rojo.

—Sigo de servicio —dijo y le lanzó una mirada seria. Maldonado no comprendió si era un farol—. Claro que puedes. ¿Qué pruebas tienes?

—En la finca, las botas que encontré junto al arma y las prendas que habían utilizado el día de la carrera. Me fijé en la suela y me extrañó que fuera tan pequeña. Un treinta y seis, tal vez.

—¿Y por eso tiene que ser ella?

—Ochoa era un miserable.

—No hables mal de los muertos.

—No lo estoy haciendo.

—Supongamos que tienes razón...

—Es que la suelo tener.

Berlanga chasqueó la lengua.

—¿Qué pinta Romero aquí?

Maldonado cogió aire.

—Puede que la chica descubriera los negocios que llevaban entre manos y le cargaran el muerto a ella.

—Habría sido más fácil pagarle para que callara.

—O culparla de algo que no hizo.

El coche bajó la cuesta, giró y descendió por la calle del detective. Después se detuvo junto a la taberna que había frente a su edificio. El bar seguía abierto.

—Esta investigación es compleja y no podemos alargarla mucho más. Será mejor que descanses y que nos dejes hacer nuestro trabajo, como tendrías que haber hecho desde un principio.

—Para de dar rodeos y averigua lo que pasó con esa chica. Eso te dará la respuesta.

—¿Y si sigue en prisión?

«Aceptaré mi error».

—Asumiré las consecuencias.

—Piensa en lo del abogado. Es todo lo que puedo decirte.

El detective comprendió que su lucha había terminado. Esta vez, Berlanga no atendería a sus consejos. Se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y bajó del vehículo.

—Gracias por el viaje.

—Cuídate, detective —dijo y el coche desapareció por la calle que bordeaba la estación de trenes.

Las piernas le flaquearon. Estaba rendido, agotado por las dolencias. Pensó en tomarse un trago, pero apoyarse en la barra del bar sólo empeoraría su situación. Deseó esconderse en su dormitorio por unas horas, a oscuras, abrazado a la almohada.

«Mañana será otro día, mejor o peor... pero otro día».

Caminó despacio hasta la puerta, buscó el manojito de llaves y sintió unos pasos cercanos.

—¡Javier! —exclamó Marla, ansiosa, saliendo de la taberna.

—¿Marla? ¿Qué se te ha perdido aquí?

—Te estaba esperando —explicó. Él observó su aspecto desaliñado y se alegró de verla. Sintió como si las horas se hubiesen convertido en semanas. La chica parecía más preocupada de lo habitual—. Sabía que en algún momento te dejarían marchar.

—Confías demasiado en las personas.

—Tengo lo que necesitamos.

—No quiero oír hablar de abogados —dijo e introdujo la llave del portal. Ella lo detuvo, antes de que cruzara el portón de hierro—. Márchate, quiero dormir.

—Es Laura Serrano, está en peligro.

—Tampoco quiero saber de esa arpía. Sólo miente.

—El juicio es la clave.

—¿Cómo dices?

—La trampa se la han tendido a ella.

Entraron en el interior de la Taberna del Príncipe y ocuparon una de las mesas del fondo de la primera planta. La cocina estaba cerrada a esas horas, pero a Maldonado le bastó con una cerveza y una ensaladilla rusa para recuperar las ganas de seguir adelante. Marla no había perdido el tiempo durante la ausencia del detective y se encargó de atar los cabos por su cuenta.

—Espera, no tan de prisa —dijo él, probando la ensaladilla—. Hoy la cabeza me está dando problemas.

—Laura Serrano nos ha estado ocultando un detalle que es crucial en todo esto... Está relacionado con el caso de Ochoa y su finca.

—Te escucho.

—Estaba desesperada y no sabía a quién recurrir —explicó, avergonzada—, así que he llamado a Cristóbal.

—Ese amiguito con el que te ves ahora, el fiscal. Eres una chica lista.

—Le he pedido ayuda y, aunque no ha podido acceder al sumario, sí que ha hablado con el fiscal que estuvo presente en aquel juicio.

—Y él, loquito por tus huesos, no ha perdido ni un instante... La carne es tentadora.

—Un poco de respeto, ¿quieres? Lo he hecho por ti y él ha accedido sin condiciones. Te dije que era una persona noble.

—Espero que lo invites a una buena cena.

—La persona a la que condenaron, era la cuidadora de los caballos de Ochoa por entonces.

—Magdalena Jiménez —añadió el detective, con una sonrisa burlona.

—¿Cómo sabes eso?

—No eres la única que hace preguntas.

Ella le regaló una sonrisa de satisfacción. No le sorprendió.

—Hasta el momento de tu detención, sabíamos que Ochoa la había denunciado por un delito que no cometió. El abogado que llevó su defensa, no se esforzó demasiado por evitar que pisara la cárcel. El jurado popular se tragó toda la farsa.

—Déjame adivinar, ¿también lo compraron?

—Puede ser, pero la declaración de los testigos fue determinante para que la mayoría del jurado la nombrara culpable.

—Se supone que no había nadie en la finca cuando ocurrieron los hechos.

—Eso es lo que Serrano ha confesado, pero no significa que sea cierto —respondió ella—. Adivina quiénes estaban allí como testigos, declarando que lo habían presenciado.

—Esteban Romero.

—Y Laura Serrano.

Un chispazo encendió la mente del detective.

—Un juicio pactado desde el principio.

—Pero lo peor de todo no es eso... Cristóbal ha conseguido el número del abogado que contrató más tarde, un penalista obsesionado con las injusticias...

—Siempre hay un héroe.

—Debido a la buena conducta de la mujer y tras mucho pelear, consiguió que le hicieran una revisión de la condena, logrando que se la rebajaran de tres a dos años de cárcel.

—Por lo que está en la calle desde hace un tiempo —respondió, atando los últimos cabos sueltos—, dispuesta a terminar con ellos... Ahora tiene sentido que fuera ella quien inyectara la dosis al caballo. Conocía los accesos del hipódromo, al personal que trabajaba allí y sabía cómo actuar porque ese había sido su trabajo... En un día tan concurrido y esperado, nadie sospechó de esa mujer, pero... ¿Y Braulio?

—Braulio es su pareja —confirmó la secretaria—. El abogado ha explicado que fue él quien contrató sus servicios para ayudarla. Trabajaban juntos a media jornada en la cuadra de Ochoa.

—Serrano nunca mencionó que hubiera una segunda persona.

—Porque no la había —explicó ella—. Ambos trabajaban sin contrato y de manera temporal.

—En esta ciudad no sobrevives con un empleo de media jornada.

—Tendrían otra fuente de ingresos.

—El club Valparaíso... —dijo él, recordando a la camarera.

La había tenido delante y fue incapaz de verla.

—Es él quien la ha ayudado a llevar a cabo su venganza personal.

—Por eso, Laura Serrano ha omitido los detalles del juicio. Tal vez desconozca la implicación de su amante, pero no es idiota. Sabe quién está detrás de las amenazas.

—¿Crees que ha permitido que los mataran?

Maldonado dio un trago a la cerveza y reflexionó sobre lo que la secretaria le estaba contando. La situación era retorcida.

—No sé, Marla. Todo esto es un auténtico disparate.

—Hay algo que esa mujer le confesó al abogado.

—Sorpréndeme.

—Que no dormiría tranquila hasta que hubiera justicia.

Él la miró sorprendido. Marla había hecho un trabajo excelso, una labor que superaba con creces lo que cualquier jefe podía esperar de ella. Si lo deseaba, algún día se convertiría en una gran detective. Por desgracia, carecían de margen para actuar. Los ánimos y las ganas por desmenuzar la madeja se habían esfumado. Maldonado estaba cansado, harto de ir a contracorriente y no podía olvidar su visita a la comisaría.

—Tienes madera, Marla.

Ella sonrió.

—Cuando me lo permites, procuro estar a la altura.

—Lo sé —dijo, la agarró de la mano y le acarició la final piel sin más intención que la de mostrar su gratitud. Después la soltó—. Lamento comunicarte que no puedo hacer nada. Legalmente, esa mujer nos contrató para averiguar algo que carece de relevancia en estos momentos... La policía ha encontrado mis pertenencias junto al cadáver de Romero y ahora soy parte de la investigación policial. Berlanga me ha sugerido que busque un abogado y esta vez lo ha dicho en serio.

—Pero eres inocente. No puedes rendirte ahora.

—Claro que puedo... ya conoces las normas —respondió con amargura—. Cuando ellos están de por medio, nosotros nos apartamos. No hay más. En estos momentos, ni siquiera tengo

la opción de hacer eso. No quiero más problemas en mi vida, ni volver a pisar la comisaría como un criminal... Me he pasado los últimos meses intentando demostrarles que aún soy útil, pero es hora de aceptar cuál es mi lugar en esta sociedad. No seré el inspector Maldonado nunca más, ni siquiera son capaces de mirarme a los ojos como hacían antes... Fue un error visitar ese club. Quizá no estuviera en sus planes incriminarme, pero les di una oportunidad que no desaprovecharon. Ahora tengo que hacerme responsable de las consecuencias... ¿Confías en la justicia?

—Hmm, sólo hay que demostrar que ellos lo planearon todo.

—Yo tampoco me fío, pero me aferraré a la presunción de inocencia. ¿Cómo dices que se llama ese abogado penalista?

Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño.

El teléfono de Maldonado comenzó a vibrar sobre la mesa.

—No me ignores, Javier. Te estoy hablando en serio.

El detective hizo oídos sordos y comprobó la pantalla.

—Déjalo estar, Marla —dijo y agarró el móvil—. Le pasaré el recado a Berlanga. Veamos qué quiere ahora.

Descolgó.

—¿Todavía despierto? —preguntó el inspector.

—Espero que tengas una buena noticia.

—No sé si lo es —dijo, pensativo. El detective apreció algo extraño en su voz—. Es sobre Braulio, se ha entregado a la policía.

—Javier, no le digas nada todavía —susurró Marla.

Él le hizo un gesto para que guardara silencio.

—¿Cómo dices?

—Así es —confirmó—. Se ha confesado como autor del asesinato de Ochoa y de Romero. Nos ha dado todos los detalles y ha entregado el arma que utilizó para cometer los crímenes.

—¿Qué hay de mí?

—Siento haber desconfiado de ti.

—Lo sigues haciendo, Miguel, ¡escúchame, por favor!

—Está todo claro. Fue él quien te robó la cartera y la dejó junto al cadáver para inculparte. Nos lo ha dicho —insistió—. Debí creerte desde el principio, pero no teníamos pruebas.

—Él no estaba en el club. Está protegiendo a otra persona...

—He supuesto que te alegrarías de la noticia.

—Es mentira, Berlanga, ¿cómo me voy a alegrar? ¿es que no lo entiendes? Esa mujer...

—Mira, sólo quería comunicártelo para que descansaras, después de todo este embrollo en el que te has visto... —dijo, apurado. El ruido de fondo lo desconcentraba—. Ahora tengo que dejarte. Hay mucho papeleo por hacer y será una noche muy larga. Estamos al habla.

—¡Pero si es diestro! —gritó cuando su amigo colgó.

En un ataque de rabia e incompreensión, lanzó el teléfono contra el suelo y éste salió disparado por la superficie.

Los clientes del bar se giraron, la camarera lo miró con disgusto.

Maldonado recogió la carcasa del aparato y regresó a la mesa.

Berlanga estaba equivocado.

La noticia le cayó como un jarrón de agua helada en la cabeza.

—Javier...

—¿Qué?

—El bebé.

La responsabilidad pesó sobre él.

Intuyó lo que había sucedido, pero no tenía tiempo para explicárselo a Berlanga, ni para decidir si quedarse allí parado, terminando la cena, o pedir ayuda.

No fue por Laura Serrano, quien merecía el peor de los males por todos los problemas en los que le había metido. Tampoco por el deseo de demostrarle a todo el mundo que la razón estaba de su parte.

Lo hizo la criatura que esa mujer llevaba dentro de ella.

Volcar un poco de justicia para que no se repitiera la historia.

Para él, nadie merecía quedarse a las puertas de este mundo a causa de las malas decisiones de otras personas.

Si actuaba a tiempo, podría salvarle la vida.

A oscuras, bajo el amarillento resplandor de las farolas y en el interior del viejo Volkswagen GTI del detective, Marla peleaba con la palanca de marchas para poner la carrocería en movimiento.

—No, no, así te vas a cargar la caja de cambios —reprochó, viendo como la secretaria insistía en mover el vehículo—. Será mejor que me dejes conducir a mí. Estoy en condiciones de hacerlo.

—Ni hablar, Javier. No es mi culpa que este trasto no responda.

—Responde y muy bien, pero no a todo el mundo... ¡Con delicadeza, muchacha!

En un enésimo intento, la secretaria logró clavar la palanca en el engranaje, pisó el embrague y salió de la zona de aparcamiento.

—¿Ves como no costaba tanto? Ahora, ¿cómo diablos salimos de aquí?

—Hay que bordear el parque hasta subir al otro lado. Después, ya conoces el camino... ¿Estás segura de que sabes conducir?

Marla volteó el rostro y le clavó las pupilas cargadas de odio y desprecio. El impacto de algunas balas dolía menos que una mirada como esa.

La muchacha pisó el acelerador revolucionando el motor, y sintieron una fuerte y vibrante embestida. Conducía con torpeza a causa de la dirección del coche, pero logró hacerse con él pasados unos minutos. Maldonado se mostraba tenso, aturdido por la noticia y expectante por lo que iba a encontrar en la vivienda de Laura Serrano, si el horrible presentimiento se confirmaba.

—¿Crees que estará allí?

El detective llamó al domicilio de la señora y después a su número privado, pero en ambos saltaba el contestador automático.

—Me gustaría equivocarme y decirte que no —dijo él, temeroso—, pero la noticia me ha cogido por sorpresa. Si Braulio ha confesado, significa que esa mujer ha descubierto la infidelidad y la existencia del bebé. Cualquier cosa se le puede pasar por la cabeza en estos momentos. No hay nada peor en esta vida que una persona despechada...

—Vamos, que la va a matar.

—No, si llegamos antes y podemos evitarlo.

—Llama al 112, avisa a la comisaría, pero haz algo para que envíen ayuda.

Maldonado marcó el número de emergencias. La operadora de la central atendió a la llamada y el detective le avanzó lo que estaba a punto de suceder.

—Espere, señor, cálmese un momento y ayúdeme a entender lo que intenta explicarme, ¿está seguro de lo que ha visto?

—No lo he visto, señorita. Todavía no he llegado al lugar, ¿cuántas veces quiere que se lo repita? Soy detective, me pagan por adelantarme.

—¿Dónde se encuentra exactamente?

—¡En Madrid!

—Usted no, la persona a la que van a atacar.

—En el barrio de El Viso. Busque a Laura Serrano en su maravillosa base de datos, la viuda de Fidel Ochoa.

—Perdone, pero, ¿me puede dar una dirección?

Maldonado se quedó en blanco.

—La calle, Marla, ¿cuál era?

La secretaria tampoco la recordaba.

—Señor, ¿está ahí? —preguntó la operadora—. Aparecen más de una veintena de registros con el nombre que me ha dado.

—¡Al carajo! —bramó y colgó—. ¿Qué clase de servicio es ese?

—¿Por qué no has intentado darle más indicaciones?

—¡Esa mujer ni siquiera conoce Madrid! Habría tardado horas en dar con ella.

La tensión se suspendió en el interior de la carrocería, creando una incómoda sensación de distancia entre los dos. Para él era muy fácil perder los nervios, pero Marla no estaba acostumbrada a trabajar de esa manera. El vehículo cruzó la amplia calle de Cea de Bermúdez a toda velocidad, vacía a esas horas de la noche, conectando un semáforo con otro. El detective intentó contactar de nuevo con Berlanga, pero éste rechazó las llamadas hasta que apagó el terminal. Después probó suerte con el número central de la policía, con el de la propia comisaría, pero las voces metálicas de los asistentes desviaban la llamada hasta dejarla en espera. Marla meneó la cabeza con un gesto de estupefacción.

—No sé cómo me has convencido para que acabe contigo en esto...

—Nadie te ha pedido que lo hicieras, Marla. Has sido tú la que te has ofrecido. ¿Acaso crees que me gusta involucrarte en estas cosas?

—Lo sé, lo sé... La culpa es mía por querer ayudarte —dijo y vio cómo el detective estaba a punto de opinar al respecto—. Cállate, Javier, no digas nada, al menos, por unos minutos...

—Sólo diré que lo siento, una vez más. Estamos solos en esto.

—Dime algo que no sepa, detective.

* * *

Aparcaron a escasos metros del muro de cemento y vegetación que protegía la vivienda del exterior. La calle se mostraba tranquila, desierta y fría, con el ambiente residencial de una noche de invierno. A lo lejos, en las segundas plantas de las casas, apreciaron las luces de los dormitorios de los vecinos que se iban a dormir. Todo parecía en orden y eso era lo más tétrico.

—Aquí no hay indicios de que haya venido.

—Mejor, en ese caso.

Bajaron del vehículo, Maldonado sacó el arma y los ojos de la chica se fijaron en ella.

—No cometas ninguna tontería.

—Confía en mí —dijo él, esforzándose para que no se le notara la cojera.

Marla se acercó al timbre, pero él la detuvo y, silenciosamente, le indicó que no lo hiciera—. Vas a tener que ayudarme a saltar.

—¿Estás loco?

—¿Cómo quieres que entremos?

—Por la puerta, como hace la gente normal.

—¿Y crees que nos va a abrir? —cuestionó y estudió la altura—. Venga, ayúdame y yo te daré paso desde dentro.

Impotente, la chica accedió.

Marla colocó las manos para formar un punto de apoyo, Maldonado puso un pie en ellas, se agarró al muro y la secretaria le empujó el trasero. La falta de equilibrio provocó que no aguantara el impulso y el detective dio de bruces contra el suelo del jardín interior, tragando un montón de hierba seca.

—¡Puf!

—¿Estás bien?

—Me siento como una vaca.

Dolorido, se levantó y caminó hacia la puerta. La luz de la cocina estaba apagada. Advirtió el resplandor que llegaba del salón que había al otro lado de la casa. Las puertas laterales estaban cerradas y para acceder por la cocina había que romper el ventanal.

«Demasiado ruidoso. Lo haremos por las buenas».

Buscó el timbre que desbloqueaba la puerta y se oyó una breve descarga eléctrica. Después abrió.

—Tienes césped en la cara —dijo ella y cruzó el umbral bajo las sombras.

La pareja subió los tres peldaños de la escalera que llevaba a la vivienda y se paró frente a la puerta de madera blanca.

—Cuando abra, si lo hace, es probable que reaccione mal —explicó él, recuperando el aliento—. Quédate atrás y espera a la ocasión para sorprenderla. Entonces, sujétala y llévala a la cocina hasta que se tranquilice, ¿entendido? Hay que sacarla de aquí cuanto antes, pero no la meteremos en el coche sin que entre en razón. Recuerda, está embarazada y no le conviene sufrir más estrés.

—Siento que estoy a punto de hacer algo malo.

Él le regaló una mueca para apaciguar sus nervios.

—Todavía no has matado a nadie. Todo irá bien, Marla... Hemos llegado antes de hora y esa es una buena señal. Ahora, apártate.

La secretaria se echó a un lado. Maldonado buscó el timbre.

La puerta carecía de mirilla, por lo que abrir a esas horas y en las condiciones en las que se encontraba, era un ejercicio de cara o cruz, pero con una baja posibilidad de acierto.

Antes de pulsar el botón, dio un último vistazo a las viviendas contiguas y tocó varias veces hasta que sintió los pasos que se acercaban a él.

Para sorpresa de ambos, la mujer liberó el cerrojo con naturalidad y abrió la puerta.

—¿Braulio? —preguntó, antes de que la claridad le permitiera ver el rostro del detective—. ¡Usted!

La expresión de calma se convirtió en horror.

En un acto reflejo, Laura Serrano intentó empujar la puerta para dejarlo fuera, pero Maldonado ya tenía un pie dentro. Marla saltó sobre ella, evitando que se cerrara.

Se oyó un grito de desesperación cuando la pareja irrumpió en el interior.

—¡Señora! ¡Cálmese! No vamos a hacerle nada.

—¡Socorro! —gritó, retrocediendo por el pasillo.

Marla se acercó a ella para sosegarla, pero la mujer le respondió con un bofetón en la cara. El

inesperado golpe fue tan certero que desplazó a la chica contra la pared. Aturdida pero estable, la secretaria le propinó un derechazo que volteó la cara de la mujer, dejándola sin defensa.

Maldonado presencié el ataque atónito.

—No me enfade, señora Serrano —dijo ella.

—Voy a llamar a la policía —respondió entre lágrimas, tocándose la nariz para comprobar si tenía sangre—. ¡No pueden estar en mi casa!

—Venimos a llevarla a un lugar seguro —dijo él, caminando hacia la cocina—. Su amante la ha traicionado y es evidente que no sabe nada al respecto. La mujer contra la que testificó viene a por usted.

La bolsita de la infusión manchó el agua de la taza.

Dos golpes, al estilo inglés y Laura Serrano se deshizo de ella.

Se sentó en un taburete de la cocina, abrió el bote de pastillas, sacó una píldora y se la echó en la boca. Bajo la mirada atenta de la pareja, tragó.

—Tengo prescripción médica —aseguró, justificándose.

—No debería tomarlas en su estado —añadió Marla.

Maldonado sacó el teléfono y marcó el número de Berlanga. El contestador saltó de nuevo, pero esta vez dejó que la llamada se quedara activa y ocultó el dispositivo en el bolsillo interior del abrigo.

—Un trago le sentaría mejor —comentó, regresando a la conversación y se dirigió a la secretaria—. Vuelve a llamar a la comisaría. Quizá ahora tengamos más suerte.

Marla, que hasta el momento custodiaba la puerta de la habitación, se giró y caminó hacia el pasillo, dejándolos solos.

El detective observó a Laura Serrano y sintió una ligera pena por ella. La misma que se siente ante un perro abandonado a la suerte. La viuda tenía la cara hinchada y empapada de lágrimas. La noticia la había destrozado psicológicamente.

—No puede ser cierto, Braulio es inocente, él...

—Si sigue con esa farsa, terminará creyéndose sus propias mentiras. Cuanto antes lo acepte, antes...

Los ojos fríos de la mujer se clavaron en la cara del detective.

—Tráguese sus sucias palabras, pedazo de imbécil. Usted no entiende nada.

—Señora, le estoy haciendo un favor —dijo, carraspeó y se mecía el pelo, esperando a que la pastilla hiciera efecto y a que esa mujer bajara la guardia para poder sacarla de allí—. Si por mí fuera...

—Le voy a denunciar.

Él se rio.

—Conoce muy bien lo que es eso.

La mujer levantó el vaso de agua hirviendo para lanzárselo a la cabeza, pero Marla apareció por la puerta y, más rápida que Serrano, la sujetó por el brazo y la miró para que se detuviera.

—Un coche patrulla viene hacia aquí.

—Gracias, Marla.

—Es usted un cretino.

Él entornó los párpados, se apoyó en la superficie y posó su cara en la mano.

—No sé cómo no me cuestioné antes su relación con ese hombre. Lo vi claro en nuestro primer contacto, pero lo olvidé más tarde. Será que he vuelto a creer en el amor... ¿Desde cuándo sabía que esa mujer había salido de prisión?

Ella negó con la cabeza dos veces.

No tuvo valor para una tercera vez.

Se armó de coraje para hablar, llenando los pulmones y terminó respondiendo con un sollozo.

—Me forzaron a hacerlo, yo no quería declarar contra ella... Fidel me dijo que no pasaría nada, que apenas serían unos meses, un malentendido, y que Magdalena saldría de la cárcel. Él prometió pagarle una buena indemnización por lo ocurrido.

—¿Qué opinó ella respecto al plan?

—Se negó, pero a Fidel no le importó —explicó, limpiándose las lágrimas con la mano—. Tenía que elegir. Cobrar el seguro o perderlo todo. No era un mal plan, si no fuera porque alguien tenía que pagar por ello... Todo se torció en cuanto Romero se enteró de los planes de mi marido.

—No hacía falta ser un adivino para ello.

—Ese miserable siempre estuvo detrás de Fidel, con tal de amargarle la existencia... Así que llegaron a un acuerdo. Fidel le daba parte de lo que recibiría por el seguro a cambio de un falso testimonio y el soborno de la defensa.

—Aceptó.

—Y tanto que lo hizo. Él fue quien compró al jurado. Hasta se tomó la molestia de buscarle un abogado a esa chica... Era demasiado perfecto como para ser verdad... Me dijeron que mi nombre no figuraría en ninguna parte y que, al no estar casados, no me tendría que preocupar.

—Declaró en un juicio. ¿Qué esperaba?

—Fui una ignorante, ¿vale? —preguntó, arrepentida—. Me lo creía todo... La boda no tardó en llegar y pensé que solucionaría mis miedos. Estaba tan equivocada... Desde entonces, no he vuelto a ser la misma, nuestra relación se marchitó y no he logrado conciliar el sueño pensando en las barbaridades y el calvario que ha sufrido esa mujer. La abandonaron por completo, destrozándole la vida.

—Para vivir en un infierno, ha callado durante tres años, sin buscar ayuda, sin denunciar que fue partícipe de un complot. No me extraña que ahora necesite esa medicación para soportarse cada mañana... Su conciencia debe de ser una olla a presión.

—¿Y qué iba a hacer? —cuestionó con desprecio—. Me casé con el hombre equivocado. Si iba contra él, lo perdería todo.

—Todos cometemos errores, pero eso no nos convierte en personas nobles.

—¿Qué insinúa?

—Braulio era el compañero de Magdalena por aquel entonces, ¿lo sabía?

Serrano dejó de llorar. Escuchar su nombre le cambió el carácter.

—Sí.

—¿Y se quedó de brazos cruzados?

—Lo convencí para que guardara silencio —confesó, humillada—. Sé que no estuvo bien y que no debí meterme donde no me llamaban, pero al comprender que mi esposo no haría nada al respecto, le juré que le ayudaría a que esa mujer saliera lo antes posible.

—¿Por qué actuó así?

—Se lo debía, se lo debíamos todos...

—¿Mantenían una relación?

—Todavía no. Le pagué el abogado a cambio de silencio, de no acudir a la prensa, de no llamar la atención. Además, su situación irregular lo desacreditaría. Enfrentarse a mi marido y a Romero, no era la mejor de las ideas... Lo habrían desplumado.

—Ahí comenzó su idilio, entre los vestuarios con olor a estiércol y los graneros de la finca — comentó él—. Encontró en ese pobre hombre, arrastrado por la desgracia, un lugar en el que cobijarse y olvidar la infame existencia con la que cargaba.

—¡Él no sentía nada por ella, miserable!

«Miserable es aprovecharse de la situación de otra persona».

—¿También se lo juró?

—Braulio es un buen hombre, no como usted.

«Y lo tenías bien enseñado».

—En fin, usted sabrá con lo que lidia... —comentó y dio un vistazo a la calle por el ventanal de la cocina, asegurándose de que todo seguía en orden—. Por lo pronto, mientras se alegraba de su embarazo, Braulio ayudó a su compañera a salir para orquestar un retorcido plan de venganza que ejecutaría más tarde. El caballo, su marido, Romero... Por supuesto, usted estaba al corriente y no iba a frenarla. Esa mujer le ha hecho un favor, rompiendo los grilletes que la ataban a su infeliz vida.

—Se lo suplico, no siga...

—¿Tampoco le dijo qué haría con el dinero? —preguntó, viendo cómo Serrano se desplomaba sobre sus brazos—. ¿O llegaron a un acuerdo? Seguro que Braulio le prometió que le contaría lo vuestro.

—¡Por favor, cállese!

—Mire, si quiere ayudar a ese hombre, tendrá que explicarle toda la verdad a la policía. Paso a paso, desde el juicio hasta su romance... No libraré a Braulio de las rejas, pero mejor un padre libre que en la cárcel, ¿no cree?

La mujer se acarició el vientre.

—Es un charlatán. Me agota con su verborrea, Maldonado.

—Me pagan por ello. Le dije que resolvería esto, le gustara o no.

—Ha montado este espectáculo para engañarme, convenciéndome de que esa desgraciada vendría a mi casa para hacerme daño, cuando la verdad es que sólo quería escuchar en voz alta lo que ha estado persiguiendo todo este tiempo... ¿Está contento?

—No, señora. Sigo pensando que está en peligro.

—Pamplinas... —dijo, devastada, con los ojos enrojecidos y las pupilas más dilatadas. Maldonado percibió que la pastilla comenzaba a hacer efecto en su organismo—. Estoy harta, cansada de esto, no lo aguanto más. Lléveme adonde quiera.

—Me tiene que prometer una última cosa.

—Lo que sea...

—No más juegos.

—No sé de qué habla.

—¿Prefiere que la deje aquí?

—¿Cambiará algo? La policía está de camino.

Maldonado se retiró hacia el pasillo, sacó el teléfono del bolsillo y comprobó que la llamada seguía activa. Colgó y se dirigió a la secretaria.

—Iré a arrancar el coche.

Ella asintió y se acercó a la mujer para sujetarla por los brazos.

—Ayúdala a salir. Os esperaré fuera.

Antes de dar media vuelta y abandonar la casa, notó un brillo extraño en los ojos de ambas mujeres. El rostro de Serrano parecía enajenado por los efectos del calmante, pero la expresión

de Marla lo alertó del peligro.

Por desgracia, lo hizo demasiado tarde.

El tacto de la goma sobre la baldosa.

El sonido de una pisada en un suelo recién fregado.

Una mirada oscura como el terror.

Antes de que se diera cuenta, la sombra que lo acechaba, estaba detrás de él.

Maldonado reaccionó ágil, buscando el arma en su cintura, pero la hoja afilada del machete le advirtió de que no lograría desenfundar a tiempo. Los ojos felinos de aquella mujer se abalanzaron contra él, dispuestos a comérselo.

El cabello trenzado no pasó desapercibido para él.

Se defendió con el brazo, intentando evitar el golpe, pero recibió un corte en la mano derecha que lo envió directo al suelo.

—¡Cuidado, Javier! —gritó Marla.

La asesina intentó propinarle una segunda estocada.

—Al final, tenía razón, detective... —balbuceó Serrano, fuera de sus cabales.

Desde el suelo, Maldonado le propinó a la mujer una patada en la rodilla que le hizo perder el equilibrio.

—¡Llévatela, Marla!

La secretaria agarró con todas sus fuerzas a Laura Serrano y la sacó de la cocina, arrastrándola por el pasillo para alcanzar las escaleras.

Sintió náuseas, pero también dolor y un fuerte deseo de acabar con ella. La mujer lo observó, sin desviar la atención de las otras dos, y decidió acabar con el detective antes de acechar a Serrano.

—No te vas a escapar, desgraciada —dijo, poniéndose de rodillas.

Ella insistió y le atacó de nuevo, pero Maldonado esquivó el navajazo y le dobló la mano hasta que el cuchillo terminó en el suelo. No tenía escapatoria. Podía sentir su aliento en el cuello y la respiración agitada de una presa indefensa. La mujer le mordió el cartílago de la oreja con saña y se desprendió de él. El detective la soltó, bramando como una fiera, y recibió un cabezazo en la cara, dejándolo casi sin sentido.

Antes de que se marchara, sacó fuerzas de sus adentros, agarró el arma con las dos manos y disparó a ciegas, reventando un jarrón y llenando el pasillo de olor a pólvora quemada.

«Carajo, cómo duele...»

Oyó el portazo procedente del exterior. La había perdido de vista y temió que hubiera alcanzado el piso superior.

—¡Marla! ¿Estáis bien?

—¡Sí! ¿Qué ha sido esa explosión?

Los latidos del corazón le abrían el pecho. Suspiró profundamente, recuperó la claridad mental y dedujo que la asesina había optado por darse a la fuga.

«No puedes esperar a que lleguen...»

Entró en la cocina, agarró un paño y, con valentía, apretó un nudo sobre la mano herida para cortar la hemorragia. El dolor se pronunció hasta el punto de noquearlo. Vio el bote de pastillas, se metió una píldora en la boca y dio un trago a la infusión.

«Espero que no sea demasiado fuerte».

Rabioso, salió de la casa y se dirigió al coche.

Abrió la puerta y arrancó el motor.

La furgoneta blanca de reparto se perdía en el cruce.

Reconoció el vehículo al instante y el detalle lo sobrecogió.

Era la misma furgoneta que se había cruzado con él en la mañana del hipódromo.

Se preguntó si, de haber chocado ese día, ahora se encontraría persiguiéndola en la noche.

«En ocasiones, el destino puede ser muy caprichoso».

Maldonado apretó el embrague, puso la primera marcha sin fisuras ni roces y pisó el acelerador a fondo.

Los faros traseros de la furgoneta dejaban una estela de brillo por su paso en la oscuridad, a medida que se alejaban de él. El manto de luces del paseo de la Castellana lo abrazó. La fuerte iluminación del estadio Santiago Bernabéu a un lateral de la carretera, le indicó la salida. La adrenalina le impidió pensar en el pasado, en el fútbol, en su Atleti y en todas las derrotas que había sufrido en aquel estadio. Ni siquiera reflexionó sobre lo que estaba haciendo.

Dejarla marchar o terminar con todo aquel asunto.

Lo tuvo claro desde el primer momento, a pesar de que la criatura estaba a salvo, de que tenía las pruebas para que Berlanga y Ladrado concluyeran su investigación. Lo necesitaba para él. Tenía que cerrar aquel asunto por su cuenta, demostrándose que, aunque ya no estuviera el Cuerpo, seguía siendo el mismo.

Pero aquella vez sería diferente. No habría errores. No se dejaría llevar por los impulsos.

Esa noche repararía lo que había roto tiempo atrás.

Una carrera nocturna, una persecución peligrosa.

Pisó el acelerador con el semáforo en verde y se adentró en una carretera de seis carriles en sendos sentidos. Una pista de asfalto ausente de humo contaminante y de vida, a excepción de algunos taxis que rondaban despacio, sin demasiada esperanza por encontrar clientes a esas horas.

En el horizonte, por encima de la seca arboleda y de las azoteas de los edificios de viviendas, divisó la inclinación de las enormes torres de la plaza de Castilla, marcándole el más allá.

Maldonado sujetaba con la mano izquierda el volante y apoyaba la diestra, herida, con el paño de tela manchado de sangre, sobre la palanca de cambios, sin ejercer demasiada presión. Revolucionó el motor, haciéndolo rugir con rabia, hasta que metió la cuarta marcha y sintió la vibración de los engranajes en la tapicería del vehículo. La furgoneta de reparto no se detuvo ante el siguiente semáforo ya en rojo, y el detective clamó a la suerte y se lo saltó segundos después. Las distancias se recortaban poco a poco. Los ciento diecisiete caballos del viejo Golf negro sobrepasaban con creces a la furgoneta en la recta. Esa mujer no parecía tener planes de detenerse, pensó y temió por el final del trayecto.

Si no aminoraban la velocidad pronto, ninguno de los dos lograría entrar en el túnel con éxito, ni cruzar la plaza de Castilla sin perder el control o dar de bruces contra el monumento que la ocupaba.

Atravesó la glorieta de Cuzco, con el corazón a punto de estallar y metió la quinta marcha, sobrepasando los noventa kilómetros por hora en un área con limitación de cincuenta. Sintió los faros de su vehículo acariciando la parte trasera del furgón y el desagradable ruido de las sirenas de un coche patrulla de policía que apareció de la nada.

«¿Compañía? Estupendo, cuantos más, mejor...»

En otra situación, no habría tenido reparos en detenerse. No obstante, si lo hacía, dejaría marchar al otro vehículo.

La mujer zarandeó el coche para embestirlo y luego dio una pequeña frenada, con el fin de asustarlo.

Maldonado esquivó la maniobra con éxito, separándose a tiempo y acercándose aún más.

El zeta se aproximaba a Maldonado a gran velocidad. Tocó el claxon para que se detuviera, pero él continuó acechando al furgón.

En un descuido, ella reaccionó con un segundo viraje para desestabilizar a los otros dos coches, metiéndose en su camino, confundiendo a los conductores.

El detective la volvió a evitar, reduciendo la velocidad y acrecentando la distancia.

Uno.

Dos.

No te detengas por nada.

Un disparo a tiempo, una diana.

Reventar un neumático para que el vehículo perdiera el control. Eso terminaría con todo, pensó, pero lo metería un grave problema.

Sopesó la ejecución.

El temblor de la mano, a causa de la herida, le impedía decidir con claridad, haciéndole desconfiar de su propia destreza. No lo iba a lograr así, en ese estado, pero se aproximaba a la entrada al túnel. No disponía de demasiado tiempo para decidir.

A esas alturas, intuyó que la policía ya habría obstruido las salidas y, una vez adentrados en el subterráneo, cualquier decisión sería errática.

Bajó la ventanilla para respirar el aire helado de la noche, contaminado por los gases, y así rebajar la temperatura de su cuerpo. Le ardía la cabeza, le estallaba el corazón y sentía un fuerte ardor en el estómago que se esparcía por las extremidades.

A lo lejos, divisó la señal que indicaba la salida hacia Burgos.

La sirena del zeta zumbaba con más y más fuerza, y el resplandor de la luz azul alcanzaba la ventanilla de la puerta del detective.

«Detente, muchacha, o vas a perder la vida», pensó, alertando el desastroso final que la persecución tenía para todos.

La fracción de tiempo se transformó en una larga pausa de reflexión. Maldonado abrió los ojos, atento a la boca del túnel que se metía hacia el averno de asfalto. Muros de cemento y curvas cerradas. Visualizó el trágico desenlace y pensó que aún era pronto para morir.

Continuar o quedarse atrás.

Detenerse y salvar las vidas de los agentes.

Todo dependía de él, más que de la policía.

Decidir por ellos o dejarse llevar por el orgullo.

Le costó tragar la espesa saliva.

Miró por el retrovisor al coche que tenía detrás y después al furgón.

En un arranque de espiritualidad, lanzó un pensamiento al cielo.

Pensó en ella, en cómo la vida nos ponía a todos en nuestro sitio cuando las malas decisiones se convertían en un hábito y no en una situación excepcional. Magdalena Jiménez había sido víctima de Romero y Ochoa, pero también verdugo, y quizá esto fue lo que peor supo llevar.

Ahora era tarde y su futuro corría a toda velocidad sobre una tela de asfalto. Maldonado se preguntó qué pensaría en esos momentos, al volante, concentrada en dar esquinazo a los hombres que la perseguían, confiada en que más pronto que tarde todo habría terminado y, al final, disfrutaría de su libertad y de los días de calma.

Pero lo cierto fue que él nunca lo sabría.

Lo viera o no, se dijo, por mucho que intentara deshacerse de las manos del destino, no podía escapar de ellas. Las había tentado demasiado, abriendo una compleja reacción en cadena que ahora regresaba destructiva, con fuerza, contra sí misma, como un bumerán.

Uno.

Dos.

Ahora.

La mano herida dejó la palanca de cambios y retrocedió hasta el freno de mano. El dolor del corte no logró detenerlo. Los faros traseros del furgón se perdieron. Maldonado levantó el pie del acelerador, pisó el pedal de freno y luego tiró del de emergencia, derrapando sobre la carretera, hasta cruzar el carril contiguo. Cerró los ojos, apretó la mandíbula y sintió la vibración de la carrocería y el rechinar de sus dientes. Pensó que no lo lograría.

El coche patrulla lo pasó por el lado como un proyectil y frenó en seco poco antes de entrar en el túnel.

Maldonado suspiró, tembloroso por la adrenalina, y pensó en desaparecer de allí, cuando sintió un estrépito seco y metálico que lo obligó a mirar hacia el final del paseo.

La calma regresó a la noche.

Se quitó el cinturón, bajó del coche en plena vía y divisó la cortina de humo que salía del interior del túnel. El vehículo de la policía se había detenido a escasos metros de la entrada.

Los agentes corrían a socorrer a la mujer.

—Un triste final —murmuró, extenuado por la fatídica carrera y buscó la cajetilla de cigarros en el interior de su Barbour.

Agarró un *light*, se lo puso en los labios y lo prendió.

La primera bocanada no logró quitarle la jaqueca que llevaba encima desde hacía horas, pero lo relajó.

Las sirenas de dos coches patrulla se aproximaron a él en cuestión de segundos. El resplandor azul alumbró su rostro de soslayo.

Los agentes bajaron del vehículo, ordenando que se detuviera.

Pegó la segunda calada, exhaló el humo y dejó caer el cigarrillo al suelo, ignorando las voces, concentrado en su propia música y pensando en esa pobre mujer.

No la juzgó por lo que había hecho. Era consciente de que tenía sus motivos y que la venganza era tan humana como el perdón.

Sin embargo, toda acción tiene su consecuencia.

Antes de que los agentes lo redujeran, deseó que su marcha, allá donde la vida se fundía con las estrellas, le fuera leve.

Viernes.**Día 5.**

Un destello fugaz.

Luces, sirenas y el caos de una ambulancia que no logró llegar a tiempo.

Él temía que lo olvidaran y, sin embargo, otros sólo deseaban desaparecer.

El resplandor apenas cruzaba los barrotes del oscuro calabozo de la comisaría. Los había visto tantas veces por fuera, que jamás pensó que llegaría a ponerse tras ellos.

Avisó para que llamaran a su secretaria, pues Berlanga no tendría ganas de verlo merodeando por allí tan pronto. Se sintió devastado por el trágico final de esa mujer. Necesitaría un milagro para contarlo. El estado del vehículo, aplastado como un acordeón, no le dio demasiadas esperanzas.

Allí dentro, el tiempo pasaba sin que se diera cuenta. Sin un reloj en el que contar los segundos, la oscuridad, el vacío del silencio y la soledad de uno mismo estiraban el tiempo como goma de mascar. Pensó que habrían transcurrido unas cuantas horas desde su detención, que ya sería de día, que el sol alumbraría las calles mientras él se alimentaba de sombras y que nadie estaría de humor en aquella comisaría cuando lo sacaran de allí. No le preocupaba lo que pasara después, tan sólo quería marcharse antes de que los demonios de su cabeza se la picotearan como buitres hambrientos.

Entonces oyó un ruido.

No alcanzó a ver de quién eran los pasos que se dirigieron hacia el agujero, hasta que vio la silueta de un agente que se personificó ante él.

El policía uniformado lo miró con desagrado y abrió la celda.

—Maldonado, sal.

Sorprendido, se puso en pie y abandonó el habitáculo para cruzar el pasillo. Se limitó a callar, a guardarse las preguntas y dejarlas para otra ocasión, a permitir que la inercia del momento lo arrastrara hacia lo que estuviera por llegar.

Estaba acabado.

—Tienes suerte, pero un día te las cobrarán todas juntas —comentó el hombre, receloso, entregándole los objetos personales. Cuando echó mano de la funda de la pistola, el agente se resistió a dársela.

—Tú lo has dicho —dijo y tiró el arma hacia él—. Un día.

Recogió las pertenencias en una taquilla, firmó los documentos que le permitían salir de aquella ciénaga y, bajo la mirada atenta del policía que supervisaba la zona, se marchó con la facha seria y el cuerpo agotado por el hastío que transmitían aquellas paredes.

A la salida, la secretaria lo esperaba ansiosa, expectante por ver su rostro de una sola pieza.

—¡Javier! —exclamó, abrazándolo con fuerza—. Me temí lo peor...

—¿Has sido tú? —preguntó, levantando la ceja derecha. Ella asintió. Entendió que los cheques por cobrar habían llegado a su fin—. Gracias.

«Otro mes comiendo macarrones».

La secretaria lo agarró del brazo para que se apoyara en ella, haciéndolo sentir como el galán que no era, como un John Wayne desamparado, debilucho y de imitación.

Por su paso se cruzó con viejos compañeros que ya no evitaban su mirada, sino que lo juzgaban como si nunca hubiese pertenecido a ese lugar. Pero le importó un bledo.

Se rio en sus adentros.

No concibió una salida más triunfal que aquella.

Alcanzando la puerta de la entrada, la pareja advirtió el bullicio de la calle que se agolpaba en las inmediaciones de la comisaría. Desconcertados, no entendieron qué ocurría. Cuando procedieron a salir, se la encontraron de frente.

Los reporteros instigaban con preguntas a Laura Serrano, que iba acompañada de dos agentes y de una señora trajeada, de quien sospechó el detective que sería la abogada.

En la línea que separaba el exterior de la comisaría, sus ojos chocaron provocando un chispazo intenso y visceral, como el del primer encuentro. Un cruce de miradas con sabor a fracaso para ambos y con el regusto de un adiós permanente.

—¿Pido un taxi? —preguntó Marla, preocupada por el aspecto ojeroso y desaliñado del detective.

«Ni siquiera sé si nos lo podemos permitir».

—No. Demos un paseo. Me vendrá bien un poco de aire fresco —dijo, restándole importancia a lo ocurrido.

En silencio, subieron hasta la plaza de Santo Domingo y, bajo la insistencia de ella, entraron en el Oskar a desayunar.

Maldonado pidió una taza de chocolate caliente y unos churros para mojar en éste. No se consideraba un aficionado del dulce, pero sintió el antojo de la grasa en su aparato digestivo.

Los churros significaban patria, una dosis de nostalgia, el cajón de la infancia a los que recurría cuando todo estaba perdido, cuando ya no quedaba esperanza. Agarró uno alargado, sumergió el extremo en la taza y lo mordió con placer. Un bocado y el detective se convertía en el niño que fue alguna vez, olvidando el presente por unos segundos.

Miró al extremo de la barra y le solicitó a Marla que le acercara uno de los periódicos. Se limpió las manos con una servilleta de papel, para no manchar el diario de aceite y pasó las páginas hasta la sección de sucesos. Una noticia breve informaba sobre la persecución de la noche anterior y la trágica muerte de Magdalena Jiménez, que había fallecido al instante tras destrozarse su coche contra uno de los muros del túnel.

«Lo temía».

El nombre de Laura Serrano aparecía entre los párrafos, pero no encontró el suyo por ninguna parte.

«Basta con perseguir algo con devoción para que nunca llegue».

Alicaído, terminó el vistazo fijándose en otro breve, arrinconado en una esquina de la última página.

«La policía detiene a siete hombres en una redada de apuestas ilegales en el barrio de Prosperidad».

La cara de Enrique Suárez le vino a la mente.

Azar a primera vista, que rara vez llegaba de rebote.

Pero, estuviera implicado o no, ya no formaba parte de sus asuntos.

Había tenido suficiente.

Suárez también se había abrazado bien fuerte a los desmanes del destino. Tarde o temprano, pagaría por ello.

Cerró el periódico, agarró el churro que había dejado a medias y le pegó un bocado. Después se dirigió a ella.

—¿Y mi coche?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Más o menos —dijo. Marla tensó la expresión—. ¿Cuántas veces tengo que darte las gracias y disculparme a la vez?

—Las que sean necesarias. Estoy muy enfadada contigo.

Él sonrió.

—Alégrate, mujer. Has cerrado tu primer caso.

* * *

El desayuno lo revitalizó, dándole un impulso de energía.

Pagó la cuenta con el poco dinero que le quedaba y caminaron con calma hacia la Gran Vía para ir a la oficina. Esperando a que el semáforo les permitiera cruzar el paso de cebra, Maldonado sintió la presencia de un hombre que se acercó a él.

Reconoció esa gabardina al instante.

—El albur de la mañana —le dijo a Marla, bajo la supervisión de Berlanga.

—Me sorprende que aún puedas caminar, Maldonado —contestó el inspector, recto e impoluto, como de costumbre.

Leyó su lenguaje corporal y le extrañó que estuviera más relajado de lo habitual.

No entendió nada, pero tampoco se molestó en encontrar una explicación.

La luz cambió de color. La pareja cruzó y el policía los acompañó, hasta que el detective se detuvo al otro lado de la calzada.

—¿Puedo invitarte a un café?

Marla lo soltó del brazo.

—Hoy no tengo el día para sermones, Berlanga. Quiero estar a solas.

El inspector miró a la secretaria.

—¿Me lo puedo llevar unos minutos?

—Por supuesto, inspector —dijo Marla, asintiendo con la cabeza—. Estaré en el despacho, Javier.

—¿Esto qué es? —le preguntó irritado a la secretaria.

Ella se despidió, continuó su camino hacia la esquina y entró en el portal del edificio. Maldonado, a regañadientes, encaró a su excompañero.

Los viandantes pasaban alrededor de los dos, en ambas direcciones. El tráfico de la mañana se condensaba en el corazón de la ciudad, al ritmo del rugido de las motocicletas y de las estresantes bocinas de los coches.

Berlanga metió la mano en el amplio bolsillo de la gabardina y sacó la billetera de piel de cocodrilo para entregársela.

—¿La habías perdido?

Maldonado, desconfiado, le arrebató la cartera, comprobó que las tarjetas y los documentos estaban en el interior y la guardó en su abrigo.

—Fue un robo, ya lo sabes.

—¿Puedo invitarte a un café?

—¿Tengo elección? —preguntó. Berlanga negó con la cabeza—. A estas horas, será mejor que me invites a un carajillo.

Encontraron su lugar en la barra del Padrao, rodeados de los policías que trabajaban en las diferentes comisarías del distrito Centro y de los funcionarios de los ministerios que ocupaban los alrededores. Como hombre de costumbres que era, Berlanga no renunció a su bocadillo de lacón y al enésimo cortado de la mañana.

Allí dentro, saciado por la grasa de los churros y dado que ya habían pasado las diez horas en el reloj, Maldonado se decantó por un café con un chorro de licor. La conversación banal, llena de pausas tensas y silenciosas, derivó a un abismo de confrontación.

—¿Tú también quieres una disculpa? —preguntó, cansado de tanto misterio—. No me arrepiento de lo que hice. Fue lo correcto. Esa mujer estaba en peligro y no ibais a llegar a tiempo.

—¿Cuántas horas más hay que encerrarte para quitarte la insolencia?

Maldonado musitó algo ininteligible.

—Más que encerrarme, tendríais que enterrarme.

Berlanga dio un sorbo a la taza de café.

—Ledrado estaba en lo cierto.

—No menciones a ese listillo...

—Tenías razón —dijo y la mirada del detective se llenó de brillo—. Esta vez, reconozco mi error. No te escuché, no quise hacerlo. Tus métodos no son los más éticos y nunca he tenido la desfachatez suficiente como para saltarme ciertos protocolos. De ahí, que todo lo que nos contaste fuera considerado, aunque tampoco podíamos llegar sin un orden y detener a este tipo.

Sin embargo, la sentencia del juicio de Ochoa fue el detonante para que ese hombre, Braulio, lo confesara todo.

—Él se declaró culpable y autor de los crímenes.

—Estaba acojonado —explicó—. Eso le ocurre por jugar con fuego... El triángulo amoroso le pasó factura, le había sido infiel a esa mujer y tenía una prueba difícil de ocultar.

—Menudo idiota.

—Fue Serrano —aclaró Berlanga—. Ella fue quien se lo contó.

—¿Así que estuvieron en contacto?

El inspector lo miró sorprendido.

—Ya veo. No te contó nada.

—Al revés, pero todo lo que me dijo era mentira.

—La noche de tu sacudida, Laura Serrano acudió al club, después del encuentro con Romero, para negociar con Braulio y con Magdalena. Era parte del trato. Ella le ayudaba cuando estaba dentro, a cambio de quitarle de encima a Ochoa. Una vez muerto el marido, Serrano pensó que Romero le podría ser de utilidad. El empresario tenía contactos y estaba dispuesto a pagar lo que

pidiera, si lo dejaban tranquilo. Magdalena Jiménez se negó, Braulio intentó convencerla y Serrano le soltó la sorpresa.

—Que estaba embarazada.

Berlanga apretó los labios y asintió con la cabeza.

—En ningún momento, esa mujer tenía intenciones de hacerle daño a Laura Serrano. Entendía sus motivos y apreciaba la ayuda económica cuando estaba en la cárcel.

—Por eso se negaba a creer que iría a por ella... ¿Qué pasó después?

—Tras una fuerte discusión y varias amenazas de muerte por parte de la mujer, Braulio y Serrano se marcharon. Esa noche, Jiménez mató a Romero.

—¿Y mi billetera?

—Caíste en la trampa como un ratón hambriento —dijo, sin intención de ofenderlo—. Serrano te envió a la finca de Romero porque conocía el paradero del arma homicida, pero él nunca estaba allí. Cuando te reconocieron, pensaron en la manera de quitarte de en medio. Eras una molestia.

—Me pagan por serlo —contestó y encogió el rostro—. Maldita sea, qué ingenuo he sido...

—No seas tan duro contigo. Reconozco que este asunto nos ha llevado a todos de cabeza...

—¿Bromeas? Ahora tengo mis dudas sobre quién ha utilizado a quién —respondió el expolicía, todavía fascinado por el transcurso de los hechos—. Laura Serrano es una profesional del engaño.

—Todos miramos por nuestro porvenir... Tengo una duda, Javier.

—Adelante.

—¿Por qué seguiste a esa mujer? —cuestionó, intrigado—. Fue una insensatez por tu parte, por todo lo que acarreaba. Podrías haber terminado como ella, en todos los sentidos.

El detective sopesó la respuesta unos segundos.

Eran tantas las razones, que no supo por dónde empezar.

—Pero no lo hice. Recapacité a tiempo... y aquí estoy. Al final del día, es lo que cuenta.

Berlanga hizo un gesto de asombro. Maldonado conocía esa expresión muda. Era la forma que tenía para mostrar su desacuerdo.

—Te observé en la oficina cuando estabas con nosotros —explicó, pensativo—. Por un momento, vi al inspector con el que había pasado tantos años... Lúcido, cabal y apasionado... Después me di cuenta de que, como tú, había caído en el anhelo, en la nostalgia del pasado. No debí dejarte pasar.

«Pero lo hiciste, amigo... Lo hiciste».

—Exageras, Berlanga... Hablas como si te hubieras acostado con un primer amor, después de muchos años.

—He reflexionado durante las últimas horas, ¿sabes? Sobre el Cuerpo, el trabajo y la eficiencia de nuestro departamento.

—Sé que me echas de menos, pero no te pongas sentimental ahora.

—Estoy pensando en dejarlo.

No fue lo que Maldonado esperaba oír. Sin él allí dentro, su carrera se volvería más aburrida.

—¿Qué disparate es ese? —cuestionó sorprendido—. ¿Y qué vas a hacer? Mira, no te envidio, pero estás en una buena situación laboral. No todos tenemos esa suerte.

—A eso me refiero. Creo que es hora de dar paso a los que vienen por detrás. Tú lo has dicho, es un privilegio para quien lo merece. El mayor error de las personas es el de aferrarse a su propio feudo... Es el primer paso para corromperte, para proteger lo que crees que es tuyo y

perder la perspectiva... No soy tan eficiente como antes. Tengo experiencia, pero mi cabeza ya no funciona igual. Ladrado necesita a alguien que esté a la altura de las situaciones.

—Hazme caso, no lo dejes. Cuida por ti, pero también por los tuyos.

—No es un tema que voy a discutir contigo.

Maldonado comprendió sus palabras. A pesar de sus miedos, su ausencia no había hecho más que pronunciar la presión en los despachos de la comisaría. Conocía al hombre que tenía al lado. Habían pasado un sinfín de horas juntos entre las paredes de aquel edificio. Era un buen policía y un formidable inspector, pero la falta de un compañero al que consideraba como un hermano, comenzaba a minarle la autoestima. El detective entendió que lo que su amigo necesitaba, era una fuerte dosis de apoyo moral.

—Si dejas a ese mentecato al mando, esta ciudad se volverá todavía más complicada. No lo hagas.

—¿Por qué dices eso?

—Mírame a mí, ¿no te sirvo de ejemplo?

—Pero, tú...

—Yo, ¿qué?

—Eres diferente. Si por ti fuera, aún seguirías ahí dentro. Era tu vida.

«Pero ya no lo es».

—Ese es mi problema, no el tuyo. De nada sirve lamerse las heridas.

—Lo dices como si ya no te importara... Por el contrario, tengo la sensación de que, desde que te fuiste, sientes la necesidad de demostrar algo a ti mismo y a los demás.

«Y no te equivocas, no del todo».

—Antes tenía miedo a que me olvidarais, pero he comprendido que es más importante seguir vivo, aunque desaparezca de vuestra vista.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No lo sé. Supongo que esa chica. Su deseo por rendir cuentas terminó con ella. Este mundo no es justo y nadie nos pidió permiso para estar aquí. Sólo nos queda sobrevivir... En ocasiones, es más fácil aceptar los hechos, recurrir al perdón y seguir con nuestras vidas, ¿no te parece?

Berlanga dio un largo suspiro.

—No sé si tengo una respuesta para eso.

—En caso de que la tuvieras, dudo que exista sólo una.

Se despidió del inspector con el consuelo de no ser el único que vivía en una encrucijada constante con la vida. El mal de otros le importaba bien poco y nunca había sido muy complaciente con el refranero español, pero le ayudaba a entender que no se encontraba solo en un mundo lleno de contradicciones morales. Para él, puede que Berlanga tuviera algunas ideas más claras, que prefiriera dar el paso sin preocuparle el rastro que dejaba a los que venían detrás. Al fin y al cabo, su historial era ejemplar y le quedaría una buena paga si sabía cómo cerrar aquello.

El detective no podía decir lo mismo, pero le amedrentaba la idea de no poseer una razón por la que levantarse cada mañana, aunque ésta fuese para seguir costeándose un techo y un plato de comida.

Melancólico tras cerrar una puerta del pasado, recorrió la distancia que separaba el bar de la oficina, entró en el portal y subió por el ascensor hasta el despacho.

Al abrir la puerta, encontró a Marla, como cada día, como la imagen estática que se negaba a cambiar. Cayó en la cuenta de que esa chica era la única persona que confiaba en él a ciegas, sin cuestionarlo, sin excederse con preguntas indecorosas y sin faltar a su grito de auxilio cuando él la necesitaba. Poco a poco, encontraba en su reciente vida pequeños placeres que no había apreciado hasta el momento.

La compañía de la secretaria era uno de ellos, capaz de aportar un rayo de luz cuando los días se alargaban como sombras en un patíbulo.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, levantando las manos del teclado y dirigiendo la atención hacia él.

Maldonado cruzó la habitación sin desprenderse del abrigo.

—Bien, supongo.

—¿Supones?

—Berlanga sufre una crisis existencial —contestó, parco en palabras—. El caso está cerrado. ¿Qué haces aquí todavía? Es viernes.

—Los viernes también se trabaja.

—Lo dices como si hubiera algo que hacer —respondió y abrió la puerta de su despacho. El olor a cerrado y a polvo lo recibió. Tuvo la sensación de que habían pasado semanas desde su última visita.

Los ojos se fijaron en un sobre que esperaba en el escritorio. Se acercó y comprobó el contenido. Era el dinero restante de la fianza. Marla se había encargado de cobrar el cheque del encargo de Castro y ahí residían los últimos billetes de su desfalco. No sabía cómo compensarla lo suficiente por todo lo que había hecho por él. La cantidad no cubría ni de cerca el salario que merecía.

Sin miramientos, agarró el sobre, dio media vuelta y se lo entregó a la chica.

—¿Qué haces, Javier? —preguntó, confundida—. ¿Prefieres que lo guarde en mi cajón?

—No. Es para ti.

—Este dinero nos hace falta. Podrías pagar la reparación del aire acondicionado.

Maldonado miró hacia el aparato refrigerador. Aún quedaba invierno por delante y el calor no llegaría hasta dentro de unos meses.

—Puede esperar —dijo e insistió, meneando el sobre amarillo delante de sus ojos—. Cógelo, es para ti.

—Gracias, pero no pienso hacerlo.

—Es una orden, Marla —respondió con autoridad en su voz. Ella aceptó con reticencia—. Llama a ese amiguito tuyo, el fiscal, y llévatelo a cenar a un sitio bueno. Le debemos una.

Ella frunció el ceño con una sonrisa pícara.

—Dime que lo haces por ti y no por mí.

—Quizá necesitemos su ayuda más adelante, aunque eso no depende de mí. Tú sabrás... Venga, no te quedes ahí embobada.

Ella meneó la cabeza, cogió el sobre y lo guardó en su bolso.

—Gracias, pero...

—¿Has pensado ya dónde vas a reservar?

—Barajo varias opciones.

—Si es un hombre con gusto, no hará ascos a un plato de callos o de mollejas.

—Es un hombre con gusto, pero de este siglo.

El detective hizo una mueca y aguardó atento a que Marla se moviera de su escritorio.

—¿Qué estás mirando ahora?

—Estoy esperando a que te vayas.

—¿Javier?

—¿Marla?

La terquedad de Maldonado dio sus frutos y Marla, tras chasquear la lengua y ladear la cabeza, se puso en pie y recogió su abrigo, dispuesta a abandonar la oficina.

Antes de marcharse, se dirigió a él desde la puerta.

—¿Me prometes que estarás bien? Has pasado por mucho en los últimos días. No te conviene darle vueltas al coco, ya me entiendes...

—Sal por esa puerta antes de que me arrepienta de haberte dado el dinero. De lo contrario, seré yo quien disfrute de un buen cocido.

Ella se rio y giró la manivela para abrir.

—Que pases un buen fin de semana, Javier.

—No seas rúcana y pide un buen vino. Eso siempre ayuda a aligerar los trámites.

—Lo tendré en cuenta —dijo y se despidió con la mano—. Adiós.

El perfume de mujer se quedó suspendido en el aire durante unos segundos. Maldonado aspiró, disfrutando de la fragancia de la chica, consciente de que pronto se evaporaría de aquel cuarto.

Abandonado a su soledad, no logró recordar cuándo había sido la última vez que disfrutaba de unos momentos en la más pura privacidad.

Caminó hacia su despacho, abrió la puerta del único armario y se agachó, con molestias en todo el cuerpo, para sacar una caja de cartón que seguía precintada. Conocía el contenido de ésta, pero no se había atrevido aún a abrirla desde que inauguró la oficina. Pensó que era el momento de deshacerse de algunos lastres de la memoria.

En el interior de la caja encontró un flexo extensible y amarillento que no vaciló en tirar a la papelera. Pertenecía a su despacho de la comisaría y se preguntó en qué diablos pensaría cuando decidió sacarla de allí.

Bajo un puñado de folios en los que guardaba algunos informes policiales que había extraído de tapadillo, vislumbró el viejo álbum de fotos con recuerdos de sus años más brillantes.

Con él entre las manos, se sentó en la butaca para revisarlo.

Notó un sudor frío en las axilas y en las palmas de las manos que poco tenía que ver con la temperatura ambiente de la habitación. Estaba nervioso por remover los recuerdos, pero mantenía la certeza de que se sentía preparado para ello.

Entre las páginas del álbum, encontró viejas fotografías de un policía más joven con el que ya no se sentía identificado. Momentos capturados con cámaras desechables en los que aparecía su preciado Golf, Berlanga y otros compañeros ya retirados. Todos caemos, pensó, como hojas de árbol en otoño. Instantáneas cargadas de una nostalgia tan pasada como el color que había perdido el papel fotográfico. Terminó de dar el vistazo y extrajo la única imagen en la que aparecían el inspector y él, vestidos igual que en el presente y junto a la puerta del bar de policías.

«Maldito Berlanga, siempre has tenido esa fachada impecable», caviló y se rio en soledad.

Dejó la fotografía sobre la mesa, cerró el álbum y lo tiró a la papelera junto al resto de basura.

Después extrajo un *light* de la cajetilla del abrigo, abrió el cajón y comprobó que Marla había repuesto la botella de coñac. La destapó, sacó un vaso de cristal tallado, se sirvió un trago y encendió el cigarrillo, disfrutando de un sosegado, íntimo y solitario momento de reflexión.

Domingo.**Día 7.**

Comprobó los recibos de pago por enésima vez, asegurándose que no había cometido ningún error.

Las gradas rebosaban de asistentes como cada jornada, generando un ambiente jovial de excitación. Pegó un vistazo rápido a los presentes, contento al no reconocer ningún rostro entre la multitud.

Los caballos se exhibían en el *paddock*, minutos antes de prepararse para la carrera. Los escándalos de dopaje, las tristes noticias sobre las muertes de Esteban Romero y Fidel Ochoa, no trascendían más allá del chascarrillo ligero de algunos asistentes, que perdió toda su fuerza en cuanto los nuevos jinetes se presentaron al público. La ovación fue inmediata.

Nadie echaría de menos a los tramposos, pensó el detective. Por allí tampoco encontró a Suárez, a quien lo imaginó apostando cigarrillos en el patio de la prisión.

No lo echó en falta, pero reconoció que los domingos en aquel lugar, ya no serían lo mismo sin él.

Nada lo sería de nuevo. Y era mejor así.

Sin Romero ni Ochoa, el deporte recuperó la esperanza de los apostantes, quienes parecían haber sufrido un desengaño con los bombazos de los últimos días. Por suerte o por desgracia, sin Rayo Veloz, la incertidumbre regresaba a las pistas y nadie adivinaba quién sería el nuevo pura sangre revelación de la temporada.

El disparo marcó el inicio de la carrera.

Los caballos arrancaron con fuertes galopadas dirigidas por sus jinetes. Los animales se dejaban la piel sobre la arena como si fuera una carrera decisiva, a vida o muerte.

En el fondo, lo era, pensó el detective.

Para él, la vida también era un juego de velocidad y apuestas por la espalda, en la que algunos se dejaban la piel por llegar los primeros, mientras otros sondeaban cuánto durarían, antes de caer derrotados.

Riesgo, supervivencia y, en ocasiones, azar.

La celebración terminó con un nuevo vencedor, quien recibió el aplauso de las gradas. En cuestión de minutos, el pavimento se llenó de papeles rotos, de decepción y de infortunio. Comprobó de nuevo sus recibos y recordó lo mal que se le daban las apuestas.

Salió de allí, disfrutando de la radiante mañana de un invierno que se abría a la primavera, y subió al viejo Volkswagen para regresar a la ciudad.

«No siempre se gana en esta vida, pero eso tampoco significa que se pierda. Algunos días son mejores, otros peores y unos pocos, simplemente, son parte de nuestra existencia».

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas ***El Doble*** y ***El Misterio de la Familia Fonseca***.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Ha escrito otras obras como:

Serie Gabriel Caballero

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[La Idea del Millón](#)

[La Dama del Museo](#)

[Los Cuatro Sellos](#)

[Todos los libros...](#)

Serie Don

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

[Rescate](#)

[Invisible](#)

[Origen](#)

Serie Dana Laine[Falsa Identidad](#)[Asalto Internacional](#)[Matar o Morir](#)**Serie Rojo**[Rojo](#)[Traición](#)[Venganza](#)[Desparecido](#)[Secuestrada](#)**Serie Javier Maldonado (Detective Privado)**[Una Mentira Letal](#)[Una Apuesta Mortal](#)**Trilogía El Profesor**[El Profesor](#)[El Aprendiz](#)[El Maestro](#)**Otros:**[Motel Malibu](#)[Sangre de Pepperoni](#)[La Chica de las canciones](#)[El Círculo](#)[Perseguido](#)[El misterio de la familia Fonseca](#)

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

[Elescritorfantasma.com](#)